BIBLIOTECA ORO

1650-30

3 PTAS.

MATANDO EN LA SOMBRA

Novela de Philo Vance

por S. S. VAN DINE

AMARILLA

Biblioteca Nacional de España

N.º 124

BIBLIOTECA ORO

LA COLECCIÓN QUE, DESPUÉS DE NUEVE AÑOS DE ININTERRUMPIDOS ÉXITOS, SIGUE A LA CABEZA DE TODAS LAS PUBLICACIONES DETECTIVESCAS Y DE AVENTURAS

UN LIBRO DE BIBLIOTECA ORO ES, SIEMPRE, UN LIBRO DE CALIDAD

ERNEST HAYCOX	**El desierto plateado** • Aunque el caballo haya sido sustituído en gran parte por el automóvil, y la pistola automática haya dejado algo atrás al revólver de seis tiros, el Oeste Americano conserva su salvajismo, y sus hombres mueren y matan sin darle gran importancia al hecho.
AGATHA CHRISTIE	**El misterio de la guía de Ferrocarriles** El primer crimen se comete en **A**, el segundo en **B**, el tercero en **C** y el cuarto en **D**. ¿A qué se debe este afán alfabético del asesino? La clave está aquí, y Poirot es el único que puede descubrirla, aunque para ello tiene que quemar gran número de sus «células grises».
ALLAN DUNN	**Rotorúa Rex** • En el dominio del rey Rotorúa, isla perdida en medio del Pacífico, la paz se turba, los súbditos se sublevan, y la sangre corre copiosa y liberalmente. Hay en juego oro, perlas y maderas preciosas. Pero Rotorúa es un gran soberano, y sus enemigos necesitan recurrir a sus máximos esfuerzos.
BAYNARD H. KENDRICK	**Sangre en el lago** • Las cristalinas aguas del lago Luisa se ven teñidas un día por el rojo de la sangre humana. Tal vez un cazador de los muchos que allí acuden equivocó su blanco. Pero no, otros crímenes que también enrojecen el lago y sus alrededores, indican que las muertes no son accidentales, sino asesinatos premeditados. Un difícil misterio habilmente resuelto.
S. S. VAN DINE	**El caso del secuestro** • Es algo más que un simple secuestro lo que Philo Vance tiene que solucionar en esta magnífica novela de la serie de obras de este autor, que Biblioteca Oro viene publicando.
JACKSON GREGORY	**El atajo de la muerte** • Un cadáver y el revólver que aparece junto a él hablan de un crimen monstruoso. Con este emocionante detalle empieza esta novela, cuyo interés se conserva hasta el final.
EARL DERR BIGGERS	**Las siete llaves** • Siete llaves tiene la posada de Baldpate. Y en pleno invierno, esas siete llaves dan entrada a la tragedia en aquel lugar de veraneo. La obra más famosa del autor de las novelas de Charlie Chan.
COURTNEY RILEY COOPER	**La senda del Oeste** • La larga caravana marcha en pos de la aventura por las tierras que aún no están civilizadas. Los pieles rojas no son mas que uno de tantos obstáculos que se oponen a su avance. Los pesados carromatos de los pioneros, navegan por el amplio mar de la interminable llanura, dejando tras sí un rastro de tumbas.
S. S. VAN DINE	**Matando en la sombra** • Philo Vance tiene que resolver un misterio que parece insoluble. ¿Cómo pudo un muerto subir por una escalera, sentarse en un sillón y completar su muerte con un disparo en la sien? Y, a pesar de todas estas dificultades, el misterio es resuelto con la habitual destreza del famoso detective norteamericano.

EDITORIAL MOLINO

Urgel, 245 - BARCELONA • Migueletes, 1023 - BUENOS AIRES

Valverde, 30 - MADRID • Méndez Núñez, 8 - SEVILLA • Larramendi, 4 - SAN SEBASTIÁN

... VIRA. - ROSELLÓN, 332. - BARCELONA

Biblioteca Nacional de España

MATANDO EN LA SOMBRA

(The Kennel Murder Case)

POR

S. S. VAN DINE

Versión española de

A. NADAL

BARCELONA — BUENOS AIRES

BIBLIOTECA

BIBLIOTECA ORO

Biblioteca Nacional de España

Obras recientemente publicadas en

Biblioteca ORO

PESETAS 3

107.—F. W. CROFTS.—La pérdida del «Jane Vosper».
110.—E. S. GARDNER.—El caso del perro aullador.
111.—M. BRAND.—El siete de diamantes.
112.—S. PALMER.—El gato persa.
113.—J. LONDON.—Colmillo Blanco.
114.—A. TRAIN.—Gangsters de Nueva York.
115.—BIGGERS.—La casa sin llaves.
116.—E. HAYCOX.—El desierto plateado.
117.—A. CHRISTIE.—El misterio de la guía de ferrocarriles.
118.—A. DUNN.—Rotorúa Rex.
119.—KENDRICK.—Sangre en el lago.
120.—VAN DINE.—El caso del secuestro.
121.—J. GREGORY.—El atajo de la muerte.
122.—BIGGERS.—Las siete llaves
123.—R. COOPER.—La senda del Oeste.
124.—VAN DINE.—Matando en la sombra.

Es propiedad en lo referente a los derechos exclusivos de traducción al español y a la presente traducción

B. O. n.° 124.—25-3-42. Impreso en España. — Printed in Spain. Copyright in 1491.

Talleres Gráficos Vicente Ferrer Maluquer, calle Valencia, 200 — Barcelona

MATANDO EN LA SOMBRA

por S. S. VAN DINE

Plus on apprend a connaitre l'home, plus on apprend a estimer le chien.

JOSSENEL.

CAPÍTULO PRIMERO

EL DORMITORIO CERRADO POR DENTRO

(Jueves, 11 de octubre; 8 y 45 de la mañana)

Tres meses habían transcurrido exactamente desde que Philo Vance descifrara con brillantez el misterioso crimen del Escarabajo, cuando se vió enfrascado en el más arduo y desconcertante de los problemas criminales presentados durante los cuatro años que John F. X. Markham venía desempeñando el cargo de Fiscal del Distrito de Nueva York.

Tan complicado era el caso y tan inexplicables y contradictorios sus elementos aparentes, que la policía se inclinaba a incluirlo en la categoría de los casos irresolubles y misteriosos. Y hubiera estado justificada tal decisión, porque raramente se dió en las crónicas de la delincuencia moderna un caso que tan completamente trastorne las leyes que rigen la vida y el raciocinio. El sargento de la Brigada Criminal, Ernesto Heath, hombre práctico y un poco fanfarrón, afirmaba que «aquello no tenía pies ni cabeza». Aquello parecía cosa de magia, de hechicería o de milagro y todas las investigaciones conducían a dejar las cosas más oscuras.

El caso, en fin, según todas sus apariencias visibles, era lo que han dado en llamar los criminalistas de afición un crimen perfecto. Y para que las huellas del asesino resultasen más confusas, diríase que un genio caprichoso y perverso se había complacido en añadir al suceso una serie de diabólicas circunstancias que reforzaban todos los puntos flojos de la trama criminal y convertían aquel asunto sangriento en un embrollo incomprensible.

Pero lo curioso del caso es que el mismo ardor con que el criminal trató de desviar las sospechas, produjo un pequeño agujerito en la pared del misterio, por el que Vance pudo ver un poco de luz, y en la manera como esta luz lo llevó al descubrimiento de la verdad, veo yo la mejor prueba de su sagacidad y penetración detectivesca. Sus especiales conocimientos, que nada tenían que ver con el asunto, combinados con su comprensión casi prodigiosa de la psicología lo ponían en condiciones de recoger algunos detalles insignificantes en apariencia y reducirlos al más aplastante silogismo.

Desde hacía años se dedicaba Vance a la cría de «terriers escoceses». Tenía sus perras en Nueva Jersey, a una hora de coche de Nueva York, donde pasaba mucho tiempo estudiando las genealogías y buscando en los cruces ciertas características que creía esenciales para un «terrier» ideal y esperando los resultados de sus teorías. A veces manifestaba más entusiasmo por sus perros que por ningún otro recreo de su vida, y la única vez que leí en sus ojos una viva emoción comparable a la que experimentó al hallar y adquirir un magnífico aguafuerte de Cezanne o al descubrir una pieza rara de jade auténticamente china, fué cuando uno de sus perros venció en las carreras.

Menciono este hecho—o idiosincrasia si lo preferís—porque resulta que la habilidad de Vance en distinguir el «terrier» desviado del de pura sangre y en descubrir sus cualidades, fué lo que le condujo a una fase de la verdad en el extraordinario caso que nos ocupa.

Lo que llevó a Vance a otra importante fase de la verdad, fué los conocimientos que tenía de la cerámica china. En su casa del Este, calle 38, poseía una pequeña pero notable colección de antigüedades chinas, objetos raros adquiridos durante sus largos viajes y había escrito varios artículos de arte sobre las porcelanas monocromas para revistas orientales.

¡Perros y cerámica oriental! Curiosa combinación, por cierto. Pero hay que confesar que, sin el conocimiento de dos cosas tan

Biblioteca Nacional de España

opuestas, el misterioso asesinato de Archer Coe, en su casa de piedra de la calle 71 del Oeste, hubiera sido un libro cerrado para todos.

Las primeras páginas del caso eran insustanciales, apenas prometían la menor sensación; pero una hora después de recibir Markham la llamada telefónica del mayordomo de Coe, la oficina del Fiscal del Distrito y la Jefatura de Policía de Nueva York se hallaron envueltas en uno de los más sorprendentes y desconcertantes casos que pueda ofrecer el mundo criminal de nuestro siglo.

Las ocho y media serían apenas de aquella mañana del día 11 de octubre, cuando sonó el timbre de la puerta de la casa de Vance y Currie, el viejo criado y mayordomo inglés introdujo a Markham en la biblioteca. Habíame instalado yo temporalmente en casa de Vance, por aconsejarlo así el mucho trabajo jurídico y financiero acumulado durante los pasados meses, ya que Vance insistió en que lo acompañase en el crucero del Mediterráneo que emprendió apenas puso en claro el asesinato del Escarabajo. Años hacía, casi desde nuestros días de Harvard, era yo su consejero y administrador, un puesto que exigía tanta diligencia como amistad, y sus asuntos me tenían tan atareado, que dos meses de vacaciones significaban una acumulación abrumadora.

No es, pues, de admirar que aquella mañana me encontrase Markham trabajando, ya que para eso me había levantado a las siete.

—No quiero estorbarle, Van Dine—me dijo, saludando con una leve inclinación.—Yo mismo despertaré al sibarita.

Me pareció notar en él una cierta turbación cuando desapareció en el dormitorio de Vance, contiguo a la biblioteca. Le oí llamar a éste en un tono perentorio y llegó a mis oídos el dramático gruñido de Vance.

—Ya tenemos otro asesinato—lamentó entre bostezo y bostezo.—Sólo la sangre puede haberle traído a mi alcoba a hora tan imtempestiva.

—Nada de asesinatos...—comenzó diciendo Markham.

—¡Caramba! ¿Pues, qué hora puede ser?

—Las nueve menos cuarto—dijo Markham.

—¿Tan temprano y no se trata de un crimen? (Oí el ruido de Vance al saltar de la cama.) Esto es interesantísimo... ¿Te casas hoy?

—Archer Coe se ha suicidado — anunció Markham, en tono de molestia.

—¡Dios mío!—exclamó Vance, acercándose a Markham.—Eso es más extraño que un asesinato. Explícate. Vamos a sentarnos mientras tomo el café.

Markham volvió a entrar en la biblioteca seguido de Vance, en pantuflas y envuelto en una bata como un mandarín. Vance llamó a Currie y le pidió café turco, mientras se sentaba en un canapé y encendía uno de sus cigarrillos predilectos, marca «Regie».

Markham no tomó asiento. Permaneció de pie, junto a la chimenea, observando al otro con ojos entornados e inquisidores.

—¿Qué quieres decir, Vance—le preguntó,—con eso de que el suicidio de Coe es más extraño que un asesinato?

—Nada enigmático, amigo. Pero no me sorprendería que alguien hubiese empujado al viejo Archer a la tumba. Se ha pasado la vida provocando a la violencia. No conozco a otro que sea menos blanco e inspire menos simpatía. Pero hay algo de diabólicamente sorprendente en el hecho de que él mismo se haya precipitado al abismo. No era el tipo del suicida. Demasiado egoísta.

—Creo que tienes razón y no pensaba en otra cosa cuando le encargué al mayordomo que no tocase nada hasta que yo fuese.

Currie entró con el café y Vance tomó en silencio unos sorbos. Por fin dijo:

—Dime algo más. ¿Por qué te avisaron a ti precisamente? ¿Y qué te dijo el mayordomo por teléfono? ¿Y por qué has venido a romperme el sueño? ¿Por qué y por qué? Dime el porqué de todo. ¿No me ves ardiendo de irrefrenable curiosidad?—Y Vance bostezó y cerró los ojos.

—Estoy de paso para casa de Coe—dijo Markham, disgustado ante la actitud de indiferencia del otro.—Pensé que tal vez te gustaría... ¿cuál es tu frase predilecta?... «hacer pinitos» en el asunto—acabó diciendo con sarcasmo.

—Hacer pinitos—repitió Vance.—Cierto. Pero, ¿por qué caminar a ciegas? Sé generoso y alúmbrame. El cadáver no se escapará, aunque nos entretengamos un poco.

Markham se encogió de hombros después de titubear. Bien claro se veía que estaba impaciente y deseando que Vance, que sin duda tendría alguna idea, lo acompañara.

—Pues, bien. Poco después de las ocho, el mayordomo de Coe, el solícito Gamble, me telefoneó a mi casa. Estaba nervioso y su voz temblaba de miedo. Me informó, con muchas reticencias, que Coe se había pegado un tiro, y me rogó que fuese al momento. Mi primera intención fué decirle que avisara a la policía; pero no sé por qué razón, me contuve y le pregunté por qué me llamaba a mí, a lo que contestó que se lo aconsejó el señor Raymond Wrede.

—¡Ah!

—Parece que antes ha llamado a Wrede, que como tú sabes, es un amigo íntimo de la familia, y que Wrede acudió presuroso.

—Y Wrede dijo «que venga *mister* Markham».—Vance aspiró el humo de su cigarrillo.—Sin duda tuvo algún motivo para eso... Bueno. ¿Y qué más?

—Nada más sino que el cadáver está cerrado en el dormitorio de Coe.

—¿Cerrado por dentro con cerrojo?

—Exacto.

—¡Caramba!

—Gamble subió el desayuno a Coe a las ocho, como de costumbre, y al llamar a la puerta nadie le contestó...

—Y miró por el agujero de la cerradura...

claro, claro, cosa de mayordomos. El día que tengas tiempo, Markham, inventa una cerradura por cuyo agujero no puedan ver los mayordomos. ¿Te has detenido alguna vez a considerar las perturbaciones originadas en este mundo por los mayordomos que miran a través de la cerradura?

—No, Vance, nunca se me ha ocurrido pensarlo—replicó Markham, aburrido.—Yo no tengo cabeza para eso y te dejaré el negocio... No obstante, gracias a tu tardanza en inventar esas cerraduras opacas, Gamble vió a Coe sentado en su sillón, con un revólver en la mano y una bala en la sien derecha...

—Y apostaría a que Gamble añadió que la cara de su amo estaba mortalmente pálida... ¿eh?

—Lo dijo.

—Pero, ¿y Brisbane Coe? ¿Por qué avisó Gamble a Wrede cuando el hermano de Archer estaba en casa?

—Brisbane Coe no estaba en casa, está en Chicago.

—¡Ah! ¡Qué bien!... De manera que cuando Wrede llegó aconsejó a Gamble que te llamase por teléfono, sabiendo que conocías a Coe. ¿No es eso?

—Así lo supongo.

—Y tú sabías que yo visité a Coe en varias ocasiones, y por lo tanto pensaste venir a recogerme y reunir así una junta de relaciones.

—¿Quieres venir?—preguntó Markham con un acento casi colérico.

—¡Toma! Ya lo creo—replicó Vance suavemente.—Pero supongo que no puedo ir con estas ropas.—Y esto diciendo se levantó para dirigirse al dormitorio.—Voy a vestirme.—Al llegar a la puerta se detuvo:—quiero que sepas por qué me interesa tanto tu invitación. Esta tarde, a las tres, tenía una cita con Archer Coe para ver un par de jarrones de catorce pulgadas adquiridos recientemente. Y, Markham, el coleccionista que acaba de adquirir unas porcelanas de ese tamaño no se suicida al día siguiente.

Con esta observación desapareció Vance, dejando a Markham con la mirada fija en la puerta y una expresión de honda perplejidad. Luego encendió un cigarrillo y empezó a pasearse por la biblioteca.

—No me sorprendería que Vance estuviese en lo cierto—dijo masculando como para sí mismo.—El ha expresado lo que permanecía mudo en mi subconciencia.

Momentos después salió Vance, vestido para la calle.

—Pero qué buena idea has tenido de venir a recogerme—dijo, sonriendo gozosamente a Markham.—Hay algo de fascinante en las posibilidades de este asunto... Y, a propósito, Markham: tal vez sería conveniente llevarnos al belicoso sargento

—Desde luego—convino Markham secamente, poniéndose el sombrero.—Gracias por la advertencia. Pero ya le avisé y ha salido para allá.

Vance enarcó las cejas de un modo raro.

—¡Ah! Perdón... Bueno, vamos en seguida.

Subimos al coche de Markham, que esperaba fuera y emprendimos veloz carrera por la Avenida Madison. Torcimos por el Parque Central hacia el lado Oeste y entramos en la Calle 72, nos dirigimos al Parque Central del Oeste para evitar el tráfico y, dando una vuelta, entramos en la Calle 71, donde nos paramos ante el número 98.

La casa de Coe era un viejo edificio de piedra de doble fachada, que ocupaba dos solares, construída en los tiempos en que la dignidad y la comodidad se contaban entre los ideales de los arquitectos de Nueva York. La casa presentaba uniformidad con los otros edificios de la manzana, con la única excepción de que la mayor parte de las otras casas sólo tenían una fachada de veinte pies de frente. Los sótanos estaban a tres o cuatro pies bajo el nivel de la calle y se abrían a un patinillo hundido y enladrillado. Una escalinata de piedra conducía a los primeros pisos y en cada casa se entraba atravesando un vestíbulo.

Mientras subíamos la escalinata de la casa de Coe, se nos abrió la puerta sin darnos tiempo a llamar y la encarnada cara de Gamble apareció sonriéndonos adulona. El mayordomo se encorvó repetidas veces ante nosotros mientras empujaba la puerta para dejarla abierta de par en par a nuestro paso.

—Gracias por haber venido, *mister* Markham—saludó con voz de exagerada lisonja.—¡Es horrible, señor! Y yo realmente no sabía lo qué hacer...

Markham lo apartó a un lado y pasó al vestíbulo escasamente alumbrado. Las paredes estaban cubiertas de tapices, y varios cuadros al óleo ponían negras notas sobre ellos. Frente a nosotros, una escalera alfombrada llevaba a una bóveda de oscuridad. A la derecha colgaban un par de cortinajes de color castaño oscuro que sin duda cubrían una puerta de doble hoja. A la izquierda había otros cortinajes recogidos ante puertas abiertas que nos permitían ver un salón dotado de ricos muebles de antigua fabricación.

De esta pieza salieron dos hombres a recibirnos. En seguida reconocí en el que iba delante a Raymond Wrede. Lo había visto varias veces en casa de Coe cuando acompañaba a Vance a examinar algún «hallazgo» de loza china adquirida por Archer Coe. Sabía que Wrede tenía muy estrecha amistad con la familia Coe y especialmente con Hilda Lake, la sobrina de Archer Coe. Era un hombre muy precavido, de poco menos de cuarenta años, ligeramente de grises cabellos con un rostro de calma ascética de tipo equino. Tenía cierta afición a la cerámica oriental, probablemente como resultado de su larga relación con Coe; pero su afición eran las lámparas de aceite, de las que tenía una colección de raros ejemplares, por la que le ofreció el Museo Metropolitano de Arte—según me contaron—una fortunita.

Al saludarnos aquella mañana pude observar en la mirada de aquellos ojos que se abrían como pasmados, un cierto azoramiento.

Se inclinó seriamente ante Markham a quien

Biblioteca Nacional de España

conocía poco, me saludó a mí con un ligero movimiento de cabeza y alargó a Vance la mano. Luego, como si de pronto recordase algo, se volvió al que venía detrás de él, e hizo una breve presentación, que en realidad fué una explicación.

—El *signor* Grassi... *mister* Grassi era huésped de *mister* Coe desde hacía varios días. Es director de un museo italiano de antigüedades orientales en Milán.

Grassi hizo una profunda inclinación, pero nada dijo. Era más bajo que Wrede, delgado, vestido con pulcritud, con sus negros y lustrosos cabellos peinados esmeradamente hacia atrás, y sus grandes y brillantes ojos aumentaban la extraordinaria palidez de su rostro, de facciones regulares, con labios carnosos y bien dibujados. Movía sus manos, muy pulidas, con una gracia casi felina. Mi primera impresión fué la de estar ante un hombre afeminado, pero al cabo de unos días hube de cambiar radicalmente de opinión.

Markham, sin perder tiempo en cumplidos, se volvía a Gamble para decirle:

—¿De qué se trata? Dentro de un momento estarán aquí un sargento de la policía y el médico forense.

—Ya se lo he dicho todo por teléfono, señor —contestó el mayordomo, visiblemente asustado.—Cuando vi al amo por el agujero de la cerradura, conocí que estaba muerto. Era para perder la cabeza y mi primer impulso fué echar la puerta abajo; pero pensé pedir consejo antes de incurrir en tal responsabilidad. Y como *mister* Brisbane Coe estaba en Chicago, telefoneé a *mister* Wrede, rogándole que viniera inmdiatamente. *Mister* Wrede tuvo la amabilidad de venir y, después de ver al amo, me indicó la conveniencia de avisar a usted, señor, antes de hacer nada...

—No cabía duda—dijo Wrede continuando la explicación — de que el pobre Coe había muerto y creí preferible dejarlo todo como estaba en manos de la autoridad. No quise insistir en que se echase abajo la puerta.

Vance lo estaba mirando fijamente.

—¿Pero qué mal podía haber en eso?—preguntó suavemente.—El hecho de estar con cerrojo por dentro indicaba que se trataba sin duda de un suicidio, ¿no le parece?

—Tal vez tenga usted razón, *mister* Vance —dijo Wrede con evidente embarazo.—Pero no sé por qué, mi instinto me decía que sería mejor...

—Cierto, cierto—Vance sacó su pitillera.—También usted es un escéptico... a pesar de las apariencias.

Wrede se estremeció y se quedó mirando fijamente a su interlocutor, que prosiguió:

—Coe no era precisamente el tipo del suicida. ¿No le parece?

—No—dijo Wrede sin pestañear.

Vance encendió un cigarrillo.

—Mi opinión es que obró usted con toda prudencia.

—¡Vamos! — ordenó Markham en marcha hacia la escalera y haciendo una seña imperiosa a Gamble.—Guíe usted.

El mayordomo se volvió y subió la escalera, seguido por Markham, Vance y yo; pero Wrede y Grassi se quedaron abajo. En lo alto de la escalera Gamble alargó la mano a la pared y oprimió un botón. El vestíbulo superior se inundó de luz y ante nosotros se hizo patente una puerta grande con incrustaciones de marfil. Gamble se quedó junto al conmutador unos minutos, mostrándonos la puerta.

Markham se adelantó, empuñó el picaporte y trató de abrir. Luego se arrodilló y después de mirar por el ojo de la cerradura, se incorporó con aire de disgusto.

—Viéndolo, parecen infundadas nuestras sospechas—dijo en voz baja.—Coe está sentado en su butaca, con una negra herida en su sien derecha y sosteniendo aún el revólver en la mano. Aun está encendida la luz eléctrica... Mira, Vance.

Vance estaba contemplando un aguafuerte colgado en la pared de la escalera.

—Me basta tu palabra, Markham—contestó. —No creo que sea un agradable espectáculo, y en todo caso lo veré mucho mejor cuando entremos... Fíjate; aquí tienes un primitivo Marín. Muy delicado. El mismo sentimiento que hallamos en sus últimos trabajos...

En aquel momento llamó con mucho ruido el timbre de la puerta de la calle y Gamble se precipitó escaleras abajo. Al abrir, hicieron irrupción en el vestíbulo inferior el sargento Ernesto Heath y el guardia Hennessey.

—Por aquí, sargento—gritó Markham.

Los recién venidos subieron con ruido la escalera.

—Buenos días, señor—saludó el sargento levantando la mano en actitud amistosa ante Markham y dirigiendo una mirada a Vance.—Ya sabía que estaría usted aquí. ¡El campeón mundial de los detectives!—Y subrayó con una mueca amistosa el tono afectuoso de sus palabras.

—Venga, sargento—ordenó Markham.—Hay un muerto en esta habitación y la puerta está cerrada por dentro. Fuércela.

Sin decir palabra, Heath se arrojó contra la puerta, descargando la fuerza de su cuerpo sobre el travesaño, por encima de la cerradura, sin resultado alguno. De nuevo golpeó su hombro el travesaño.

—Ayúdame, Hennessey—dijo.—Hay una cerradura que no cede. Una madera demasiado dura.

Los dos unieron sus fuerzas lanzándose con ímpetu contra la puerta. Se oyó el crujido de madera y poco a poco fueron cediendo los tornillos de la cerradura.

Mientras tanto, Wrede y Grassi subieron, seguidos de Gamble, y se mantuvieron detrás de Markham y Vance.

Otros dos esfuerzos combinados, y la pesada puerta se abrió de golpe, dejando a la vista la habitación del muerto.

CAPÍTULO II

EL MUERTO

(Jueves, 11 de octubre, a las 9,15 de la mañana)

La habitación, situada en la parte trasera de la casa, era larga y estrecha, con ventanas en dos lados. En el fondo opuesto a la puerta había una ventana salediza, y la izquierda una doble ventana orientada al Este. Las cortinas verdes estaban echadas y no dejaban pasar la luz del día, pero la habitación quedaba intensamente iluminada con la luz de una araña que colgaba en el centro del techo.

Al fondo de la pieza había una cama endoselada, donde pude advertir que no se había dormido aquella noche, aunque el cobertor estaba cuidadosamente doblado. El dormitorio, como el salón, contenía profusión de muebles. A un lado, una gran librería de nogal llena de volúmenes en cuarto y en octavo; frente a la puerta, una gran mesa escritorio de rica madera tallada, casi totalmente cubierta de libros, fascículos y papeles, indicaba que su dueño dedicaba horas de las tareas literarias. A mano izquierda de la mesa, una suntuosa chimenea con repisa de bronce estilo imperio soportada por dos feas cariátides. Colgadas de las paredes, una docena de pinturas de autores chinos. Sin la cama y el tocador, se hubiera tomado aquella habitación por el museo de un coleccionista.

Pero todos estos fueron detalles en que nos fijamos después, ya que nuestra atención se concentró al principio en el cuerpo inerte de Archer Coe, con su sereno rostro de cera y la mancha negra en su frente, abatido en una butaca tapizada de terciopelo, junto a la mesa. Tenía la cabeza inclinada sobre el hombro izquierdo, como si la fuerza del proyectil la hubiera obligado a una posición violenta. En la cara aguileña había una expresión de tranquilidad y, con los ojos cerrados, parecía dormir en paz. Su mano derecha descansaba en el borde de la mesa, agarrando todavía un revólver de culata de marfil, de regular calibre, y su izquierda colgaba entre los flecos del brazo de la butaca.

Detrás de la mesa había un sillón liso de Windsor, que me hizo pensar qué motivos habría tenido Coe para preferir matarse en la butaca de cara a la puerta. ¿La habría creído más cómoda para descansar en su último sueño? No obtuve respuesta a mi pregunta hasta mucho después, y cuando la conseguí, como resultado de las deducciones de Vance, constituyó uno de los cabos principales por donde se sacó el ovillo de aquel caso desconcertante.

Llevaba el muerto una bata de seda verde que le llegaba hasta los tobillos; pero los pies, que tenía alargados hacia adelante, calzaban borceguíes muy bien atados y anudados, que también me hicieron pensar cómo no llevaba con la bata las correspondientes pantuflas. Y la explicación que luego vino también resultó un punto vital para la solución del trágico problema.

Vance se acercó inmediatamente al cadáver, le tocó la mano y examinó la herida de la frente. Luego fué a la puerta, cuya cerradura colgaba desclavada, y después de contemplarla y de observar un momento el batiente, volvió a entrar con ceño de perplejidad. Lentamente sacó otro cigarrillo del bolsillo y, después de encenderlo, se apartó a la pared del lado de poniente y se quedó contemplando un cuadro chino con la imagen de Occhusha-ma (1).

Nosotros, entretanto, formábamos grupo en torno del cadáver y lo contemplábamos en silencio. Wrede y Grassi no podían disimular su espanto, y el primero observó dirigiéndose a Markham:

—Hice bien en aconsejar a Gamble que avisara a usted antes de forzar la puerta. Ahora comprendo que si le hubiera quedado una chispa de vida...

—Hace horas que ha muerto—interrumpió Vance sin volver la cabeza.—Su decisión no pudo ser más oportuna.

—¿Qué quiere decir, Vance? — preguntó Markham.

—Simplemente que si hubieran derribado la puerta, se hubiese llenado la habitación de amigos celosos, que hubieran zarandeado el cadáver en busca de alguna señal de vida, y desaparecidas las prueas que nos da la puerta cerrada, nos hubiéramos visto negros para llegar a una solución aproximada de lo que ocurrió aquí anoche.

—Para mí no puede estar más claro lo que aquí ocurrió—profirió el impulsivo Heath en tono de pelea.—Este sujeto se encerró y se saltó la tapa de los sesos. Ya puede usted darle vueltas *mister* Vance, que no descubrirá nada más.

Vance se volvió moviendo la cabeza.

—¡Bah, bah, sargento!—dijo conciliador.—No seré yo quien lo saque de su error.

—¿No?—replicó Heath sin ceder en su tono de pelea.—¿Pues quién?

—El cadáver—contestó tranquilamente Vance.

Sin dar tiempo a que Heath porfiase, Mar-

(1) El matador de demonios.

Biblioteca Nacional de España

kham, que no había apartado los ojos de Vance, se volvió rápido a Wrede y a Grassi.

—Señores, hagan el favor de esperar abajo... Hennessey, vete al salón con ellos y no permitas que salgan sin mi permiso... Ya comprenderán ustedes que habrán de contestar a unas preguntas cuando haya dictaminado sobre este caso el médico forense.

Wrede mostróse resentido del tono perentorio de Markham, pero Grassi, se limitó a inclinarse con una cortés sonrisa, y ambos, acompañados por Hennessey, salieron del dormitorio y desaparecieron por la escalera.

—Y usted—dijo Markham a Gamble—vaya a la puerta y acompañe al doctor así que llegue.

Gamble lanzó una mirada torcida al muerto y salió. Markham cerró la puerta y se volvió a Vance, que, apoyado en la mesa, estaba examinando atentamente la mano que empuñaba el revólver.

—¿A qué vienen todas esas indirectas?—preguntó en voz seca.

—No son indirectas — contestó Vance sin apartar la vista de la mano del cadáver.—Meras conjeturas. Me están interesando enormemente ciertos aspectos de este crimen.

—¿Un crimen? — dijo Markham sonriendo sin ganas.—Muy bien que estableciésemo. antes toda clase de conjeturas y yo mismo me inclinaba a creer como tú que el suicidio era incompatible con el carácter de Coe; pero los hechos son la única base razonable para llegar a una conclusión, y los hechos no pueden hablar más claro: la única puerta estaba cerrada con cerrojo por dentro, no hay otro medio de acceso a la habitación, y aquí tenemos a Coe sentado con el arma mortífera...

—Llámala revólver a secas — interrumpió Vance.—Es retórica huera eso de «arma mortífera».

—Bueno—dijo Markham dando un bufido,—con el revólver en la mano y un agujero en la sien derecha. No hay señales de lucha, las ventanas están cerradas con las cortinas caídas, y la luz eléctrica... Pero, ¡Dios me valga! ¿Qué puede ser esto más que un suicidio?

—Te aseguro que no lo sé—dijo Vance encogiéndose de hombros.—Si no se trata de un suicidio... no sé de qué se trata.—Se le nubló la frente y añadió:—Aquí está lo peliagudo del caso. Ya veo que parece un suicidio, Markham; pero no lo es. Nos hallamos ante un caso diabólico y de circunstancias sarcásticas. Sarcásticas y divertidas en cierto sentido Hay en todo esto algo mal calculado... el asesino se ha puesto a jugar con malas cartas... ¡De veras sorprendente!

—Pero, ¿y los hechos?—protestó Markham.

—Los hechos, perfectamente correctos. Como diría un abogado, son indiscutibles. Pero habrás de examinar los hechos adicionales.

—¿Por ejemplo?

—Mira esas zapatillas—dijo Vance indicando un par de zapatillas encarnadas muy bien colocadas al pie de la cama.—Y mira las pesadas botas que lleva el cadáver. Además, está en bata y sentado en un cómodo sillón. ¿No te parece muy incongruente que Coe, con su vida comodona y sibarítica, no se quitase las botas para sentirse más cómodo en el último momento de su existencia? Y fíjate que no dejó de hacerlo porque tuviera prisa. La bata, de un color detestable, dicho entre paréntesis, está cuidadosamente abrochada y el cinturón atado con una lazada perfecta. No vamos a suponer que, de súbito, a medio cambiarse la ropa de la calle, se le ocurriera matarse. Y en cambio, Markham, algo le detuvo, algo debió inducirle a sentarse, a estirar las piernas y a cerrar los ojos antes de acabar de ponerse a su gusto.

—Tus razonamientos no acaban de convencer—opuso Markham.—Cualquiera puede llevar botas pesadas con una bata cómoda.

—Es posible. No me obstinaré en este punto de vista. Pero, suponiendo que Coe fuese un suicida, ¿por qué había de elegir esta butaca de cara a la puerta? Cualquiera que quisiese pegarse un tiro se sentaría en una posición recta, donde pudiera apoyar el brazo y mantener firme la mano; en caso de querer estar junto a la mesa, hubiera elegido el sillón, donde podía apoyar los dos codos y obtener así una estabilidad y una puntería segura.

—Ya tiene el brazo en la mesa—observó Markham.

—Sí, y en una posición extraña. ¿No lo ves? Con lo baja que es la butaca, Coe no podía tener el codo en la mesa cuando apretó el gatillo sin que el tiro hubiera pasado por encima de su cabeza. El brazo estaba por debajo de la altura de la mesa al disparar, *si disparó*. No obstante, podemos suponer que, después de pegarse el tiro, levantó el brazo hasta la mesa y lo dejó en la posición que presenta.

—Tal vez sí, o tal vez no—gruñó Heath, tras una pausa durante la cual observó el cadáver y levantó su propia mano hasta la frente. Y añadió, agresivo:—Pero nunca podrá explicar lo de la puerta cerrada.

Vance lanzó un suspiro.

—¡Qué más quisiera que explicármelo! Eso es lo que me atormenta horriblemente. Sin el hecho de que la puerta estaba cerrada por dentro, me sentiría más inclinado a admitir la idea del suicidio.

—¡Vaya una salida!—exclamó Markham, mirando a Vance con sorpresa.—Lo que dices es un contrasentido.

—No—dijo Vance moviendo ligeramente la cabeza.—Un hombre tan inteligente como Coe no atentaría contra su vida poniendo dificultades para que otros llegasen a su cadáver. ¿Qué sacaba con encerrarse de tal modo, que se hubiera de derribar la puerta para recoger el cadáver? Un disparo es cosa de un segundo y no había de temer que nadie fuera a estorbárselo en su dormitorio. De haber querido matarse, hubiese deseado que Gamble u otro cualquiera lo hallasen en seguida. No hubiera puesto obstáculos en su camino.

—Pero—arguyó Markham—tu misma conjetura se contradice. ¿Quién, sino Coe, podía cerrar por dentro?

—Nadie, evidentemente—asintió Vance con un suspiro de desaliento,—y esto es lo que deja el caso tan tenebroso. Los términos del problema se presentan de este modo: Un hombre ha sido asesinado y, antes de morir, va a cerrar la puerta, una vez ha escapado el asesino, y vuelve a sentarse en una butaca para que su muerte parezca un suicidio.

—¡Vaya una reconstrucción!—gruñó Heath, contrariado.—Ya veremos si cuando venga el doctor Doremus sabremos algo más. Apuesto a que desvanecerá todas las dudas declarando que es un suicidio.

—Apuesto a lo contrario, sargento—replicó Vance sin perder la calma.—Tengo un vehemente presentimiento de que el doctor Doremus va a decirnos que no hay tal suicidio.

—Bueno, ya lo veremos—masculló Heath con una mueca que se le quedó helada mucho tiempo.

Vance, que estaba pasando la vista por la mesa, no le hizo caso. A un lado de la carpeta había un volumen en cuarto de «Li Tai Ming Ta'u T'ou P'u», escrito por Haiang Yuan-p'ian (1), entre cuyas páginas había unas plegaderas de puño de oro, por donde lo abrió Vance, dejando al descubierto la lámina de un jarrón en forma de ánfora P'in Kuo Pung, de un barniz carmíneo ligeramente neutralizado y cruzado de listas de un verde oliva y manchas bermejas.

—Ya ve usted, Markham—dijo;—Coe estaba soñando en su última adquisición de porcelanas poco antes de despedirse de esta vida. No sé si es muy lógico que quien va a suicidarse se interese por sus adquisiciones hasta el punto de estudiar la historia de su vajilla momentos antes de meterse una bala en la sesera.

Markham permaneció callado.

—Y aquí tenemos algo muy significativo—siguió Vance, indicando unas cuartillas que estaban sobre la carpeta.—Este papel está ladeado en la posición en que lo colocaría quien se dispusiera a escribir, y fíjese que al comienzo de la primera cuartilla está la fecha de ayer: Miércoles, 10 de octubre...

—Es lo más natural—apuntó Heath.—Todos los suicidas escriben cartas antes de matarse.

—Pero, sargento—sonrió Vance,—la carta no está escrita. Coe no pasó de la fecha.

—¿Quién nos dice que el sujeto no cambiara de idea?—porfió Heath.

—Bueno... Pero en tal caso, la pluma estaría en su puesto, ya ve usted que la pluma no aparece en la mesa.

—Tal vez la tenga en el bolsillo.

—Es posible.

Vance retrocedió y pasó una mirada por el suelo. De pronto se arrodilló, alargó el brazo por debajo de la mesa y debajo de los cajones de la derecha, encontró la pluma estilográfica que buscaba y que mostró al levantarse.

—Coe dejó caer la pluma, que rodó debajo de la mesa—dijo colocándola junto a las cuartillas.—Es muy raro que a un hombre que se le caiga la estilográfica a medio escribir no se agache a recogerla.

Heath frunció el ceño en silencio mientras que Markham preguntaba:

—¿Crees que interrumpieron a Coe cuando escribía?

—¿Interrumpir...? Según cómo se entienda —dijo Vance, que también estaba perplejo.—No hay señales de lucha, él está reclinado en una butaca al lado de la mesa y en sus facciones hay tranquilidad; por sus ojos parece dormir. Además, la puerta estaba cerrada por dentro... Muy extraño Markham.

Fué hasta la ventana que tenía echada la cortina y retrocedió, fumando tranquilamente. De pronto se detuvo y se quedó con los ojos fijos en Markham.

—Fué interrumpido, sí. ¡Eso es! Pero no por un agente exterior ni por un intruso. Fué interrumpido por algo más útil, más terrible. Se vió interrumpido *mientras estaba solo*. Algo sucedió, algo que se introdujo siniestramente; dejó de escribir, se le cayó la pluma, la olvidó, se levantó y se sentó en la butaca. En seguida vino al fin, rápido e inesperado... *antes que pudiera descalzarse*... Esas botas son otra prueba de la terrible interrupción.

—¿Y el arma?—preguntó Heath con desdén.

—Dudo que Coe llegase a ver el arma, sargento.

(1) Descripción ilustrada de objetos de arte antiguos de varias dinastías, obra traducida del chino por J. W. Bushell.

CAPITULO III

UN DESCUBRIMIENTO SORPRENDENTE

(Jueves, 11 de octubre, a las 9,30 de la mañana)

En aquel momento se abrió y se cerró de golpe la puerta de abajo y llegó hasta nosotros una voz algo estridente de mujer que se dirigía al mayordomo.

—Buenos días, Gamble. Coge mis mazas y di a Liang que me suba el té con pastas.

Luego se oyeron los pasos que subían la escalera y la voz de Gamble que decía:

—Pero, *miss* Lake, le ruego... un momento, por favor.

—Té y pastas—le contestó la voz seca de *miss* Lake, que continuó subiendo.

Biblioteca Nacional de España

Los tres nos dirigimos a la puerta y al llegar ella a lo alto de la escalera y ver a Markham, apresuró la marcha y se le acercó con la mano tendida.

Miss Hilda Lake, mujer de treinta años, era baja, recia, ágil, atlética. Sus ojos azules, de mirada firme, me parecieron algo duros; su nariz era pequeña y demasiado aplastada para ser bonita, y sus labios, de una franca frialdad; sus cabellos rubios, cortos y peinados lisamente hacia atrás, dejando al descubierto una frente estrecha. Llevaba un sombrerillo de fieltro aplastado bajo el brazo. Vestía un traje de lana de dos colores y calzaba zapatos recios con suela de goma. Un corpiño blanco con una corbata larga y verde acababan de darle una apariencia hombruna.

—¡Hola! ¿Qué le trae por aquí tan temprano? Asuntos con mi tío, ¿no?—Y como en aquel momento se fijara en Heath y en mí, frunció el entrecejo y añadió sin dar tiempo a que Markham contestase:—¿Hay alguna novedad?

—Algo grave—contestó Markham, tratando de impedirle el paso.

—Si tuviera la bondad de esperar...

Pero la joven, con un movimiento agresivo, se abrió paso entre nosotros y entró en la habitación. Apenas vió a Archer Coe, corrió hacia él, se arrodilló a su lado y le echó un brazo por encima.

—¡Eh! ¡No lo toque!—gritó Heath, que de un salto se puso a su lado, cogiéndola sin miramientos y obligándola a levantarse.

Ella se le encaró con los brazos en jarras y las piernas en ángulo. Markham intervino con diplomacia.

—No hay que tocar nada, *miss* Lake, hasta que venga el médico forense.

La joven miró a Markham, pensativa.

—¿También está prohibido decirme lo que aquí ha pasado?

—Apenas sabemos más que usted—contestó Markham en voz de lamento.—Acabamos de llegar y hemos hallado a su tío exactamente como usted lo ve.

Se volvió sin mover las manos de la cintura y contempló un momento el inerte cuerpo de la butaca.

—Bueno, ¿qué piensan ustedes que ha sucedido?—preguntó en tono natural, casi duro.

—Las apariencias son de suicidio...

—¿Suicidio?—repitió, volviéndose fríamente a Markham.—Nunca me lo harán creer.

—Ni a mí—dijo Vance, volviendo de junto a la cama, adonde se había acercado entretanto.

—¡Ah! Buenos días, *mister* Vance En la impresión del momento no me había fijado en usted... Tiene razón... esto no es suicidio.—Entornó los ojos.—Hace mucho tiempo que no se le ve a usted por aquí. Parece que en esta casa sólo le interesan las lozas y los cadáveres.

Me pareció notar en su voz una nota de resentimiento. Vance hizo caso omiso de la adusta observación con esmerada cortesía

—¿Qué razón tiene para descartar la idea del suicidio?

—Muy sencilla. Mi tío era demasiado egoísta para privar al mundo de su presencia.

—Pero el egoísmo — opuso Vance — es con frecuencia causa del suicidio. El aburrimiento, ya sabe usted... la incapacidad de hacerse apreciar como uno cree que merece... El suicidio da al egoísta la suprema ocasión de triunfar.

—Tío Archer no necesitaba ocasiones supremas—replicó Hilda Lake con desprecio.—Las tenía siempre que adquiría un objeto de porcelana. Cualquier cacharro de porcelana sobre un sostén de plata, que no sirve para nada, le daba más satisfacción que a mí el ganarle una partida a Bobby Jones.

—¿Y para qué sirve eso?—preguntó Vance, sonriendo.

—Ya sé que es usted muy aficionado a los cacharros viejos—replicó ella de buen humor.—De todos modos, no trataba de ser erudita sino de explicar con ejemplos por qué no creo que mi tío se haya matado.

—Perdone usted—dijo Vance inclinándose.—Está ustel en lo cierto, pero ni *mister* Markham ni el sargento Heath comparten nuestra opinión. Están dispuestos a presentar el caso como suicidio.

La joven dirigió a los dos aludidos una fría sonrisa.

—¿Por qué no?—preguntó.—Es lo más sencillo... y así se evitan molestias y escándalos.

La actitud de la mujer hirió el amor propio de Markham.

—¿Quién, *miss* Lake—preguntó,—podía desear la muerte de su tío?

—Yo misma—contestó ella sin titubeos y con la vista fija en la de su interlocutor.—Me molestaba de un modo indescriptible, se oponía a todos mis deseos; me amargaba la existencia porque tenía en su puño la bolsa. ¡Lucida me quedé el día que lo nombraron mi tutor y empecé a depender de él. (Había amargura en su voz y una sombra de aversión velaba sus ojos. Su quijada sobresalía agresiva). Durante los últimos diez años en cualquier momento hubiera acogido como una bendición la noticia de su muerte. Ahora que lo han quitado de en medio, cogeré mi patrimonio y podré hacer lo que quiera sin que nadie me lo estorbe.

Markham y Heath se la quedaron mirando con cara de sorpresa e indignación, sin explicarse el venenoso odio que ponía aquella mujer en sus palabras, pronunciadas con una frialdad que daba escalofríos. Vance rompió el prolongado silencio de estupor que siguió, diciendo con afectada indiferencia:

—Realmente, *miss* Lake, es usted de una franqueza desconcertante... ¿Hemos de aceptar sus comentarios como una confesión de asesinato?

—Todavía no—replicó ella sin inmutarse.—Pero si las autoridades se empeñan en presentar el caso como suicidio, tal vez me decida a declararme autora de su muerte... para salvar el honor de la familia Un asesinato en

tan alto grado merecido es mucho más digno que un vil suicidio.

Markham sintió que la sangre afluía a sus mejillas. Empezaba a disgustarle la afectada petulancia de aquella mujer.

—No es el momento más oportuno para bromas—reprendió.

—¡Oh! Por supuesto — contestó ella dirigiéndole una mirada glacial.—La ocasión no puede ser más solemne, pero nunca me ha gustado imitar al buho... No obstante haré cuanto pueda por amoldarme a las circunstancias.

Markham la miró con severidad, pero no logró que ella bajase la vista.

—¿Quién, a más de usted—preguntó, esforzándose en frenar sus impulsos,—puede haber tenido alguna razón para matar a su tío?

La joven miró al techo como quien medita alguna diablura y se sentó en el borde de la mesa.

—Son incontables—dijo con indiferencia.—*De mortuis*... más vale dejar a los muertos en paz... pero, después de todo, el hecho de que tío Archer esté muerto no lo hace más simpático. Son muchos los que preferirían saberlo muerto.

Heath, que había permanecido inmóvil como una estatua, chupando su tagarnina y con la vista fija en la mujer cual si quisiera fulminarla, no pudo contenerse más y profirió con aspereza:

—Si piensa que su tío era un ser despreciable y está tan contenta de que le hayan dado el pasaporte para el otro mundo, ¿por qué corrió a arrodillarse a su lado, haciendo alarde de pena?

—Mi querido señor policía—replicó ella dirigiéndole una mirada burlona,—sólo quería asegurarme de que estaba muerto.

Markham se le acercó para espetarle entre dientes:

—Es usted una mujer desalmada, *miss* Lake.

Vance le presentó la pitillera, invitándola:

—¿Quiere un «Regie»?

—No, gracias—contestó ella volviéndose a mirar el cadáver.—Fumo muy poco. Vicia el aire y altera los nervios... Sí—musitó como si reanudase la conversación con Markham,—la muerte de mi tío no dejará mucho duelo.

Markham volvió a la carga:

—¿Quiere darnos el nombre de alguna persona determinada que se alegrará de la muerte de *mister* Coe?

—Eso no es tan fácil, pero puedo decirle que muchos señores chinos a quien mi tío estafó y despojó de raros objetos de arte, estarán encantados al saber que ya llegó el fin del coleccionista. Ya debe estar enterado, *mister* Markham, de los rumores desagradables que corrieron al volver mi tío de China el año pasado... habladurías sobre violación de cementerios y robos de objetos funerarios. Recibió varias cartas con amenazas.

—Sí, recuerdo. Me enseñó una o dos de esas cartas... Cree usted seriamente que lo mató un oriental agraviado.

—No lo creo. Los chinos tienen demasiado sentido para matar a nadie por un cachivache.

Vance bostezó y fué a colocarse entre Hilda Lake y Markham, presentando de nuevo la pitillera.

—Vamos, fume usted un cigarrillo—le rogó.—A veces calman los nervios.

La joven levantó a él los ojos en una sonrisa de fría inquisición y, después de vacilar un momento, tomó un «Regie» que él le encendió.

—¿Qué opina usted de este asunto, *mister* Vance?—le preguntó, indiferente.

—Estoy completamente a oscuras—contestó él con ligereza.—Lo que sugiere usted de un chino es algo interesantísimo. Me gustaría saber si han desaparecido de esta casa algunos objetos de arte.

—No me sorprendería—dijo ella lanzando a lo alto una bocanada de humo.—Por mí, ya podrían llevárselos todos. Prefiero vajilla de Wedwood y Willow.

Markham volvió de nuevo al grano, diciendo:

—Me parece que nos vamos por las ramas... Si su tío no se suicidó, *miss* Lake, ¿cómo se explica que la puerta estuviese cerrada con cerrojo por dentro?

Hilda Lake se puso en pie con una expresión de perplejidad.

—¿Cerrada por dentro?—repitió, volviéndose a la puerta y examinando la cerradura desclavada.—¡Ah! ¿Pero han tenido que forzarla para entrar? Eso es otra cosa.

—¿Qué quiere decir?—preguntó Vance.

—Que, después de todo, tal vez se trate de un suicidio.

Se oyó un timbre y el ruido de la puerta que Gamble abría; Markham se acercó a Hilda Lake y la cogió de un brazo.

—Probablemente llega el médico forense. ¿Tiene la bondad de ir a esperar en su habitación?

—Está bien—dijo ella encaminándose a la puerta con las manos en los bolsillos, para volverse allí a decir:—Pero hágame el favor de mandar a Gamble con el té y las pastas, porque desfallezco de hambre.

Momentos después entraba el doctor Emanuel Doremus, flaco, nervioso, descarnado, mordaz, de modales afectados. Llevaba una chaqueta abrochada por el cuello, un sombrero hongo, echado hacia atrás, y más parecía un marinero que un médico. Nos saludó levantando la mano y pasó una mirada por la habitación. Luego se acercó a Heath y le gritó, quejumbroso:

—¡Muy bonito! Me ha cogido su aviso entre la tortilla y las salchichas. Siempre ha de llamarme usted cuando estoy comiendo, sargento... Bueno, ¿para qué me quieren?

Heath, disgustado, hizo una mueca y apuntó el pulgar hacia el cadáver de Coe. Doremus se volvió y permaneció un momento con la vista fija en el muerto.

—La puerta estaba cerrada por dentro—advirtió Markham.—Hemos tenido que forzarla para entrar.

Biblioteca Nacional de España

Doremus lanzó un suspiro y se revolvió contra Heath.

—¿Qué me dice usted de esto? ¿No podía dejarme desayunar en paz? Todo lo que necesitan es una orden de levantamiento.—Buscó en su bolsillo y sacó un manojo de cuartillas impresas.—Si hubiera hablado usted claro, hubiese mandado un ordenanza—acabó en tono impertinente.

—*Mister* Markham me ordenó llamarle personalmente—explicó Heath.—No se trata de mis funerales.

Doremus, con la estilográfica en la mano, miró a Markham y anunció con la mayor frescura:

—Caso patente de suicidio. No hay que tomarse la menor molestia. Puedo darle el tiempo aproximado de la muerte, si lo desea. Y el dictamen de la autopsia...

—Oiga usted, doctor—dijo Vance, que estaba encendiendo tranquilamente otro cigarrillo;—¿sería antiprofesional si inspeccionase el cadáver?

Doremus se volvió nervioso.

—Voy a examinar el cadáver, voy a diseccarlo, voy a dar *un post mortem*. ¿Qué más quiere?

—Que me diga, cómo ha llegado a la conclusión de que estamos ante un caso de suicidio.

Doremus suspiró, impaciente.

—El arma está en la mano, la herida de la bala en su sitio, y yo conozco a un muerto a primera vista. Además, la puerta...

—Estaba cerrada por dentro, sí; pero, ¿y el cadáver?

—¿El cadáver?—dijo el doctor empezando a llenar el boletín.—Ahí lo tiene. Mírelo.

—Ya lo he mirado y no lo entiendo.

—Verá usted, doctor—medió Heath con una mueca de satisfacción.—*Mister* Vance y yo hemos hecho una apuesta. Yo a que usted diría que es un suicidio, y él a que usted diría que es un asesinato.

—Yo soy doctor y no detective—replicó Doremus con acritud.—El sujeto está muerto, con una bala en la sien derecha, empuña un arma en su mano derecha. Es la clase de herida que puede haberse producido él mismo. La posición del cadáver es la natural y la puerta estaba cerrada por dentro. Lo demás corre de cuenta de ustedes que pertenecen a la Brigada Criminal. Si no murió de la herida de bala, la autopsia nos lo dirá. Mañana les daré los datos y pueden sacar las conclusiones.

Vance se había sentado en una silla arrimada a la pared y fumaba tranquilamente.

—Doctor, ¿no podría molestarse en examinar de cerca esa herida de bala, antes de volver a su tortilla y salchichas? Y podría usted mirar también la boca del muerto.

Doremus se quedó mirando un momento a Vance, luego se acercó al cadáver y se inclinó sobre él. Examinó la herida atentamente y vi que se le enercaban las cejas. Levantó los cabellos de la sien izquierda y Doremus la tocó con dedos delicados y por primera vez tuve una impresión clara de la competencia profesional de aquel hombre. Después levantó ligeramente el labio superior del muerto, que desde donde yo estaba se veía manchado de sangre. Luego le examinar detenidamente la boca, volvió a fijar su atención en la herida de bala de la sien derecha. Por fin se levantó, se echó más atrás el hongo y fijó en Vance una mirada inquisitiva.

—¿Qué piensa usted?—preguntó con semblante feroz.

—Nada... mi cabeza está vacía—dijo Vance quitándose el cigarrillo de los labios para bostezar.—¿Ha encontrado usted algo que arroje luz?

—¡Sí, mucho!

—¡Ah! ¿De veras?—Y Vance insinuó una sonrisa.—¿Y sigue creyendo que es un suicidio?

Doremus hundió las manos en sus bolsillos y adoptó una expresión agria.

—¡No, diablos...! Aquí ha pasado algo raro, muy raro... Tiene sangre en la boca y una ligera fractura del cráneo en el parietal izquierdo. Ha recibido un golpe mortal con un objeto duro... ¡La cosa más extraña!

Markham se acercó con los labios oprimidos.

—¿Y esa herida de bala en la sien derecha?

Doremus se le encaró, sacó una mano del bolsillo y señalando a la cabeza del muerto emitió con precisa solemnidad.

—*Mister* Markham, este muchacho había muerto horas antes de que la bala le agujerease el cráneo.

CAPITULO IV

UNA EXTRAÑA INTERRUPCIÓN

(Jueves, 11 de octubre a las 10 de la mañana)

Vance fué el único a quien no sorprendió aquella declaración. Heath se quedó mirando al cadáver como si temiera que fuese a levantarse. Markham se quitó el cigarro de la boca y movió la cabeza mirando alternativamente a Vance y a Doremus. En cuanto a mí, puedo decir que un escalofrío recorrió mi espinazo. La vista de un hombre sentado con el revólver en la mano y en la sien una bala disparada después de muerto, me impresionó como hubiera podido hacerlo, en efecto, la brujería africana; su inverosimilitud despertó en

—Dígame, doctor; ¿en qué estado de rigor mortis *se halla la víctima?*

Biblioteca Nacional de España

mí esos vagos miedos primordiales que duermen ocultos en lo más hondo de nuestro organismo. Se limitó a un movimiento de aprobación y a encender otro cigarrillo, con mano segura.

—Un caso interesante — murmuró, — ¿no te parece, Markham? No hay hombre que se mate después de muerto... Habrás de renunciar a tu idea de suicidio.

La expresión de Markham era una borrasca de perplejidad.

—Pero esa puerta cerrada...

—Los muertos no suelen cerrar la puerta— replicó Vance.

Markham se volvió confuso a Doremus para decirle:

—¿Puede determinar la causa de su muerte?

—Si me da tiempo—contestó Doremus, visiblemente contrariado por el giro que tomaba el asunto.

—Dígame, doctor—preguntó Vance:—¿En qué estado de *rigor mortis* se halla la víctima?

—Está muy avanzado—contestó Doremus y como para comprobar su aserto, volvió a inclinarse sobre el cadáver y después de tratar de mover la cabeza, cogió el brazo que colgaba y luego probó las piernas.—Sí, muy avanzado; han transcurrido de ocho a doce horas desde la muerte.

—¿No puede ser más preciso? — preguntó Heath, ceñudo.

—Ya veremos—replicó el forense con enojo. —Voy a examinarlo detenidamente antes de marcharme... Ayúdeme, sargento, y lo pondremos en la cama...

—Un momento, doctor—dijo Vance con voz autoritaria.—Examine antes la mano apoyada en la mesa. ¿Agarra el arma con fuerza?

Doremus le lanzó una mirada de odio, vaciló un momento e, inclinándose sobre la mano de Coe, estuvo manipulando con los dedos del cadáver.

—La tiene bien agarrada.

Con gran trabajo pudo desprender el revólver, procurando no dejar impresas sus huellas digitales. Heath se acercó a inspeccionar el arma con gran cautela; luego la envolvió en un pañuelo limpio de bolsillo y la dejó sobre la carpeta.

—Y dígame, doctor—prosiguió preguntando Vance:—¿el dedo de Coe oprimía el gatillo?

—Sí—contestó Doremus secamente.

—Entonces podemos deducir que pusieron el revólver en la mano de Coe antes de producirse el *rigor mortis*, ¿no?

—¡Deduzca lo que quiera!

La diplomacia de Markham salió por sus fueros.

—Nada podemos deducir sin su ayuda, doctor. La pregunta de *mister* Vance es de gran importancia. Nos gustaría saber su opinión.

Doremus se doblegó a medias.

—Le diré a usted... Bien podía tenerlo en la mano cuando murió. Yo no estaba presente, ¿comprende? Y si ya tenía el arma en la mano, nadie se la puso después.

—En tal caso, ¿cómo pudo dispararse?

—De ningún modo. ¿Pero quién le dice que fué disparada? No hay manera de saber, hasta que se le haga la autopsia, si la bala que tiene en la cabeza salió de esta arma.

—¿Corresponde el calibre del revólver a la herida?

—Sí. El arma es del 38 y la herida es de la misma dimensión.

—Y una cámara del arma está disparada— intervino Heath.

Markham movió la cabeza y miró al forense.

—Si pudiera probarse, doctor, que el revólver que Coe tenía en la mano es el que se disparó contra su cabeza, ¿podríamos suponer, verdad, como *mister* Vance sugiere, que el revólver fué colocado en la mano del muerto antes del *rigor mortis*?

—Seguramente—dijo Doremus modificando el tono.—Nadie sería capaz de ponerle el arma en la mano de modo que pareciese cosa natural, una vez comenzado el *rigor mortis*.

Aunque Vance andaba distraído por la habitación, prestaba oído a lo que estaban hablando.

—Aun queda—dijo en voz baja—otra posibilidad, muy traída por los cabellos, pero admisible... Ha habido hombres que han hecho cosas muy raras después de muertos.

Todos nos volvimos a mirarlo con sorpresa.

—No nos vengas con cosas de espiritistas, Vance—saltó Markham;—¿pero qué quieres decir con eso?

—Hay casos de suicidas que después de pegarse un tiro han arrojado el arma a gran distancia. El doctor Hans Gross en su *Handbuch fur Untersuchungarichter*...

—Bueno, pero eso no tiene aplicación aquí...

—No, realmente; ha sido una ocurrencia mía.

Markham se le quedó mirando un momento y luego preguntó a Doremus:

—¿Murió Coe de ese golpe a la cabeza?

El médico forense se irguió haciendo una mueca extraña y sin decir palabra volvió a examinar la cabeza de Coe. Luego se volvió y miró fijamente a los ojos de Markham.

—Hay algo sumamente curioso. Se ha producido una hemorragia interna, la que puede esperarse de un serio golpe en la cabeza; sangre en la boca y todo lo demás... Pero, *mister* Markham, el golpe recibido en el parietal izquierdo no es suficiente para causar la muerte; una ligera fractura, pero nada serio... más que para dejarlo sin sentido... No, señor; no murió del golpe o de la fractura del cráneo.

—Y no murió de un tiro de revólver—añadió Vance.—¡Es algo asombroso!

Doremus se volvió precipitadamente a Heath.

—Vamos, sargento.

Entre los dos levantaron el cadáver y lo colocaron sobre la cama, le quitaron la ropa, que dejaron sobre una silla, y Doremus empezó su examen. Fué inspeccionando todo el cuerpo, desde la cabeza a los pies, en busca de alguna herida o erosión y tentando todos los huesos, buscando una fractura. El cadáver estaba puesto boca arriba y el doctor le

oprimía el costado derecho cuando vimos que se detenía y acercaba la vista a un punto.

—La quinta costilla está rota—anunció—y la magulladura está bien clara.

—¿Es una lesión grave? — se aventuró a preguntar Markham.

—¡Oh! Nada de eso. Puede no haber notado más que un ligero dolor.

—¿Producida antes o después de muerto?

—Antes. De lo contrario no habría ninguna mancha epidérmica.

—Y el golpe de la cabeza también lo recibiría antes de morir.

—Sin duda. Lo dejó atontado, pero no murió del golpe.

—Tal vez—aventuró Vance—haya alguna relación entre el golpe de la cabeza y la rotura de la costilla. Debió de perder el sentido y al caer daría con la costilla en alguna parte.

—Es posible—dijo Doremus, que examinaba entonces las palmas de las manos.

—¿Fué bastante fuerte el golpe de la cabeza para dejarlo sin sentido?—preguntó Vance, mientras examinaba los muebles de la habitación.

—Es lo más probable—contestó Doremus.

Vance detuvo la vista en una pesada arca de teca que había junto a la ventana de la parte oriental. Levantó la tapa y miró adentro. Inmediatamente la volvió a bajar.

—¿Qué le parece, doctor?—prosiguió, acercándose al médico forense:—¿tardaría mucho en recobrar el conocimiento después de recibido el golpe en la cabeza?

—Es problemático—contestó Doremus, irguiéndose en honda perplejidad.—Pudo estar sin conocimiento doce horas como pudo estarlo sólo minutos. Eso depende... Pero no es eso lo que me preocupa. Hay dos rozaduras en la parte interior de los dedos de la mano derecha y un ligero corte en el artejo... todo reciente. Diría que opuso alguna resistencia contra el que le aplicó el golpe en la cabeza. Y no obstante, sus ropas estaban en orden, sin menor señal de riña, y sus cabellos peinados y alisados hacia atrás...

—Sí, señor; y empuñaba un arma y estaba sentado como si durmiera—añadió Heath, contrariado por no entender nada.—Alguien lo peinó como a un niño después de la refriega. La cosa se complica.

—Pero no le cambiaron el calzado—advirtió Markham.

—Lo que explica que aun llevase las botas con el albornoz—observó Heath, dirigiéndose a Vance.

—¿A quién se le ocurriría cambiar de ropa a una persona que ha dejado sin sentido y luego peinarla? Es una idea que hace honor a la bondad de su corazón, Sargento; pero no es el procedimiento usual... Creo que hemos de buscar por otros caminos la explicación del peinado y del aseo personal de Coe

—¿Quiere decir que él mismo se cambió y se peinó después de recibir el golpe?

—No es imposible.

—Entonces — intervino Markham, — ¿por qué no se quitó las botas?

—Algo se lo estorbó.

Entretanto, Doremus había vuelto el cadáver boca abajo. Yo, que no apartaba la vista de él, vi como se inclinaba.

—¡Ah! ¡Ya lo tengo!

A esta exclamación todos nos acercamos.

—¡Una puñalada, caramba!—anunció con voz excitada.

Todos fijamos la vista donde él nos indicó. Bajo el omóplato derecho y junto a la espina dorsal había una herida como de media pulgada de diámetro sólo apreciable a primera vista por una manchita negra de sangre coagulada. Parecía no haberse producido hemorragia externa, lo que me chocó como algo inusitado, y creo que Markham tuvo la misma impresión, porque, tras breve silencio, llamó la atención del médico sobre el particular.

—No todas las heridas sangran exteriormente — explicó Doremus. — Esta es de una limpieza especial; la estocada rápida que penetra entre los tejidos sutiles hasta las vísceras, deja salir poca sangre o nada... Como en las contusiones, el derrame es interno... Esta estocada se cerró inmediatamente y los labios de la herida se adhirieron. Muy sencillo... Ahora ya tenemos la explicación de todo.

Vance sonrió, irónico.

—¿De veras? Sólo tenemos explicada la causa de la muerte de Coe, y esta explicación lo complica todo horriblemente. Ahora nos hallamos ante un caso más intrincado.

—No sé por qué—replicó Markham, lanzándole una mirada penetrante.—Al menos pone en claro un punto que estábamos discutiendo. Ya sabemos qué lo detuvo mientras cambiaba de ropa.

—Mucho lo dudo—dijo Vance, dejando el cigarrillo en un cenicero de la mesilla de noche y cogiendo la bata de seda que llevaba el muerto cuando lo encontraron. La levantó a la luz y la examinó minuciosamente, sin poder hallar el menor agujero. Todos lo miramos pasmados. — No, Markham — prosiguió Vance, dejando la bata a los pies de la cama. —Coe no llevaba la bata cuando lo apuñalaron. El cambio de ropa se hizo después.

—De todos modos—arguyó Heath,—pudieron apuñalarlo metiendo la mano por debajo de la ropa.

Vance movió la cabeza negando.

—Olvida usted, sargento, que la bata estaba perfectamente abrochada y ceñida y atada por la cintura... Veamos si podemos comprobarlo.

Se dirigió al guardarropa cuya puerta se veía entornada en el testero de Poniente, la abrió del todo, desapareció dentro y al poco rato salió con un cuelgacapas del que pendían una chaqueta y un chaleco de la misma clase de tela que los pantalones que llevaba Coe. Vance pasó los dedos por el lado correspondiente a la derecha de la espalda y descubrió un corte que correspondía exactamente en dimensiones a la herida de la espalda de Coe, y un corte igual había en el chaleco. Vance acercó a la luz las prendas y volvió a tocar los cortes con el dedo.

Biblioteca Nacional de España

—Estos agujeros—dijo—están un poco atiesados en los bordes como si se hubiera secado en ellos alguna substancia. Supongo que será sangre... No hay duda de que Coe estaba vestido cuando le hirieron y que la sangre que el puñal o el cuchillo dejó al salir ha endurecido los bordes de estos dos cortes.

Volvió a su puesto el cuelgacapas y al cabo de un momento Markham expresó lo que estaba en el pensamiento de todos.

—En tal caso, Vance, el asesino debió desnudar a Coe, colgó la ropa y le puso la bata.

—¿Por qué el asesino?—corrigió Vance.—Según todas las indicaciones, algún otro entró cuando Coe estaba muerto y le disparó un tiro en la cabeza. ¿No podía este otro hipotético haber cambiado de ropa al cadáver?

—¿De qué nos sirve esa conjetura?—observó Markham.

—De nada—convino Vance,—aunque fuese verdadera, lo que, desde luego, no sabemos. Ya sé que parece increíble y únicamente la he formulado para indicar que, al punto a que han llegado las cosas, no hemos de precipitarnos en sacar conclusiones. Y cuanto más fácil sea la conclusión, más precavidos hemos de ser. No estamos ante un caso de fácil solución, mi querido Markham.

Doremus se aburría, la técnica criminalogista no era su fuerte; a él no más le interesaba el aspecto médico, y una vez descubierta la herida en la espalda de Coe, ya se sentía desligado de sus deberes. Bostezó horriblemente, se estiró y recogió el sombrero que había dejado en el suelo, junto a la cama.

—Bueno, ya estoy aquí de más. Supongo que querrán pronto la autopsia—añadió, mirando de reojo a Heath.

—Sí—dijo el sargento, cuya cabeza estaba envuelta en una nube de humo. — ¿Cuándo tendremos el dictamen?

—Esta noche, si lo necesitan. — Doremus cubrió el cadáver con una sábana y escribió una orden de levantamiento.—Llévenlo al depósito cuanto antes.

Estrechó cordialmente la mano a cada uno y se dirigió apresuradamente a la puerta.

—Una palabra, doctor. ¿No hay ni la más remota posibilidad de suicidio?

Doremus giró sobre sus talones, sorprendido.

—¡Cómo! Ni por pienso. Imposible que él se haya dado una puñalada en la espalda. Ha muerto de hemorragia interna a causa de una herida por arma blanca, y tal vez más. La costilla rota y el golpe en la cabeza son cosas de poca importancia; no le hicieron mucho daño. La bala en la sien no significa nada; estaba muerto... ¿Suicidio? ¡Bah!—Y apartando la idea con un ademán, se alejó.

Markham se quedó un momento con la vista fija en el suelo. Por fin se volvió a Heath con aire de mando:

—Avise a los chicos, sargento; que vengan los del fichero dactiloscópico y el fotógrafo. Vamos a ver qué sacamos en claro... Y usted va a encargarse, desde luego.

Aun no había acabado Markham de hablar, y ya Heath había cogido el teléfono que estaba en un taburete junto a la mesa. Momentos después hablaba con la central de la Jefatura de Policía y después de ponerse al habla con varios departamentos, ordenaba a la central que avisase a la Higiene Pública para que mandasen un furgón a recoger el cadáver.

—Temo, señor—dijo en tono de plañido al dejar el teléfono,—que no va usted a dar un paso en firme. No me gusta como pintan las cosas en este asunto. Dios sabe lo que pasó aquí anoche. (Raramente había visto al sargento tan perturbado, y no hubiera podido afeárselo, porque cada fase de aquel crimen parecía completamente contradictoria e incomprensible.)

—No, sargento—lo tranquilizó Markham;—no cejaré y haré cuanto pueda. Ha de haber alguna explicación sencilla y estamos seguros de encontrarla a la corta o a la larga.

Vance se había sentado en una mecedora junto a las ventanas y fumaba tranquilamente mirando al techo.

—Sí, Markham—dijo perezosamente, pero midiendo las palabras,—hay alguna explicación, pero dudo que sea sencilla. Hay muchos elementos contrapuestos en este caso, que parecen eliminarse unos a otros...

Lanzó otra bocanada y prosiguió:

—Para poner las cosas en claro, vamos a resumirlas antes de proceder al interrogatorio de la familia y de los huéspedes... Ante todo, Coe recibió un golpe en la cabeza que acaso lo dejó sin sentido. Luego, probablemente, cayó sobre un objeto duro y se rompió una costilla. Todo esto fué precedido sin duda por algún contratiempo físico. Podemos suponer que Coe iba entonces en traje de calle. Más tarde, ignoramos al cabo de cuánto tiempo, con un instrumento delgado y afilado recibió una incisión en la espalda que le atravesó la chaqueta y el chaleco y le produjo una hemorragia interna. Poco después le quitaron el vestido, que colgaron cuidadosamente en el guardarropa; le pusieron la bata bien abrochada y le ataron el cinturón con una lazada. Además lo peinaron con esmero. *Pero no le cambiaron las botas por las zapatillas.* Por otra parte, lo encontramos sentado en una butaca en una actitud de comodidad y en una posición en que no podía estar cuando le hirieron. Y la costilla rota indica que, en un momento determinado, estaba caído sobre un objeto duro... Como si tdo esto no fuese bastante incngruente aun tenemos que, después de morir a consecuencia de la herida recibida en la espalda y antes de que se produjese en él el *rigor mortis*, le descerrajaron un tiro en la sien y le colocaron el arma en la manc derecha tan firmemente, que al galeno le ha costado trabajo desprenderla. No hemos de olvidar la expresión serena del rostro de Coe: no era la expresión del hombre que, en lucha con un adversario, recibe un golpe que le tira al suelo y le quita el sentido. Y esta circunstancia, Markham, es una de las más extrañas del caso. Coe se hallaba en un estado de ánimo pacífico, o al menos satisfactorio, cuando abandonó esta vida...

Vance volvió a fumar y sus ojos adquirieron una expresión de ensueño.

—Esto en lo concerniente al cadáver de Coe y a los sucesos hipotéticos que le condujeron a la muerte. Pero hay otros elementos que hemos de tomar en consideración. Por ejemplo: encontramos la puerta cerrada con toda precaución por dentro y sin otro medio de entrada o de salida de la habitación. Todas las ventanas están cerradas, las cortinas echadas, la luz encendida, y la casa intacta. Por consiguiente, lo ocurrido aquí anoche debió ser antes de la hora en que Coe solía retirarse a descansar. Además, me inclino a creer que también hemos de tener en cuenta el hecho posible de que, antes de morir, estuvo leyendo unas páginas sobre loza china y empezó a escribir una carta o a redactar unas notas sobre algún asunto. Esa cuartilla con la fecha y la estilográfica caída bajo la mesa son términos del problema...

En aquel preciso instante oímos ruido de pasos precipitados que subían y un momento después apareció Gamble en la puerta con cara alterada.

—*Mister* Markham — masculló: — perdone que les interrumpa, señor; pero... pero hay algo muy raro... muy raro, señor... abajo en el vestíbulo.

CAPÍTULO V

EL PERRO HERIDO

(Jueves, 11 de octubre; a las 10 y media de la mañana)

La actitud del mayordomo, más de asombro que de miedo, sólo nos inspiró recelo.

—Bueno, ¿qué hay en el vestíbulo?—le gritó Markham, nervioso por la recapitulación de Vance.

—¡Un perro, señor!—anunció Gamble.

—¿Y qué?—profirió Markham, en un movimiento de exasperación.

—Un perro herido, señor—explicó el mayordomo.

Antes de que Markham pudiera contestar, ya Vance estaba de pie.

—¡Eso es lo que me faltaba!—exclamó con acento conmovido.—¡Un perro herido! ¡Dios mío!... Vamos, Gamble—llamó, travesando la puerta y precipitándose por la escalera.

Todos le seguimos, intrigados. La aparición de este nuevo elemento colmaba el misterio de un caso, hasta entonces ya harto excitante.

—¿Dónde está?—preguntó Vance al llegar al pie de la escalera.

Gamble se acercó a los pesados cortinajes que estaban a mano derecha de la puerta de entrada, y levantó el extremo de uno, mientras explicaba:

—He oído hace un momento un ruido extraño, como un gemido, que me dió un gran susto, y al mirar detrás del cortinaje he visto al perro.

—¿Es de la casa?—preguntó Markham.

—No, señor. Por eso me asusté, porque nunca he visto perros en la casa desde que estoy, y ya llevo diez años.

Al apartar el cortinaje pudimos ver tendido en el suelo con las cuatro patas estiradas hacia adelante un hermoso «terrier escocés» ligeramente salpicado de lunares. Sobre el ojo izquierdo tenía una herida contusa y bajo la cabeza había una gran mancha negra de sangre coagulada. El ojo vecino a la herida estaba cerrado por la hinchazón, pero el otro nos miraba con una expresión suplicante, pero ya Vance estaba arrodillado a su lado.

—¡No será nada, pobrecillo; no será nada!—murmuraba, mientras lo tomaba con ternura en sus brazos.

—¿Qué calle es ésta?—preguntó, sin dirigirse a nadie.—¿La setenta y cinco?... ¡Bueno!... Abra la puerta, Gamble.

El mayordomo, tan sorprendido como todos, se apresuró a obedecer. Vance cruzó el vestíbulo con el perro en brazos, diciendo:

—Voy a ver al doctor Blamey, que vive en esta misma calle. En seguida vuelvo.

Bajó la escalinata y se perdió en la calle.

Nos quedamos más intrigados que antes. Su reacción al oír la noticia del perro y las extrañas palabras que pronunció al precipitarse por la escalera en busca del animal, añadían un elemento misterioso que hacía más enigmática una situación ya con exceso complicada.

Al salir Vance de casa con el perro en brazos, Heath, en un mar de perplejidad, se volvió a Markham con las manos metidas en los bolsillos para lamentarse:

—Este caso me está ya sacando de tino, señor. ¿Qué significa ahora ese perro, para que míster Vance se excite de tal modo? ¿Qué tendrá que ver un perro con una puñalada?

Markham no contestó ni apartó la vista que tenía fija en la puerta por donde viera desaparecer a Vance, mientras daba vueltas a su cigarrillo en los labios, con evidente nerviosidad. De pronto fijó en Gamble una mirada de enojo.

—¿Nunca había visto ese perro?

—No, señor—dijo el mayordomo, ya recobrada la calma,—jamás. En esta casa nunca hubo perros...

—¿Nadie quería perros?

Biblioteca Nacional de España

—Nadie, señor... Es muy extraño. No puedo imaginarme cómo entraría.

Wrede y Grassi se asomaban curiosamente al vestíbulo, desde la puerta del salón. Al verlos Markham, se dirigió a Wrede.

—¿Sabe usted, *mister* Wrede, algo de un perro lanudo que pueda haber entrado aquí?

Wrede se quedó perplejo y tras un momento de indecisión contestó:

—No, no. Aquí nadie quería perros. Me consta que tanto Archer como Brisbane los detestaban.

—¿Y *miss* Lake?

—No le gustan los perros. Sólo quiere gatos. Tenía un perrito persa de pura casta y Archer la obligó a desprenderse de él. Ya hace tiempo de eso.

Markham frunció el ceño.

—Pues aquí, en el vestíbulo, se ha encontrado un perro... detrás del cortinaje.

—Es extraordinario — comentó Wrede, notablemente sorprendido.—No puedo imaginarme de dónde habrá salido. Habrá seguido a alguien sin ser visto.

Markham no replicó, pero Heath, sacándose el cigarro de la boca, avanzó agresivo, alargando la mandíbulo.

—¿Pero usted es o no es amante de los perros?—le gritó de sopetón.

Wrede quedó sorprendido de la inesperada pregunta.

—Pues claro que me gustan. Siempre he tenido uno, hasta que me mudé a la casa de al lado...

—¿Qué clase de perro?—preguntó Heath, sin abandonar su tono agresivo.

—Un *doberman pinscher*—le dijo Wrede, y se volvió a Markham añadiendo:—No sé a qué vienen las preguntas de este hombre.

—Todos estamos algo nerviosos—dijo Markham en tono de excusa.—Anoche ocurrieron en esta casa las cosas más peregrinas. Coe no se suicidó. Ha muerto asesinado.

Wrede no manifestó sorpresa.

—¡Ah!—murmuró.—Me lo temía.

Grassi lanzó una exclamación gutural y salió al vestíbulo.

—¿Asesinado?—repetía.—¿*Mister* Coe murió asesinado? Yo creí que se había matado con un revólver.

Su cara ofrecía una palidez anormal y su vista, que mantenía fija en Markham, era la imagen del espanto.

—Le dieron una puñalada en la espalda—le informó Markham.—La bala no penetró en su cabeza hasta después de muerto.

El italiano lanzó otra exclamación gutural y fué a apoyarse en la jamba de la puerta del salón. Estaba tan blanco, que yo creí que de un momento a otro iba a desmayarse. Heath, que lo miraba como un tigre en acecho, se le acercó lentamente hasta casi tocarle el rostro con la nariz, para espetarle:

—¡Herido con una daga! *En la espalda.* Buena faena. ¿Qué sabe usted de eso?

Con la misma rapidez que palideció, el italiano recobró el dominio de sí mismo y se irguió con gran dignidad, mirando a Heath fijamente en los ojos, mientras una sonrisa irónica doblaba sus gruesos labios.

—Yo no sé nada de eso, señor—dijo con serena calma.—No soy de la policía. Tal vez *usted* sabrá muchas cosas sobre el particular.

Su tono, aunque cortés, encerraba un insulto que sacó a Heath de sus casillas.

—Sabemos muchas cosas—bramó, enfurecido.—Y cuando empecemos no lo pasará usted tan bien.

Markham se acercó y puso una mano en el hombre de Heath.

—Esto puede esperar, sargento. Hemos de hacer muchas investigaciones antes de interrogar a *mister* Grassi.

Heath hizo una mueca de disgusto y se dirigió a la escalera, mientras Markham decía a Grassi y a Wrede:

—Ustedes, señores, tendrán que esperar un poco en el salón. Hagan el favor de tener la puerta cerrada hasta que los llamemos.

A estas palabras, el guardia Hennessey los empujó hacia adentro y cerró la puerta.

—Vamos, sargento—dijo Markham.—Echaremos una mirada a la habitación de Coe antes que lleguen los chicos.

Durante cinco minutos, Markham y el sargento estuvieron inspeccionando la habitación de Coe. Heath levantó las cortinas de todas las ventanas y se dirigió luego a Markham, que estaba examinando el interior del guardarropa.

—Es el caso más chusco, señor; todas las ventanas están cerradas. Pero no es sólo eso, sino que todas tienen la falleba echada. Y esta pieza está en el segundo piso, de modo que nadie puede entrar desde fuera. ¿Para qué tanta precaución?

—Archer Coe era un hombre especial, sargento. Siempre temía que entrasen ladrones y le robasen sus tesoros.

—¿Quién querría todos estos trastos viejos —observó Heath, escéptico, acercándose a la mesa.

Markham, después de examinar el ropero, cruzó la sala en dirección al arca cuya tapa había levantado Vance para examinar su interior. Heath, que estaba en mitad de la habitación mirando a todos lados con disgusto, observó:

—Está visto que nadie ha podido entrar aquí más que por la puerta. Eso es lo que me joroba.

Lo cierto era que, aparte la que hallamos cerrada, no había más puerta que la del ropero. No tenía la habitación cuarto de baño. La casa fué construída en una época en que un cuarto de baño común para todo el piso se tenía por el colmo del lujo. Luego supimos que *miss* Lake se hizo instalar un cuarto de baño en sus habitaoicnes del tercer piso. Los hermanos Coe usaban el mismo cuarto de baño que estaba entre sus habitaciones.

—No he visto ni rastro del arma con que mataron a Coe—observó Markham.

—No está aquí—afirmó Heath, dogmático. —Apostaría a que el pájaro la escondió donde nadie pueda encontrarla.

Un hermoso «terrier escocés»

Biblioteca Nacional de España

—Es posible—convino Markham.—De todos modos, mejor será que abra usted las ventanas. Está el aire viciado. Y apague la luz.

—Me guardaré de hacer nada de eso—dijo el sargento en tono de indignación, y se apresuró a dar explicaciones :—Piense, señor, que alguien hizo correr las fallebas de las ventanas y oprimió el botón del interruptor, y quiero saber quién fué. El capitán Dubois me dará las impresiones digitales.

Al poco rato volvió Vance. Entró con la cara demudada y los ojos encendidos de indignación.

—Es muy probable que viva—manifestó,—pero alguien le ha dado un golpe tremendo con un instrumento duro. El doctor Blamey se ha hecho cargo del animalito y esta noche me comunicará su estado. (Nunca había visto a Vance tan inmutado.)

—¿Qué significa todo eso? — le preguntó Markham.—¿De dónde ha salido ese perro?

—Aun no lo sé—dijo Vance, sentándose en una silla y sacando la pitillera,—pero tengo el presentimiento de que nos servirá de guía. Ese perrito es uno de los cabos de esta enredada trama, el único contacto con el mundo exterior. No es de la casa, y no obstante tiene algo que decirnos. Además fué herido en la casa.

Los ojos de Markham se asombraron de pronto.

—Y la herida es semejante a la de Coe y en el mismo puesto.

—Pero puede ser una mera coincidencia—replicó al cabo de un momento.—De todos modos aquí no querían perros. Nunca los hubo y con frecuencia oí hablar a Coe como a su hermano contra la raza canina. En una ocasión tuve que aguantar a Brisbane media hora de lectura de un libelo de Ambrose Bierce contra los perros. Ningún habitante de la casa introdujo ese perro, Markham ; pero si el animal hubiese entrado por una equivocación, ningún miembro de la familia hubiera vacilado en arrojarlo.

—¿Piensas que lo trajo un forastero?

—No, tampoco eso es probable. La presencia del perro es una extraña circunstancia. Probablemente se debió a un terrible accidente, a un fatal error. Por eso me interesa tanto. Y hay un punto muy digno de tenerse en cuenta : la persona que encontró aquí al perro *tuvo miedo de dejarlo salir*. En cambio, para salvarse, trató de matarlo y lo escondió detrás del cortinaje. Y poco faltó para que lo matase.

—¿Ha podido el doctor señalar el tiempo en que fué herido?

—No con exactitud, pero a juzgar por la hinchazón del ojo y por la sangre seca de la herida, calcula que hará unas doce horas.

—Coincide.

—Sí, por completo. El perro presenció el crimen o estaba en la casa poco después de perpetrado.

—Es un caso realmente curioso—murmuró Markham.

—Tan curioso como diabólico. Pero una vez descubramos al amo del perro, sabremos algo de suma importancia.

Markham expresó sus dudas, preguntando con desaliento :

—¿Cómo diablos vamos a dar con la pista de un perro? La ciudad está llena de ellos, y si pertenece a la persona que entró aquí anoche, el dueño no pondrá un anuncio ni contestará al anuncio de un perro hallado.

—Es verdad—asintió Vance.—Pero la cosa no es tan difícil como te imaginas. Ese «terries escocés» no acaba de ser adquirido. Lejos de eso. Ha hecho sudar mucho en el canódromo a algunos de nuestros vencedores. Lo he examinado cuidadosamente mientars Blamey lo tenía en la mesa de operaciones. Tiene poco lomo, un costillar muy fino y una cola perfecta ; es bajo de vientre, con las articulaciones de las patas traseras encorvadas, robustos cuartos traseros y una osamenta y una carnadura admirables. Estoy algo enterado de los «escoceses», Markham, y yo no creo equivocarme al pensar que ese animal lleva sangre del «laurieston» y del «ornsay». Su robustez y su carnadura, unidas a unos ojos audaces y ligeramente encendidos, indican la casta del «laurieston», una gran casta, desde luego, pero no suficientemente sensible para mi gusto Por otra parte, posee cualidades muy definidas, una cabeza inclinada y despejada y un hocico fino, orejas pequeñas y un colodrillo ligeramente prolongado, que son de puro «ornsay».

—Todo eso está muy bien—dijo Markham, aburrido del tecnicismo de Vance—para un criador de perros ; pero no veo que nos lleve a ninguna parte.

—¡Oh! ¡Ya lo creo!—replicó Vance, sonriendo.—Muy lejos nos llevará. El cruce de ciertas sangres es bien conocido en este país de todo aficionado a perros un poco serio. Y un perro como ese es el resultado de años de intensos cuidados. Hay genealogías y registros y tratantes de oficio y peritos licenciados, y no es imposible seguir el rastro de un perro de sangre azul cuando se tienen algunos datos de sus cruces y de sus principales linajes. Además está ahora el nuestro en su más perfecto estado y es de suponer que un perro tan bueno ha asistido a alguna exposición canina. Y cuando un perro se ha exhibido, nos suministra una serie de hechos aprovechables.

Heath, que escuchaba a Vance con expresión de escéptico, aventuró una pregunta :

—¿Quiere usted decirme, *mister* Vance, que es capaz de encontrar al amo de cualquier perro que se le presente?

—Eso no, sargento. Sólo digo que, suponiendo que un perro haya sido objeto de comercio y se haya exhibido en una exposición, y suponiendo que uno tenga una idea definida de los progenitores del perro, tiene muchas probabilidades, si no le falta paciencia, de poder encontrar al amo.

—¡Bah! ¿Y de qué le serviría encontrar al amo de ese chucho? El amo le diría simplemente : «Ah, gracias ; es usted muy amable. El diablejo se me escapó el otro jueves.»

Vance sonrió.

—Es posible, sargento. Pero los perros de casta no siguen a un desconocido a una casa que no conocen. Además, los perros tan buenos como el nuestro nunca salen a la calle solos.—Se recostó en la silla y entornó los ojos. —Hay algo particularmente extraño en la presencia del perro en esta casa la pasada noche. Si me la explicase sabría enormemente más acerca del asesinato.

—Tal vez el asesino sea alguien aficionado a los perros—masculló Heath, pensando sin duda en Wrede.

—Al contrario, sargento — rechazó Vance con una sonrisa burlona.—Mientras no se demuestre otra cosa, hemos de suponer que el asesino lastimó cruelmente al «escocés»... probablemente para reducirlo al silencio...

Vance se interrumpió al oír pasos y voces en el vestíbulo inferior. Un momento después entraban en el dormitorio tres hombres de paisano y dos funcionarios de uniforme del próximo retén que se quedaron perplejos al ver al Fiscal del Distrito.

—Me he hecho cargo del caso — les dijo Markham.—Lo tramitaremos desde la Dirección General, pero necesitaremos dos hombres para que vigilen la casa.

—Perfectamente, señor — dijo uno de los paisanos, recio y de cabellos grises, saludando. Y añadió, volviéndose a los funcionarios de uniforme : — Ustedes, Hanlon y Riordan, quédense aquí. *Mister* Markham les dará órdenes.—Luego se volvió al Fiscal del Distrito :—Si necesita algo más, estoy a sus órdenes, mi jefe. Soy el teniente Smith.

—Gracias, teniente.

CAPÍTULO VI

EL BASTÓN DE PUÑO MARFILEÑO

(Jueves, 11 de octubre; a las 11 de la mañana)

Me pareció que los tres señores de paisano se marcharon contrariados, pero en los casos criminales de importancia que tomaba a su cargo la Jefatura Superior quedaban descartados *ipso facto* los funcionarios de los retenes locales.

Apenas se habían marchado, cuando llegaron los peritos de la oficina dactiloscópica, capitán Dubois y agente Bellamy, con el oficial fotógrafo, Peter Quackenbush, quienes, a las órdenes de Heath, procedieron a su cometido.

—Lo que quiero ante todo—les dijo el sargento—son las impresiones de las manos de las fallebas de las ventanas, del puño de la puerta y del botón del interruptor. Luego obtendremos las huellas digitales de la gente de esta casa para compararlas... Lo que quiero es saber quién cerró las ventanas y dió la luz y quién fué el último en salir de aquí.

Vance llamó a Heath a un lado.

—Yo puedo ayudarle en sus dudas, sargento. Fué Coe en persona quien cerró las ventanas, corrió las cortinas y encendió las luces. Pero confieso que estoy en el limbo respecto a la última persona que empuñó la cerradura, y temo que las impresiones digitales no nos den las huellas.

Heath se quedó parpadeando y estaba a punto de contestar, cuando optó por llamar a Dubois :

—Oiga, capitán : sáqueme las impresiones digitales del muerto y vea si confrontan con las de las fallebas y las del interruptor.

Dubois se volvió de una de las ventanas del lado oriental, la mano de cuya falleba estaba espolvoreando con polvo azafranado, y, cogiendo el estuche, se acercó a la cama. A los pocos minutos volvió con un cartón donde estaba impreso el dedo pulgar de Coe, lo acercó a la luz y lo examinó con una lente de relojero. Luego lo dejó sobre la mesa, fué a la ventana y examinó de cerca el pestillo De pronto lanzó un gruñido.

—Está usted en lo cierto, sargento — dijo, quitándose la lente.—Parece que ese sujeto cerró la ventana.

Entonces procedió a examinar las otras.

—Lo mismo—dijo al terminar.—Hay dos pestillos algo borrosos, pero parece que confrontan.

El sargento lanzó a Vance una mirada de soslayo, pero éste se había arrellanado en su asiento y fumaba con los ojos cerrados.

—Ahora, *Cap*—dijo Heath,—pruebe el interruptor.

Dubois espolvoreó el interruptor, sopló ligeramente y lo examinó con la lente.

—Aquí lo mismo, aunque no estoy bien seguro mientras no saque las mismas... un surco muy pronunciado con varias bifurcaciones que convienen.

—No me interesan las ampliaciones. Pruebe el pomo del picaporte.

Después de las convenientes manipulaciones, Dubois se volvió, diciendo :

—Me parece que son de la misma mano, pero no está tan claro como sería de desear.

El sargento lanzó un gruñido.

—Es inútil examinar el de la parte de fuera. Lo han tocado demasiadas manos esta mañana.

Fumó un rato en silencio y ordenó :

—Examine las de esa arma que está en la mesa, envuelta en mi pañuelo.

Dubois obedeció.

—No hay nada. El gatillo es muy delgado y no ha tomado las huellas, y el borrón que se ve en la parte izquierda de la culata, sobre

Biblioteca Nacional de España

el marfil, puede corresponder o no corresponder a la yema del pulgar del muerto.

—¿No hay más señales en el arma?—preguntó Heath con manifiesta decepción.

—No—Duois se caló la lente y se inclinó sobre el revólver.—Parece que la han limpiado antes que ése la empuñase.

—Claro—dijo Vance, como despertando de un letargo.—Es perder el tiempo examinar el arma. Si tiene alguna huella será de Coe.

El sargento se quedó mirando a Vance. Por fin se encogió de hombros y despidió a Dubois con un ademán.

—Gracias, *Cap*. Creo que ya basta.

—¿Quiere que saque fotografías para comprobar las huellas?

—Me parece, sargento—dijo Vance, que se había levantado para dejar la colilla en el cenicero,—que no será necesario.

—No se moleste—dijo Heath, tras un momento de vacilación.

Apenas se habían marchado Dubois y Bellamy con el fotógrafo, cuando llegó el comandante Moran, de la Brigada de Investigación, acompañado de los agentes Burke y Snitkin, de la Brigada Criminal. Moran nos saludó alegremente y dirigió a Markham varias preguntas sobre el caso, diciendo que le habían enterado de lo ocurrido desde el departamento telegráfico, después que Heath dió la noticia por teléfono. Parecía aliviado de encontrar a Markham en escena y a Heath encargado del asunto por el Fiscal del Distrito, e inmediatamente se despidió de nosotros con visible alegría.

Burke y Snitkin acudían al llamamiento de Heath, y después de saludar al sargento, se colocaron junto a la chimenea, esperando órdenes.

Markham se sentó en el sillón de la mesa, y después de telefonear a su despacho que no le esperasen, encendió un nuevo cigarro e hizo a Heath una indicación perentoria.

—Veamos qué nos dicen los habitantes de esta casa, sargento.—Y añadió, dirigiéndose a Vance con deferencia.—¿Qué te parece si empezamos por Gamble.

—Muy bien. Un poco de murmuración doméstica para empezar. Y no dejes de insistir sobre los movimientos del hermano Brisbane durante la pasada noche.

Aun hubo otra interrupción antes de empezar el interrogatorio. Sonó el timbre de la puerta principal y Hennessey gritó, asomado a la escalera:

—¡Eh, sargento! Aquí está el coche de la Higiene Pública.

Heath gritó una orden y al poco tiempo entraban en el dormitorio dos mozos que conducían una canasta en forma de ataúd. Metieron en ella el cadáver y, sin decir una palabra, salieron con su pesada carga.

—Y ahora abramos las ventanas — ordenó Markham.—Y apaguen la luz eléctrica.

Snitkin y Burke corrieron a obedecerle y el aire fresco de octubre entró como un alivio en la habitación. Markham respiró a pleno pulmón y consultó el reloj.

—Que suba Gamble, sargento—dijo, recostándose en el respaldo.

Heathm colocó uno de los funcionarios uniformados en la calle para evitar que se formasen grupos y retuvo al otro fretne a la puerta del dormitorio. Ordenó a Burke que fuese al vestíbulo a cuidar de la puerta de entrada, y momentos después volvía con Gamble a remolque

Markham hizo a Gamble señas de que se acercase a la mesa. El mayordomo se acercó exageradamente, pero a pesar de sus esfuerzos, no podía disimular su nerviosidad. Tenía la cara verde y sus ojos giraban constantemente.

—Deseamos que nos entere de las condiciones en que estaba la casa anoche — empezó Markham con aspereza.—Y no queremos más que la verdad... ¿comprende?

—Sí, señor... todo lo que sepa, señor.—Trató de sostener la mirada de Markham, pero casi inmediatamente desvió la vista.

—Ante todo mire ese revólver y diga si lo había visto.

—Sí, señor; lo había visto muchas veces. Era el revólver de *mister* Archer Coe.

—¿Dónde lo guardaba?

—En un cajón de la mesa de la biblioteca.

—¿Cuándo lo vió por última vez?

—Ayer por la mañana, mientras arreglaba la biblioteca. *Mister* Coe se había dejado un libro registro sobre la mesa y, cuando lo puse en el cajón, vi el revólver.

Markham movió la cabeza con satisfacción.

—Ahora siéntese allí—dijo, indicándole una silla junto a la puerta, y cuando Gamble se hubo sentado continuó:—¿Quién estaba en la casa ayer, después de cenar?

—Ayer era miércoles, señor — contestó el criado.—Los miércoles no se cena en casa. Es la noche que sale la servidumbre, y todos cenan fuera, menos *mister* Archer Coe, que a veces se queda en casa. De vez en cuando le dejo preparada una cena fría antes de marcharme.

—¿Y anoche?

—Sí, señor; le preparé una ensalada y unos fiambres. El resto de la familia tenían compromisos fuera de casa.

—¿A qué hora salió usted?

—A las seis y media.

—¿Y a esa hora no quedaba en casa nadie más que *mister* Archer Coe?

—No, señor; nadie. *Miss* Lake telefoneó desde el Country Club a primera hora de la tarde diciendo que no volvería a casa hasta muy tarde, y *mister* Grassi, el huésped de *mister* Coe, salió poco después de las cuatro.

—¿Sabe usted adónde fué?

—Entendí que tenía una cita con el conservador del Museo Metropolitano de Antigüedades Orientales.

—Y de *mister* Brisbane Coe ya dijo usted por teléfono que estaba en Chicago—observó Markham, afirmando lo que implicaba una pregunta.

—No estaba en Chicago a tal hora—explicó Gamble,—sino en camino. Tomó el tren de las cinco y media en la Grand Central, ayer tarde.

Vance se incorporó en su asiento y alargó la cabeza.

—El «Lake Shore Limited», ¿eh?—observó.—¿Por qué ese tren lento? ¿Por qué no tomó el «Siglo Veinte»? Se hubiera ahorrado tres horas de viaje.

—*Mister* Brisbane es muy conservador—explicó Gamble—y muy prudente. No le gustan los rápidos y siempre toma los otros.

—Bueno, bueno — dijo Vance, volviendo a su posición y dejando que Markham continuase el interrogatorio.

—¿Cómo sabe usted que *mister* Coe tomó el tren de las cinco y media?

Gamble se quedó perplejo y contestó después de pestañear un rato:

—Yo no le vi salir, pero telefoneé para que le reservaren una litera, le preparé la maleta y avisé un taxi.

—¿A qué hora salió de casa?

—Poco antes de las cinco, señor.

Vance pareció emerger otra vez de su letargo, y preguntó sin abrir los ojos:

—Diga, Gamble: ¿cuándo decidió el prudente *mister* Brisbane su viaje a Chicago?

El mayordomo se volvió a mirar a Vance, un tanto sorprendido.

—No antes de las cuatro. Fué una decisión repentina, señor... o así me lo pareció.

—¿Acostumbra a tomar decisiones tan repentinas?

—Nunca, señor. Fué la primera vez. Y he de decir que me chocó como algo insólito; generalmente prepara sus viajes a Chicago un día antes.

—¡Ah! — exclamó abriendo perezosamente los ojos.—¿Hace muchos viajes a Chicago?

—Uno al mes, me atrevería a decir, señores.

—¿Y duran mucho esas visitas?

—Un día o dos.

—¿Sabe qué objeto tienen esos viajes?

—No a punto fijo, señor—Gamble empezaba a manifestar cierta inquietud; se oprimía las manos y miraba fijamente adelante.—Pero muchas veces le oí hablar de las reuniones que allí tenía con gente culta. Tengo la impresión de que va a Chicago para asistir a esas reuniones.

—Sí, muy probable... Es muy original Brisbane—dijo Vance en tono pensativo.—Se relaciona con toda clase de tipos de los más raros... Conque tomó la decisión de largarse ayer después de las cuatro y se marchó antes de las cinco... Interesantísimo... Y a propósito, Gamble, ¿comunicó a otro que a usted su decisión?

—No lo creo, señor; excepto a *mister* Archer, por supuesto. Lo cierto es que no había nadie más en casa.

—¿No telefoneó a nadie desde las cuatro hasta que se marchó?

—A nadie, señor.

—¿Y no hubo visitas a quien pudiera haber declarado su intención?

—No, señor, no vino nadie.

—Magnífico. Y ahora Gamble, piense bien lo que contesta. ¿Notó usted algo inusitado en el talante de *mister* Brisbane ayer tarde?

El mayordomo hizo un movimiento de sorpresa y noté que sus pupilas se dilataban; fijó su mirada en Vance y tragó saliva dos veces antes de contestar.

—Sí, señor y que Dios me perdone. No era el mismo. Generalmente es muy sereno y ecuánime, pero antes de salir de casa, parecía turbado e inquieto. Además, hizo algo muy raro antes de partir: estrechó la mano de *mister* Archer. Y le dijo: «Adiós, hermano». Eso es lo más raro, porque nunca oí que llamase a *mister* Archer más que por su nombre.

—¡Caramba!—exclamó Vance, observando atentamente al mayordomo.—¿Y cómo se tomó *mister* Archer aquellas muestras de afecto fraternal?

—Dudo que ni siquiera se fijase en ello. Estaba examinando una pieza de porcelana como una cáscara de huevo bajo una lamparilla y apenas contestó a *mister* Brisbane.

—Eso era propio de Archer—comentó Vance para Markham.—Cuando se absorbía en la contemplación de una porcelana artística, podía caerle el techo encima sin que se enterase. ¿Tienes inconveniente de que siga yo con Gamble?

Markham hizo un gesto de asentimiento y Vance se volvió al mayordomo.

—Según creo haber entendido, cuando se marchó *mister* Brisbane usted y *mister* Archer se quedaron solos en casa.

—Sí, señor—dijo el mayordomo respirando con trabajo y abandonando su actitud solícita; —pero me quedé el tiempo suficiente para preparar la cena de *mister* Archer...

—¿Y dejó solo a *mister* Archer?

—¡Sí! Estaba abajo, leyendo en la biblioteca.

—¿Dónde estuvo usted y en qué pasó el tiempo?

Gamble se puso muy serio.

—Cené en Childs y luego fuí al cinema.

—No fué una noche muy agitada, ¿verdad, Gamble?... ¿Qué otros criados hay en la casa?

No sé por qué el mayordomo respiró con alivio.

—Sólo hay dos más, señor—contestó con voz más firme.—El cocinero chino...

—¡Ah! ¿Un cocinero chino? ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Pocos meses.

—Siga.

—Luego la doncella particular de *miss* Lake. Y ya están todos... salvo una mujer que viene dos veces a la semana a limpiar la casa.

—¿Cuándo salieron ayer el cocinero y la doncella de *miss* Lake?

—Inmediatamente después de comer. Es la norma de costumbre todos los miércoles, señor.

—¿Y cuándo volvieron?

—Muy tarde. Yo mismo volví a las once, y ya eran las once y media cuando volvió Myrtle, la doncella. Cuando me retiraba, a eso de medianoche, oí deslizarse al cocinero.

Biblioteca Nacional de España

Vance enarcó las cejas.

—¿Deslizarse?

—Siempre se desliza, señor—dijo Gamble en tono de aversión.—Es muy astuto, muy ladino y avieso, señor... no sé si me explico.

—Acaso sea la educación oriental—interpretó Vance sonriendo.—¿De modo que el cocinero entró deslizándose a medianoche?... Dígame: ¿suele la servidumbre volver muy tarde los miércoles?

—Sí, señor.

—Entonces cualquiera que conozca las costumbres de los criados sabrá que los miércoles por la noche no están en casa.

—Evidentemente, señor.

Vance fumó un momento.

—¿Sabe usted a qué hora volvieron *miss* Lake y *mister* Grassi?

—No puedo decirlo, señor; pero debía de ser muy tarde. No me acosté hasta la una y todavía no habían vuelto.

—¿Tiene *mister* Grassi una llave de la casa?

—Sí, señor. Yo encargué una para él por indicación de *mister* Coe.

—¿Cuánto tiempo hace que *mister* Grassi es huésped de *mister* Coe?

—Ayer hizo una semana.

Vance permaneció un momento en silencio y pude sorprender en su frente una sombra de preocupación. Luego, sin cambiar de expresión, hizo una pregunta al parecer impertinente.

—¿Vió usted por casualidad a *mister* Archer Coe anoche, después de su regreso?

—No, no lo vi, señor.

En la respuesta había una cierta vacilación que llamó la atención de Vance.

—¡Vamos, vamos, Gamble—reprendió severo,—diga lo que piensa!

—Le digo la verdad, señor; pero cuando subí a acostarme noté que las puertas de la biblioteca estaban abiertas y las luces encendidas. Pensé que *mister* Archer estaba aún en la biblioteca; pero como también vi luz en el dormitorio por el ojo de la cerradura, lo que es fácil de ver en un vestíbulo que está a oscuras cuando uno sube la escalera, di por supuesto que se había retirado, y entonces volví a bajar y apagué las luces de la biblioteca y cerré las puertas.

—¿Y no oyó usted ningún ruido aquí dentro?

—No, señor—dijo Gamble alargando la cabeza y mirando a Vance con ojos muy abiertos.—¿Piensa usted que ya estaba muerto entonces?

—Indudablemente. Si se hubiere usted tomado la molestia de mirar por la cerradura, lo hubiese visto como lo ha visto esta mañana.

Gamble parecía anonadado.

—¡Dios mío! ¡Y no sospeché nada!—exclamó en un ronco gemido.

Vance ahogó un bostezo.

—Tranquilícese, que no se lo tendremos en cuenta... Y a propósito, me olvidaba de preguntarle una cosa: ¿No llevaba *mister* Brisbane un bastón cuando salió para Chicago?

Gamble recapacitó un momento y movió la cabeza.

—Sí, señor. No sale nunca sin el bastón. Sufre de reuma...

—Eso me ha dicho muchas veces... ¿Y qué clase de bastón llevaba?

—Su bastón de puño de marfil, señor. Es el que prefiere.

—¡Ah! ¿Uno de puño curvado con entalladuras?

—Sí, señor. Es un bastón muy raro. *Mister* Brisbane lo compró en Borneo hace años.

—Conozco muy bien ese bastón, Gamble. Se lo he visto en las manos en muchas ocasiones... ¿Está completamente seguro de que fué ese bastón y no otro el que se llevó a Chicago?

—Segurísimo. Yo mismo se lo entregué cuando hubo subido al taxi.

—¿Lo juraría?

Gamble estaba tan intrigado como todos nosotros ante la insistencia de Vance.

—¡Sí, señor!—contestó resueltamente.

Vance fijó la vista en el criado y se levantó. Se acercó lentamente a Gamble, que seguía sentado, y lo miró como si quisiera penetrarlo con los ojos.

—Gamble—dijo pausadamente,—¿vió usted a *mister* Brisbane Coe en esta casa después que usted volvió anoche?

El mayordomo se puso pálido y sus labios empezaron a temblar. La pregunta era tan inesperada, que a mí mismo me impresionó. Markham se incorporó en su asiento y Heath se quedó en una actitud de pasmo con el cigarro a medio camino de la boca. Gamble se debatió bajo la mirada de Vance.

—¡No, señor... no, señor!—gritó.—¡Juro por Dios que no! De haberlo visto se lo hubiera dicho a usted.

Vance se encogió de hombros y se volvió a su puesto.

—Y no obstante, estuvo aquí anoche.

Markham descargó un puñetazo en la mesa.

—¿Qué significado tiene esa observación?—preguntó en tono imperioso.—¿Cómo sabes que Brisbane Coe estuvo aquí anoche?

Vance se volvió con calma y dijo con la mayor naturalidad:

—Muy sencillo: su bastón con puño de marfil cuelga del respaldo de una silla en el vestíbulo.

CAPÍTULO VII

EL HOMBRE PERDIDO

(Jueves, 11 de octubre, a las 11,45 de la mañana)

Hubo un momento de intenso silencio. La afirmación de Vance con todas las posibilidades que sugería produjo en nosotros una impresión de vago terror. Miré a Gamble y de nuevo le vi las pupilas dilatadas. Se levantó lentamente y apoyando una mano en el respaldo de la silla, se quedó mirando a Vance como quien ve un fantasma.

—¿Está usted seguro de haber visto el bastón, señor?—balbuceó con el rostro desencajado.—Yo no lo he visto. Y *mister* Brisbane nunca cuelga su bastón de una silla, sino que lo pone en la bastonera. Tal vez algún otro...

—Tranquilícese, Gamble—atajó Vance secamente.—¿Quién sino *mister* Brisbane volvería con ese precioso bastón a casa y lo colgaría en una silla del vestíbulo?

—Pero *mister* Vance, señor—porfió el criado en el mismo tono de espanto,—una vez me riñó porque lo dejé en una silla, diciendo que podía caer y romperse. ¿Cómo es posible que lo dejase él en la silla?

—Tal vez para hacer menos ruido que dejándolo en una bastonera.

Markham, que inclinado sobre la mesa miraba fijamente a Vance, preguntó:

—¿Qué quieres decir con eso?

Vance levantó los ojos perezosamente y los descansó en el Fiscal del Distrito, al contestar con toda calma.

—Quiero decir, mi querido Markham, que el hermano Brisbane deseaba que nadie lo oyera cuando volvió aquí ayer por la noche.

—¿Y en qué fundas esa opinión?—preguntó Markham con un acento de contrariedad, que rayaba en cólera.

—Podía haber en perspectiva asuntos siniestros—replicó Vance evasivamente.—Brisbane salió para Chicago la noche en que sabía que Archer se quedaba solo. Perdió el tren, valga el eufemismo, y volvió a casa con el bastón. Y aquí está el bastón, colgado en una silla del vestíbulo... pero no Brisbane. Y Archer, el único ocupante de esta casa, anoche, se ha ido al otro mundo de la manera más misteriosa.

—¡Por Dios, Vance!—exclamó Markham, hundiéndose en el sillón.—No vas a suponer que Brisbane...

—¡Alto! ¡alto! No te precipites en sacar conclusiones...—Vance hablaba con cierta despreocupación, pero no podía ocultar que la situación le interesaba hondamente, según se puso a andar de un lado a otro con las manos en los bolsillos de la chaqueta.—Me explico la presencia de Brisbane aquí, ayer por la noche, pero no me explico la presencia de ese bastón aquí esta mañana. Es muy curioso... no encaja en el cuadro. Aunque no hubiese tomado el «Lake Shore Limited» de Chicago, salen otros trenes más tarde. El «Iroqués» sale a medianoche, y hay otro tren menos rápido a las doce y media...

Heath se quitó el cigarro de la boca.

—¿Cómo sabe que el pájaro no voló en uno de esos trenes, suponiendo que perdiese el «Laque Shore Limited»?

—Por el bastón del vestíbulo, Sargento.

—¿No puede un hombre olvidar su bastón?

—No Brisbane Coe, y menos en las circunstancias...

—¿Qué circunstancias?—atajó Markham.

—Es lo que no sé precisamente—dijo Vance con amargura.—Pero empiezo a descubrir un método en todo este galimatías, y ese bastón se presenta como un error terriblemente acusador...

Se calló de pronto y, dando media vuelta, se dirigió a la puerta.

—Vuelvo en seguida. Podría ser...

—¿Qué piensa ese hombre?—preguntó Heath a Markham con cara de enojo.

—No sé qué decirle, Sargento—contestó Markham, que estaba tan intrigado como Heath.

—Si quiere que le diga lo que pienso, señor, creo que *mister* Vance da demasiada importancia a ese bastón. Sólo tenemos la palabra de este individuo—dijo indicando con el pulgar a Gamble—de que se lo llevó al salir, y mientras no sepamos con toda seguridad que no se marchó a Chicago, nos molestamos inútilmente.

Tengo para mí que Markham era de la misma opinión, pero se abstuvo de hacer comentarios.

Vance volvió a entrar fumando pensativamente y cabizbajo.

—No está—notificó.—Pensé que Brisbane podía estar en su habitación. Pero las cortinas están descorridas y el lecho intacto, y las luces apagadas.—Se sentó cansadamente.—La habitación está vacía.

El sargento se le plantó delante.

—Oiga, *mister* Vance: aunque perdiera el «Lake Shore Limited», probablemente está en camino de Chicago. Cualquiera puede olvidar el bastón. Aquí no está su maleta...

Vance se puso en pie de un brinco.

—¡La maleta... eso es! ¿Qué habría hecho con la maleta en caso de perder el primer tren y pensar tomar otro para Chicago...?

—La hubiese consignado en la estación, ¿no?—preguntó Heath con desprecio.

—¡Exacto!—dijo Vance volviéndose a Gamble.—Describa esa maleta.

Biblioteca Nacional de España

—Era una maleta ordinaria, señor—contestó Gamble un poco aturdido.—Piel negra, con rebordes de latón y ángulos redondos, y las iniciales «B. C.», en letras doradas, al extremo.

Vance se volvió a Heath.

—¿No podría retirarla del depósito de la estación, Sargento? Es muy importante.

Heath dirigió una mirada de consulta a Markham, de quien recibió un signo afirmativo.

—Sin duda puedo hacerlo—dijo y llamó con un ademán a Snitkin.—¿Has traído el autocar?

El subordinado hizo un signo afirmativo.

—Pues ve a buscarla, y telefonéame pronto... Vuela.

Snitkin desapareció con una listeza que parecía incompatible con su paso.

Markham tamborileó nerviosamente en la mesa y fijó una mirada sombría e inquisidora en Vance, que en aquel momento estaba junto a una ventana de la puerta oriental tomando pensativamente el sol de octubre.

—¿De dónde sacas que Brisbane está metido en este asunto?—preguntó.

—No lo sé... no estoy seguro—contestó Vance sin volverse.—Pero aquí ocurrieron anoche demasiadas cosas extrañas. Los planes se modificaron. Los hechos se atropellaron. Nada sucedió según lo previsto. Mientras no conozcamos las premisas estaremos a oscuras respecto a las consecuencias.

—Pero Brisbane Coe...

—Siempre hubo diferencias entre los dos hermanos, no sé por qué. No era precisamente el antagonismo de dos caracteres parecidos; era algo más hondo... Pero tal vez pudiera explicárnoslo *miss* Lake mientras esperamos la llamada de Snitkin... Oiga, Gamble: diga a la señorita si tiene la bondad de bajar.

Salió el mayordomo y, al cabo de cinco minutos entraba Hilda Lake, vestida con traje de deporte.

—Siento haberles hecho esperar—dijo sentándose y cruzando las piernas—pero estaba preparando mis trebejos de golf cuando vino a buscarme ese esperpento. Estoy indignada con ustedes. ¿Por qué se me priva de las pastas y el té?

—Hemos tenido a Gamble muy ocupado—se excusó Vance.

—Está al corriente de todos los escándalos de familia. Suerte que nunca le pasó por la cabeza hacer de chantajista. Nos hubiera arruinado... ¿Le han arrancado muchas cosas picantes?

—¡No, por cierto!—suspiró Vance afectando el mayor desencanto.—El caso es que Gamble ha sostenido muy alto el honor de los Coe.

Hilda Lake miró a Gamble con cómica sorpresa.

—Me deja patitiesa, Gamble. Hablaré hoy a tío Brisbane para que le aumente el salario.

—A propósito—dijo Vance:—estoy seguro de que está usted hambrienta... Gamble, suba el té y las pastas a la habitación de la señorita.—El criado, que estaba junto a la puerta, se inclinó y salió. Vance se volvió complacido a *miss* Lake.—Cuando su desayuno esté listo, volverá usted a su habitación. Entretanto nos gustaría que contestase a ciertas preguntas que tenemos que hacerle.

Ella le lanzó una mirada de frialdad y esperó con imperturbable calma.

—¿A qué obedecía la animosidad entre Archer y Brisbane Coe?

—¡Toma!—exclamó ella con cínica sonrisa.—Cuestión de dinero y nada más. El viejo Coronel Coe le dejó todo a tío Archer. A la muerte de éste entraría en posesión de la fortuna. Esta situación provocaba de vez en cuando serias disputas que me divertían extraordinariamente, porque en el mismo caso me hallaba yo. La cuestión es que muchas veces estuve tentada de ponerme de acuerdo con tío Brisbane para matar a tío Archer. Los dos unidos hubiéramos podido salir con la nuestra, ¿no les parece?

—Estoy seguro que usted sola se bastaba—dijo Vance sin darle importancia.—¿Qué la detuvo?

—Mi execrable ejecución en el golf. Necesitaba todo mi tiempo y todas mis energías para perfeccionar mi juego.

—¡Qué pena!—suspiró Vance.—Y ahora alguien le ha brindado la muerte de su tío Archer.

—Estoy segura que es un premio a mi virtud—dijo ella en tono seco y no exento de amarga pasión.—O tal vez—añadió—tío Brisbane haya obrado por su cuenta y riesgo.

—Habría que estudiar eso—sonrió Vance.—Según ha dicho Gamble, *mister* Brisbane salió para Chicago a las cinco y media de ayer tarde.

Los ojos de la mujer brillaron de un modo extraño. Apenas quedaba duda de que no esperaba la noticia de Vance; pero replicó al momento:

—Eso no quiere decir nada. Tío Brisbane está muy bien impuesto en materia de Criminología para preparar una coartada, en caso que planease un crimen.

Vance la miró afablemente antes de preguntar con súbita seriedad:

—¿A qué obedece esos viajes periódicos a Chicago?

Hilda Lake se encogió de hombros.

—Dios lo sabe. Nunca me habló del asunto ni se lo pregunté. ¡Tal vez hay por medio una mujer! Si se lo dijo a alguien, sería a tío Archer, y me parece que es demasiado tarde para que éste nos informe.

—Sí, demasiado tarde—convino Vance, que se sentó en el extremo de la mesa con la rodilla entre las manos.—Pero supongamos que después que *mister* Brisbane anunció su intención de marchar a Chicago ayer tarde, se hubiera quedado en Nueva York toda la noche. ¿Qué diría usted a esto?

Hilda Lake dirigió a Vance una mirada penetrante y escrutadora antes de contestar formalmente.

—En tal caso había de eliminarse a tío Brisbane de la lista de sospechosos. Es demasiado listo, demasiado astuto, para dejar una brecha así tras él. Tiene una gran sagacidad y un gran talento, más del que se le conoce, y si él planeó un asesinato, estoy segura que arregló las cosas para evitarse una detención... ¿Pero se quedó anoche en Nueva York tío Brisbane?

—Lo ignoro—contestó Vance con candidez.—Yo sólo hago suposiciones.

—¡Qué listo es usted!—comentó ella con una mirada de acero en sus ojos y un ligero frunce en las cejas.

En aquel momento Gamble pasó por delante de la puerta con una bandeja en la mano. Vance se puso en pie.

—¡Ah! Ya tiene usted ahí su desayuno, *miss* Lake. No quiero entretenerla.

—Muchas gracias—dijo ella levantándose y saliendo apresuradamente.

Vance esperó en la puerta a que Gamble bajase y le ordenó permanecer en el vstíbulo inferior. Luego consultó su reloj y volvió a su puesto.

—Yo no continuaría el interrogatorio hasta saber algo de Snitkin. ¿Tienes inconveniente en esperar, Markham?

Éste se levantó, fué hasta la cama y volvió diciendo:

—Como tú quieras, pero no veo la importancia de esa maleta. Me parece que hay poca probabilidad de hallarla en la estación, y si no está allí, no hemos adelantado nada.

—Por el contrario—replicó Vance,—si está en la estación, podemos sacar en conclusión que Brisbane no fué a Chicago.

—Y si no fué, ¿qué conclusión sacamos?

—Realmente... ¡Hombre, Markham, no soy el oráculo de Delfos! Pero ya hemos empezado esta pesquisa, como la llamarían los periódicos... Estoy seguro de que Brisbane tuvo intención de partir para Chicago a una u otra hora de la noche, y si no fué, algo inesperado lo retuvo.

—Pero su permanencia en Nueva York no sería motivo para relacionarlo con el asesinato de Archer.

—Claro que no... Pero ardo en deseos de orientarme.—De pronto se puso en pie muy serio y añadió:—Markham, no me cabe duda de que existe alguna relación entre la súbita decisión tomada por Brisbane de salir de la ciudad y la muerte de Archer. O sabía o preveía algo. O tal vez... Pero de todos modos, se proponía ir a Chicago anoche, y acaso fué... quisiera estar seguro.

Se acercó paso a paso hasta la repisa de la chimenea y contempló detenidamente un magnífico cuenco de un verde delicado, sostenido por un trípode de teca tallada con montura de jade blanco.

—Verdeceledón Ming—dijo pasando los dedos por el lustroso barniz.—De una perfecta textura y una forma rarísima. Una pieza extraordinaria. El verdeceledón, Markham, ha sido la pesadilla de los artífices occidentales; ni los chinos lo producen ya. Es muy antiguo... algunos expertos hacen remontar su origen a la dinastía Sui de los siglos seis y y siete, y atribuyen el invento a Ho Chou. Pero los más hermosas verdeceledones son a mi gusto, los Ming, los salidos de manos de los expertos de Ching-te-chen. Me figuro que esta pieza es una de ellas.—Volvió a examinarlo con minuciosa atención.—Hay una gran semejanza entre los *Kuanyao* de la dinastía Sung y los verdeceledones imperiales de la provincia de Kiang-si; pero por regla general, en los obradores de Lung-chuan usaban pasta bermeja y esta pieza tiene una pasta blanca, característica de los verdeceledones de Ching-te-chen...

—¡Vance!—se volvió irritado, Markham.—Me estás acabando la paciencia.

—¡Caramba!—suspiró Vance, dejando el objeto de arte.—Yo que me proponía distraerte hasta que Snitkin telefonease...

Aun hablaba cuando sonó el teléfono. Heath se puso al habla y después de escuchar unos minutos, colgó el auricular y dijo:

—La maleta estaba allí. Acaba de sacarla Snitkin y viene corriendo. El encargado de la consigna dice que la dejó un caballero de mediana edad y muy nervioso, a eso de las seis, diciendo que había perdido el tren, y temblaba tanto, que apenas pudo levantar la maleta para dejarla en el mostrador.

Vance movió la cabeza lentamente.

—Me lo temía, pero no me lo esperaba así.—Sacó un cigarrillo y lo encendió con deliberada y lenta precisión, lo que era una señal de su intensa turbación.—Markham, no me gusta esto, no me gusta nada. Algo imprevisto ha ocurrido; imprevisto y siniestro. Algo que no entra en el juego. Brisbane se proponía ir a Chicago anoche *y no fué*. Algo horrible se lo impidió... Y algo impidió a Archer Coe quitarse las botas...—Se apoyó en la mesa y miró a Markham.—¿No comprendes lo que quiero decir? Esas botas de Archer... y ese bastón de Brisbane... *¡Ese bastón! ¡Y en el vestíbulo!* No está en su puesto... ¡Oh! ¡Válgame Dios!...—Dejó el cigarrillo en un cenicero y se precipitó a la puerta, gritando:—Vamos, Markham... Vamos, Sargento. Ocurre algo espantoso en esta casa... y no quiero ir solo.

Dijo esto bajando la escalera. Markham, Heath y yo seguimos. Al llegar al vestíbulo apartó los cortinajes y abrió la biblioteca. Miró a todas partes y luego pasó al comedor. Al cabo de poco tiempo de inspección, volvió al vestíbulo.

—Tal vez la sala interior—dijo, y cruzando corriendo el salón donde estaban Grassi y Wrede sentados junto a una ventana, entró en la salita de atrás. Pero en seguida retrocedió con una expresión de aturdimiento en los ojos, diciendo en tono alterado:—Nada, allí. Pero está en alguna parte... en alguna parte...

Volvió al vestíbulo.

—Si no está en el segundo piso, menos estará en el tercero—murmuró como para sí mismo. Y se quedó con la vista fija en el bastón de puño marfileño, que por primera vez veía yo en una silla, junto a la puerta de la biblioteca.—Ahí está su bastón—dijo,—pero su sombrero y su abrigo... ¡Oh! ¡Si seré tonto!...

Apartó a Gamble a un lado y se precipitó por el estrecho pasillo, a lo largo de la esca-

Biblioteca Nacional de España

lera, hasta llegar a la puerta del cuarto oscuro que se abría al fondo.

—Traiga su lámpara, sargento — gritó volviendo la cabeza, con la mano puesta en el puño del picaporte.

Abrió la puerta y sólo apareció un rectángulo de negrura que casi al instante penetró el foco amarillo de la linterna de bolsillo que sostenía Heath. Markham y yo estábamos detrás, escrutando el interior del cuarto oscuro donde vimos varios sobretodos colgados de un perchero.

—¡Más abajo, sargento!—ordenó Vance con voz imperiosa.—¡El suelo, el suelo!...

La luz descendió y entonces vimos lo que Vance, por un proceso de intrincada lógica, estaba buscando.

Allí, en una posición macabra, con los ojos vidriados levantados hacia nosotros, estaba el cadáver de Brisbane Coe.

CAPÍTULO VIII

EL JARRÓN DE *TING YAO*

(Jueves, 11 de octubre, a las 12,15 de la tarde)

Aunque el espectáculo no era del todo inesperado, dado el extraño proceder de Vance y sus más extraños comentarios, me llevé una horrible impresión al ver aquello. Un gran charco de sangre de forma irregular y de casi un pie de diámetro se extendía en el piso de madera detrás de la espalda de Coe; estaba coagulada y parecía siniestramente negruzca a la luz de la lámpara de Heath.

Aun para un hombre tan poco entendido como yo, era evidente que Coe estaba muerto. La posición de grotesca rigidez de aquel cuerpo y su mirada horriblemente fija con la blancura exangüe de sus labios y la palidez de cera de su tez, denunciaban una muerte violenta e inesperada. Nunca había visto un cadáver tan muerto como el de Coe, tan fuera de toda posibilidad de esperanza. Y mientras lo contemplaba, petrificado de horror ante el nuevo crimen, no pude menos que compararlo con el de Archer. Los dos eran altos y flacos, y aunque los dos hermanos se llevaban cinco años, había una semejanza entre las facciones de ambos; pero mientras Archer murió con una expresión de tranquilidad en su cara y en una posición natural y cómoda, Brisbane presentaba una expresión de terrible pánico, como si lo hubiera sentido momentos antes de su muerte.

Aquel descubrimiento nos dejó a todos muy impresionados. Heath permanecía como abatido; había perdido el color y parecía hipnotizado, Markham, con los labios oprimidos y los ojos entornados, como dos líneas, respiraba con trabajo, vuelto a Vance, que, al lado del sargento, miraba fijamente al cadáver, y sólo pudo exclamar, por todo comentario:

—¡Dios del cielo!

Vance habló, y su voz, tan apacible de ordinario, tenía un acento forzado y cavernoso.

—Es peor de lo que esperaba... Pensaba encontrarlo vivo... secuestrado en todo caso. No me esperaba esto.

El foco de luz se desvió al retroceder Heath y Vance cerró la puerta y se volvió.

—Es muy extraño—murmuró dirigiéndose a Markham que le precedía.—Está sin sombrero y sin abrigo, y con todo, su bastón está en el vestíbulo. Y él *muerto en el ropero*. ¿Por qué no en su habitación... o en la biblioteca... o en cualquier parte menos allí?... No hay nada natural, Markham. Todo el cuadro ha sido pintado por un loco.

Markham se le plantó delante, para decirle con voz de aturdimiento:

—No entiendo nada en absoluto. ¿Por qué volvió aquí Brisbane ayer noche? ¿Y quién sabía que iba a volver?

—¡Si pudiera contestar a esas preguntas!

Burke y Gamble estaban sentados en un banco del vestíbulo junto a la puerta del salón. La cara del mayordomo estaba blanca y desencajada. No había visto el cadáver del cuarto oscuro porque nosotros se lo habíamos ocultado poniéndonos delante; pero era evidente que sospechaba la verdad. Vance se le acercó:

—¿Qué sombrero y qué abrigo llevaba ayer *mister* Brisbane cuando fué a la estación?

El mayordomo hizo un esfuerzo desesperado para dominarse.

—Un... un sobretodo de lana—contestó roncamente—blanco y negro. Y un sombrero flexible gris.

Vance se dirigió al cuarto oscuro y volvió con un sombrero y un abrigo.

—¿Son estos?

Gamble tragó saliva y movió la cabeza.

—Sí, señor—dijo mirando como un idiota las dos prendas.

Vance volvió a su puesto la ropa y luego comentó con Markham:

—Y allí están colgados tan guapamente.

—¿No es posible—preguntó Markham—que lo matasen mientras los colgaba después que volvió?

—Es posible, sí; pero eso no nos explicaría todo lo que sucedió aquí anoche. Creo que es más razonable suponer que Brisbane fué asesinado cuando se preparaba a salir de casa. Pero aun tropezamos con el factor tiempo...

Heath ya estaba junto al teléfono del vestíbulo.

—Pronto le daré el factor tiempo—gruñó.

Un momento después estaba hablando con el doctor Doremus, en su despacho del Ayuntamiento.

—Entretanto, Markham — sugirió Vance, — creo que podríamos hablar con el cocinero chino... ¿Quiere ir a buscarlo, Gamble?

El mayordomo desapareció por el comedor y Vance se encaminó a la biblioteca, a donde le seguimos.

Era la biblioteca una sala espaciosa del lado norte del frente de la casa, a la parte opuesta del salón. Aunque contenía quizá mil volúmenes en una serie de estanterías que ocupaban casi todo el testero sur, apenas tenía apariencia de biblioteca y más parecía una tienda de antigüedades. Abundaban las vitrinas en que se guardaban joyas raras, objetos de arte de estilo y hechura oriental, y en repisas de rica madera tallada descansaban preciosos ejemplares de cerámica, de bronces artísticos, de figuras de marfil y de laca primorosa. Muchos muebles eran de madera de teca y de alcanforero, y donde quedaba un espacio libre colgaban ricas estofas de brocado. En el centro de la pared de poniente había una chimenea barroca Luis XV, que desentonaba horrorosamente, y aquí y allá se veían algunos muebles de construcción moderna, entre otros un diván chillón y un archivador de metal que daban al conjunto una nota violenta de anacronismo.

Apenas habíamos tomado asiento, cuando apareció por la puerta que daba acceso al comedor un chino alto, delgado, como de unos cuarenta años, que representaba el tipo del intelectual oriental. Vestía impecablemente de blanco y llevaba un par de chinelas negras. Se detuvo ante la puerta en una inmovilidad de abandono y, después de pasar una mirada rápida por cada uno de nosotros, levantó la vista por encima de nuestra cabeza. Aunque no miraba a ningún punto fijo, noté que lo veía todo.

Vance le dirigió una mirada de curiosidad, y al cabo de un rato, le preguntó:

—¿Cómo se llama?

—Liang—contestó con voz apenas perceptible.

—Todo el nombre, haga el favor.

Hubo una pausa durante la cual lanzó el criado a Vance una mirada de relámpago.

—Liang Taung Wei.

—¡Ah!... Dicen que es usted el cocinero de Coe.

El otro se inclinó rápido.

—Mí, cocinero.

Vance suspiró y asomó una sonrisa a sus labios.

—Tenga la bondad de abandonar ese inglés postizo, *mister* Liang. Estorbaría enormemente nuestra conversación. — Encendió cachazudamente un cigarrillo.—Y haga el favor de tomar asiento.

El chino, con un vago fulgor en los ojos, movió la vista hasta descansarla en el rostro de Vance. Luego hizo una reverencia y se sentó en un sillón, entre la puerta y las estanterías.

—Gracias—dijo con voz de fina modulación. —Supongo que desea usted preguntarme sobre la tragedia de anoche. Siento mucho no poder arrojar la menor luz acerca del particular.

—¿Cómo sabe que se ha desarrollado una tragedia?—preguntó Vance mirando la ceniza de su cigarrillo.

—Estaba preparando el desayuno y oí el informe que dió el mayordomo por teléfono

—¡Ah! Sí, claro... ¿Lleva usted mucho tiempo en este país, *mister* Liang?

—Sólo dos años.

—¿Le interesa el arte culinario de América?

—No mucho... aunque estoy aprendiendo las costumbres occidentales. La civilización del Oeste es de gran interés para muchos de mis paisanos.

—Como también, según me imagino—añadió Vance,—los raros objetos de arte chino hurtados en templos y cementerios.

—Claro que sentimos perderlos—contestó el criado suavemente.

Vance hizo un gesto de comprensión y guardó silencio un momento.

—¿Dónde se educó usted, *mister* Liang?—preguntó luego.

—En la Universidad Imperial de Tientsin y en Oxford.

—¿Es usted acaso miembro de Kuomintang?

El chino inclinó la cabeza afirmativamente.

—Pero no ahora—explicó.—Cuando comprobé que las ideas rusas arraigaban en mis paisanos y los ideales del Tang y del Sung cedían más terreno cada día, me afilié al Ta Tao Huei (1). Siendo un *laoista* por temperamento entre mis correligionarios que eran en su mayor parte *confucionistas*, vi que mi idealismo me separaba de ellos en siglos y siglos de prejuicios, y me aparté de toda intervención política. Pero aun tengo fe en los ideales de la vieja cultura de China y aguardo con paciencia el día en que la doctrina filosófica del Tao The King restablecerá el equilibrio moral e intelectual de mi país.

Vance no hizo comentario alguno y se limitó a preguntar:

—¿Cómo es que buscó colocación en casa de *mister* Coe?

—Sabía que poseía una colección de antigüedades chinas y muchos conocimientos de arte oriental y creí hallar un ambiente propicio.

—¿Y lo halló propicio?

—No del todo. *Mister* Coe era muy estrecho de miras y muy egoísta. Su interés por el arte era meramente personal. Deseaba tener sus tesoros ocultos para el mundo... no compartir con la humanidad el interés intrínseco que inspiran.

---

(1) «Sociedad del Gran Sable», organización opuesta a la expansión territorial y a la agresión y pillaje del extranjero.

Biblioteca Nacional de España

—Un coleccionista típico—observó Vance. Se incorporó ligeramente en su asiento y bostezó.—Y a propósito, *mister* Liang, ¿cuándo salió de casa ayer?

—A las dos y media—contestó el chino en voz baja y con expresión inescrutable.

—¿Y a qué hora volvió?

—Poco antes de medianoche.

—¿No estuvo usted aquí entretanto?

—No. Visité a unos amigos en Long Island.

—¿Amigos chinos?

—Sí. Tendrán mucho placer en probar lo que digo.

—No lo dudo—dijo Vance sonriendo.—¿Entró usted por la calle o por la puerta de atrás?

—Por la de atrás... por la entrada de los proveedores y del patio.

—¿Dónde duerme usted?

—Mi habitación, llamémosla así, está contigua a la cocina.

—¿Se acostó inmediatamente después de llegar?

Hubo una vacilación momentánea por parte del criado.

—No inmediatamente. Limpié los platos de la cena de *mister* Coe y me preparé un poco de té.

—¿Vió usted por casualidad a *mister* Brisbane Coe después de su regreso?

—¿A *mister* Brisbane Coe?—repitió el chino preguntando.—El mayordomo me dijo esta mañana que no le preparase el desayuno, porque había ido a Chicago... ¿Estaba aquí anoche?

Vance preguntó como si no oyera:

—¿Oyó usted ruidos en la casa antes de retirarse a dormir?

—No, hasta que volvió *miss* Lake, que siempre entra haciendo ruido. Y un cuarto de hora después entró *mister* Grassi. Fuera de esto, no oí ningún ruido.

Durante este interrogatorio, Vance parecía indiferente y muy atento en sus modales; pero en seguida se produjo un cambio notable en su actitud: su vista adquirió una cierta dureza, adelantó el tronco y preguntó con voz seca y casi insolente:

—*Mister* Liang, ¿a qué hora llegó ayer a casa la primera vez, temprano?

Pasó una sombra ligera por la desviada vista del chino, cuyos largos y finos dedos se movieron con suavidad de seda por los brazos del sillón.

—No volví temprano anoche—contestó con voz cantarina.—Llegué a eso de las doce.

Vance mantuvo su firme mirada.

—Sí, llegó a medianoche; Gamble le oyó entrar. Pero yo pregunto por la primera vez que entró, a eso de las ocho, pongamos.

—Debe de estar usted confundido—replicó Liang, sin cambiar de tono ni de expresión.

Vance hizo caso omiso de la repulsa.

—¿Y qué vió usted en esta sala a eso de las ocho?

—¿Cómo pude ver nada si no estaba aquí?

—¿Vió a *mister* Archer Coe? — insistió Vance.

—Le aseguro...

—¿Y estaba alguien con él?

—Yo no estaba aquí.

—Acaso estuvo usted en el dormitorio de *mister* Coe—prosiguió Vance, aferrado a su insistencia.—Y, entonces, tal vez juzgó conveniente alejarse de la casa durante algunas horas, y salió para volver a las doce.

De nuevo se movieron las manos de Liang, como si acariciasen los brazos de la silla, mientras sus ojos se fijaban en Vance con un asomo de admiración.

—No estuve en esta casa—contestó pausadamente—entre las dos y media de la tarde y las doce de la noche.—Y en su tono y en su actitud había un punto final.

Vance lanzó un hondo suspiro y, volviéndose a la puerta del vestíbulo, llamó a Gamble.

—¿Dónde estaba sentado *mister* Archer Coe ayer noche, cuando usted salió—preguntó al aparecer el mayordomo en la puerta.

—En el diván, señor—dijo Gamble.—En ese extremo, al pie de la lámpara. Era su asiento predilecto.

Vance hizo un signo de aprobación y se levantó.

—Nada más por ahora. Atienda a sus obligaciones hasta que le avisemos.

Gamble desapareció y Vance fué a examinar el diván. El asiento se componía de tres cojines rellenos y el más cercano a la lámpara estaba notablemente oprimido. Junto a la lámpara y frente al diván había un macizo taburete de teca, y en el suelo, cerca del fogón había una obra de Tchou To-y's: «Les Bronzes antiques de la Chine». Vance contempló un momento el taburete y el libro y dijo sin volverse:

—*Mister* Liang, ¿encontró usted este taburete caído cuando volvió temprano por primera vez a casa?

Por vez primera el chino pareció perder su imperturbable ecuanimidad y sus ojos se cerraron en un movimiento involuntario. Antes que contestase, añadió Vance:

—Quizá usted lo levantó, pero se olvidó del libro que cayó de él.

—Yo no estaba aquí—repitió Liang.

—Nada costaría — dijo Vance — buscar las huellas del taburete y compararlas con las suyas.

—No se moleste—replicó el otro tranquilamente.—Sin duda encontraría mis huellas digitales, porque con frecuencia toco los muebles de esta sala.

Vance sonrió ligeramente y creo que con admiración.

—Entonces no nos molestaremos.

Dió la vuelta por la lámpara y se detuvo detrás del diván ante una mesilla circular de madera de alcanforero que sostenía varias tallas de marfil y dos docenas al menos de redomillas de jade, ámbar, cuarzo, cristal y porcelana, y en el centro, sobre un gracioso sostén de teca, se erguía un jarrón blanco del tipo de balaustra, de unas nueve pulgadas de alto.

Ya había notado que Vance se fijó en aquel jarrón apenas entramos en la biblioteca, pero en aquel momento lo examinaba como si algo

le intrigase. Todos teníamos puesta en él nuestra atención, y no era Liang el que menos interés demostraba, según tenía la vista fija en la cara de Vance y la expresión de sorpresa que se pintaba en la suya.

—¡Extraordinario! — murmuró Vance al cabo de un rato de estar contemplando el jarrón. Luego levantó los ojos perezosamente.—Diga, *mister* Liang, ¿estaba este cacharro en la mesa ayer, a primeras horas de la noche?

—¿Cómo puedo saberlo? — preguntó a su vez Liang en tono vago y maquinal.

Vance cogió el jarrón y lo examinó detenidamente.

—No es precisamente una pieza de museo, ¿verdad, *mister* Liang? Calidad inferior. Me sorprende que *mister* Coe le haya concedido los honores de su colección. En las tiendas de la Quinta Avenida se encuentran en series a precios razonables... Diría que es una imitación *Ting Yao,* hecha bajo Tao Kuang.—Percutió la porcelana con el cordial.—Mejor material acaso que el usado por los ceramistas de Sung, pero más tosco. Inferior fabricación, y al barniz le falta el rico lustre de *Ting Yao,* especialmente *Pai ting.* Esta pieza nunca hubiera engañado a un coleccionista tan perspicaz como Archer Coe... ¿No le parece, *mister* Liang?

—*Mister* Coe entendía mucho de cerámica —contestó el chino, evasivamente, sin apartar los ojos de Vance.

—Tao Kuang, Markham—explicó Vance,—era el más formidable imitador de toda la vajilla de las pasadas dinastías en la historia de China, y firmaba sus imitaciones a fuer de hombre veraz, aunque los genuinos *Pai ting yao* y *Nan ting yao* nunca llevaron firma.—Volvió el jarrón boca abajo.—¡Ah! La firma de Wan Li.—Movió la cabeza con pena.—No, Archer nunca se hubiera dejado engañar por este ejemplar... Es mucha confusión.

Iba a dejar el objeto en su puesto, pero de pronto se contuvo y lo apartó a un lado. Inclinóse, apartó el pedestal de teca y cogió un pedacito triangular de delgada porcelana blanca, cosa de una pulgada de ancha, que estaba oculta debajo. Se puso el monóculo y cogiendo el fragmento entre el pulgar y el índice lo examinó a la luz.

—Esto ya es muy distinto. Evidentemente, un trozo auténtico *Sung Ting yao.* No llega a *Nan ting:* no tiene el color de la flor de arroz, pero su blancura es sorprendente. Una pasta suave, como vitela... muy delgado y frágil... y opaco a pesar de su finura... y aun puede ser *Yuan Shu fu yao,* o bien *Yuang lo*... Pero, realmente, no importa, no lo sé. Un jarrón de esta porcelana honraría cualquier colección.

Se guardó el fragmento en el bolsillo con mucho cuidado y se dirigió al chino, que había permanecido inmóvil y sin pestañear mientras duraron los comentarios de Vance.

—¿No tenía *mister* Coe un Sung *Ting yao, mister* Liang, del tamaño de esta execrable Tao Kuang?

—Creo que sí—contestó Liang con voz reprimida y seca.—Aunque, según usted ha indicado, podía ser un *Shu fu yao* de la dinastía Yuan. Existe entre ellos, como usted sabe, una diferencia muy poco apreciable.

—¿Y cuándo vió usted por última vez el jarrón *Ting yao?*

—No me acuerdo.

Vance fijó en él su mirada.

—¿Cuándo vió usted, *mister* Lian, por última vez esta imitación del siglo diecinueve?—preguntó, indicando el jarrón.

Liang no contestó en seguida. Contempló el jarrón pensativamente durante medio minuto y, volviendo los ojos a Vance, dijo por fin:

—Nunca lo había visto hasta ahora.

—¡Qué te parece!—exclamó Vance, metiendo el monóculo en el bolsillo.—Y aquí lo tenemos en un puesto de honor gritando su origen espurio a todos los que entren a la sala... ¡Interesantísimo!

Markham, que estaba como sobre ascuas durante la disquisición, al parecer sin importancia, de Vance, se decidió por fin a hablar:

—Estas discusiones de arte serán muy interesantes para ti, Vance; pero a mí no me interesan. ¿Qué tendrá que ver un jarrón con la muerte de Archer y Brisbane Coe?

—Eso es lo que trato de descubrir. Mira, Markham, Archer Coe no puede haber incluído este jarrón *Tao Kuang* en su colección. ¿Por qué está aquí? Yo no tengo la menor idea. Por otra parte, este fragmento de porcelana *Suang* es de una calidad preciosa. Yo me imagino a Coe extasiado ante un jarrón así.

—¿Y qué más?—replicó Markham, agotada la paciencia.—Aun no veo la significación...

—Yo tampoco—dijo Vance, poniéndose serio.—Pero tiene una significación y trascendental. Es otro de los factores misteriosos de este caso inextrincable.

—¿Por qué dices eso?

—Porque este pedacito de porcelana *Ting yao* estaba en la mesa, precisamente detrás de donde Archer Coe se sentaba ayer noche, y staba debajo de un jarrón que Archer no hubiera tolerado a su lado en la misma sala...

Se detuvo y se puso sombrío.

—Además, Markham, este fragmento de porcelana tiene manchas de sangre.

Biblioteca Nacional de España

CAPÍTULO IX

AMENAZAS DE DETENCIÓN

(Jueves, 11 de octubre; a las 12,45 de la tarde)

Liang fué despedido con orden de permanecer en la casa hasta nuevo aviso. Mientras esperábamos al médico forense, se entabló una discusión sobre la sangre que manchaba el fragmento de porcelana y la posible relación de Liang con los sucesos que precedieron al doble asesinato; pero Vance estaba tan a oscuras como nosotros y nada podía hacerse hasta que llegase el doctor Doremus.

Heath le había tomado a Liang una violenta ojeriza y propuso a Vance, en caso de que viera una probabilidad de haber estado el chino en casa a primeras horas de la noche, llevárselo a la Jefatura para que los guardias *le hicieran cantar*.

Vance rechazó la proposición.

—Sería perder el tiempo, sargento. No sacaría nada con la aplicación de métodos crueles. Los chinos no son como los occidentales: cuando se empeñan en guardar silencio, no hay tortura que les haga hablar. Se han impregnado durante siglos de un estoicismo budista, y Liang resistiría con indiferencia sus más violentos métodos del «tercer grado». Vamos a examinar este problema desde un punto de vista diferente.

—A pesar de todo, usted cree que el chino estuvo aquí temprano y que sabe algo de lo que pasó.

—Indudablemente.

—Tal vez fué él quien puso la bata al individuo de arriba.

—Es una de las posibilidades que tengo presentes.

En aquel punto, Burke se asomó a la puerta e hizo una seña a Heath.

—Oiga, sargento—le dijo, moviendo la extremidad de los labios,—ese chino ha ido arriba. ¿Le va bien?

Heath se enfurruñó y lanzó a Vance una mirada adusta.

—¿Qué significa eso?—masculló.

Vance se dirigió a Gamble, que en aquel momento entraba por la puerta del comedor.

—¿Qué hace arriba Liang?

El mayordomo se quedó algo turbado antes de contestar en tono de excusa:

—Le dije que fuese a buscar la bandeja de *miss* Lake y arreglara su habitación... ¿Hice mal, señor? Me dijo usted que siguiera en mis ocupaciones...

—Cuando vuelva reténgalo aquí abajo, y usted mismo es mejor que no se mueve de este piso.

Gamble se inclinó y desapareció por la puerta del comedor. Un momento después llegó el doctor Doremus de un humor de perros y, después de saludar con una brusca inclinación, se plantó ante Heath, indignado:

—Primero me estropea usted el desayuno y ahora me interrumpe en la comida. ¿Nunca come usted?

Heath hizo una mueca. Conocía demasiado al médico forense para tomarse en serio sus baladronadas.

—Estoy a dieta—contestó.—¿Quiere ver el cadáver?

—¿Para qué se figura que he venido?

—Pues siga.—Y Heath salió de la sala y se encaminó al fondo del pasillo.

Estábamos detrás de él cuando abrió la puerta del cuarto oscuro. Doremus adoptó un aire profesional, se arrodilló y tocó el cuerpo de Brisbane.

—Muerto—sentenció.—Pero eso lo podía ver hasta un miembro de la Brigada Criminal.

Heath fingió quedarse atónito.

—¿Está muerto de veras? ¡Y yo que creí que se trataba de una farsa!

Doremus lanzó un gruñido.

—Cójalo de los hombros.

Y entre él y el sargento trasladaron el cadáver a la biblioteca y lo colocaron sobre el diván. Por segunda vez aquel día vi a Doremus aplicado a su tarea y admiré su competencia profesional.

—¿Puede decirnos, doctor, cuál de las dos víctimas murió primero?

Doremus, que estaba comprobando la flexibilidad de los miembros extremos del muerto, consultó su reloj.

—Es fácil—dijo.—El de arriba. El estado de *rigor mortis* es prácticamente el mismo en los dos cadáveres. El de éste lleva un poco más de tiempo; pero ya hace cuatro horas que he visto al otro; por tanto, puedo decir que éste murió dos o tres horas después.

—¿Podemos poner las nueve de la noche?

—Tal vez—dijo Doremus, inclinándose de nuevo sobre el cadáver.—Pero yo diría que más tarde. Pongamos las ocho para el de arriba y alrededor de las diez para éste... No es seguro, desde luego; pero esos son mis cálculos.

Siguió examinando el cadáver y de pronto se envaró, volviéndose a Markham:

—¿Sabe usted de qué ha muerto este individuo?

—Aun no. ¿De qué?

—De una puñalada en la espalda... Lo mismo que el de arriba. Y casi en la misma parte.

—¿Y el arma?

—La puñalada fué a través de la ropa que llevaba

Biblioteca Nacional de España

—La misma. Un instrumento incisivo, delgado y de cuatro ángulos, sino que en este caso la hemorragia fué externa. Ha perdido mucha sangre.

—Muerte instantánea, supongo — observó Vance.

—Sí. Debe haber quedado en el sitio.

Vance cogió la chaqueta y el chaleco del muerto y los examinó.

—La puñalada fué a través de la ropa que llevaba—comentó.—No tiene importancia, pero bueno es notarlo... Oiga, doctor: ¿no hay ningún indicio de lucha?

—Ninguno—dijo Doremus, poniéndose el sombrero caído.—Recibió el golpe cuando no lo esperaba. Probablemente se asustó durante un segundo. Fíjese en la expresión. En seguida se encogió y murió. Dudo que viera a su asesino. Un golpe magistral.

—Un golpe diabólico—corrigió Markham.

—¡Ah! Bien, yo no soy moralista, soy un médico. De todos modos hay demasiada gente en este mundo.—Y se puso a llenar un papel.—Aquí tiene la orden de levantamiento, sargento. Supongo que necesitarán un dictamen *post mortem* para hoy mismo... Bueno, llévenlo al depósito y tal vez tengan el informe hoy mismo, o tal vez no.

Se dirigió a la puerta, pero se volvió para fijar en Heath una mirada aviesa.

—Oiga usted. ¿No tienen más cadáveres en la casa? Si los tienen ráiganmelos ahora. No puedo estar todo el día arrastrado yendo y viniendo.

—¿Arrastrado—replicó el sargento en tono de sarcasmo festivo,—con ese estupendo *limousine* que la ciudad le regala...?

—Hasta la vista — dijo Doremus. — Tengo hambre.

Y salió cerrando de golpe la puerta de la calle.

Heath fué al teléfono y encargó el furgón al Departamento de Higiene Pública. Luego volvió a la biblioteca.

—¿Dónde estamos ahora?—preguntó, tendiendo los brazos con desaliento.

—En medio del desierto de Gobi, diría yo, sargento—contestó Vance con una sonrisa de conmiseración.

—¿Y dónde puede estar eso?

—El desierto de Gobi, o mejor dicho, Gobi, es un territorio inexplorado de Mogolia, que se extiende desde el Pamir hasta las montañas de Khingan y desde el Yablonovyi hasta los montes Astintagh y Nashan que son las estribaciones norteñas de las montañas Kuenlun. Los chinos llaman al desierto de Gobi Hanhal y Sha-mo. Los mogoles lo llaman Samak...

—Basta, señor—interrumpió Heath.—Ya sé lo que quiere decir. También yo opino que el cocinero chino es el autor de todo esto. Si *mister* Markham me permitiera, ahora mismo lo detenía.

—¿Para qué tanta prisa, sargento? — suspiró Vance.—No tiene usted ni una chispa de prueba contra él, y él lo sabe. Por eso no confesará que estuvo aquí a primeras horas de la noche.

Heath iba a decir algo, pero Markham le impuso silencio con un ademán.

—Oye, Vance, ¿cómo sabes que Liang estuvo aquí antes de medianoche?

—Porque Gamble lo oyó entrar a las doce. Gamble dice que se «deslizó», pero te aseguro, Markham, que si Liang hubiera deseado entrar por detrás sin ser oído, lo hubiera hecho sin dificultad. Además, me figuro que siempre entra y sale en silencio, cosa característica en los chinos. Por regla general los chinos siempre evitan que los extranjeros se enteren de sus movimientos, por inocentes que éstos san. Pero anoche Liang se dejó oír del mayordomo, aunque éste se hallaba en el cuarto piso. ¿No es significativo? Probablemente, Liang vería luz en el cuarto de Gamble, y quiso llamar la atención de su regreso, después de una ausencia de toda la tarde y toda la noche. Hasta me imagino que Liang dejaría abiertas las puertas y las ventanas de la cocina mientras limpiaba los platos de la cena de *mister* Archer Coe y se preparaba un té... ¿Té a media noche para un chino culto? ¡Vamos, Markham! Eso no se hace en los círculos orientales. Lo que quería es enterar a Gamble de su regreso a medianoche.

—Comprendo lo que quieres decir—observó Markham, aun en duda.—Pero, después de todo, tu raciocinio no sale del campo de la conjetura.

—Desde luego—admitió Vance,—pero es que todo el caso no es por ahora más que un campo de conjeturas... No obstante tengo una prueba bastante definida de que Liang estuvo aquí a primeras horas de la noche, y se la presentaré más tarde... Y visto el presente estado de las cosas, ¿qué te parece si procediéramos a una cortés conversación con Wrede y el señor Grassi?

Markham movió la cabeza asintiendo

—Y estaríamos mejor arriba—dijo Vance.—La presencia de Brisbane no es muy agradable.

Heath ordenó a Burke que se apostase en la puerta de la biblioteca y no dejase entrar a nadie. A Gamble se le ordenó quedarse en el vestíbulo para abrir la puerta de la calle.

—¿A cuál de esos pájaros quieren hablar primero—preguntó luego Heath.

—Al italiano—dijo Vance.—Está muerto de espanto y en un admirable estado de ánimo para un interrogatorio. Más tarde llamaremos a Wrede, que está lleno de posibilidades.

Heath se dirigió al salón mientras Vance, Markham y yo subíamos al dormitorio de Archer Coe. Liang, que en aquel momento bajaba con la bandeja de *miss Lake*, se apartó deferente a un lado para dejarnos pasar al dormitorio. Un momento después se nos reunieron Grassi y el sargento.

—*Mister* Grassi—empezó Vance sin preámbulos,—deseamos saber exactamente su situación social y profesional en esta casa. Se han puesto las cosas tan serias que necesitamos todos los informes, por insignificantes que parezcan, que podamos obtener... Tenemos entendido que lleva usted una semana como huésped de *mister* Coe.

El italiano se había tranquilizado. Se acercó a la butaca donde se halló el cadáver de Archer Coe y se acomodó en ella.

—Sí... está bien—contestó, mirando a Vance con cierto desdén.—Ayer hizo una semana que vine invitado por *mister* Coe, con propósito de pasar quince días.

—¿Tenía usted algún asunto con *mister* Coe?

—Sí. Puede decirse que los negocios fueron la base de la invitación... Ostento la representación oficial de un museo de antigüedades de Milán, y esperaba comprar a *mister* Coe algunos jemplares de cerámica china de su notable colección.

—¿Su jarrón *Ting yao*, por ejemplo?

Los oscuros ojos de Grassi brillaron de sorpresa; pero en seguida se apagaron en una mirada cautelosa, y sonrió con fría cortesía.

—He de confesar que me interesaba ese jarrón—dijo.—Esos ejemplares son muy raros. Acaso usted sepa que el auténtico *Ting yao* de la dinastía Sung... no el *Tu ting yao* con sus inevitables vetas... es prácticamente inasequible hoy día.

—Sí, ya lo sé... ¿Y está usted seguro que el jarrón de *mister* Coe no es un *Shu fu yao?*

—Segurísimo... aunque no importa realmente que el jarrón sea imperial o no lo sea. Es un magnífico ejemplar en forma de ánfora. ¿Lo ha examinado usted?

—No—contestó Vance.—Nunca lo he visto, pero creo que he tenido un fragmento de él en la mano.

Grassi tuvo un sobresalto.

—¿Un fragmento?

—Sí, un trocito triangular. Mucho temo, *mister* Grassi, que el jarrón *Ting yao* se haya roto.

El taliano se puso rígido y en sus ojos brilló una luz de colérica sospecha.

—¡Es imposible! Ayer tarde mismo lo estuve examinando. Estaba en el centro de la mesa redonda de la biblioteca.

—Allí sólo hay ahora un jarrón Tao Kuang —le informó Vance.

—¿Y dónde, si me es permitido preguntar, encontró usted ese fragmento de *Ting yao?*—inquirió el italiano con seco acento de escepticismo.

—En la misma mesa. Debajo del Tao Kuang.

—¿De veras?

Vance simuló no enterarse del acento de ironía que había en la pregunta y, como si no valiera la pena seguir hablando de aquello, se acercó al italiano para decirle:

—Sabemos por Gamble que salió usted de casa ayer a eso de las cuatro.

—Es cierto. Tenía un compromiso para ir a cenar con alguien, al objeto de hablar de un negocio y para la noche.

—¿Con quién?

El italiano sonreía, cortés, pero se le veía alerta.

—¿Es necesario que conteste?

—Desde luego—dijo Vance, correspondiendo a la sonrisa con una mirada perentoria.

Grassi se encogió de hombros con ostensible resignación.

—Bueno, pues... Con uno de los conservadores del Museo Metropolitano de Arte.

—¿Y a qué hora de la noche — prosiguió Vance en el mismo tono — se vió con *miss* Lake?

El italiano se levantó indignado con los ojos encendidos.

—No admito esas preguntas, señor—replicó con voz digna, pero insegura. — Aunque me hubiera visto con *miss* Lake no lo diría.

—Ni lo hubiera esperado de usted, *mister* Grassi. Su conducta no puede ser más correcta... Le suponía enterado de que *miss* Lake es la novia de *mister* Wrede.

Grassi se calmó al momento y volvió a sentarse.

—Sí, ya sé que hay algo entre ellos. *Mister* Archer me informó sobre el particular. Pero también me dijo...

—Sí, sí; también le dijo que se oponía a esas relaciones. Apreciaba a *mister* Wrede intelectualmente, pero no lo consideraba un buen partido para su pupila... ¿Qué opina usted de la situación, *mister* Grassi?

El italiano parecía sorprendido de la pregunta.

—Habrá usted de perdonarme—dijo tras una pausa—si apelo a mi incompetencia en este asunto. Puedo, no obstante, decirle que *mister* Brisbane Coe no estaba de acuerdo con su hermano. Era partidario de que se casaran y los defendía acaloradamente contra su hermano.

—Y ahora los dos han muerto — advirtió Vance.

Grassi cerró los ojos y volvió lentamente la cabeza para repetir en voz baja:

—¿Los dos?

Aquella actitud calculada me intrigó enormemente.

—*Mister* Brisbane murió de una puñalada en la espalda, poco después que *mister* Archer—le informó Vance.

—¡Qué desgracia!—murmuró el italiano.

—¿Tiene usted alguna idea de quién podía desear deshacerse de esos dos señores?

Grassi se manifestó de pronto serio y evasivo.

—No tengo la menor idea; *mister* Archer Coe era de esos hombres que se acarrean la enemistad; pero *mister* Brisbane era lo contrario; simpático, alegre, afable.

—Pero tenía arranques de pasión y resentimiento—apuntó Vance.

—Bueno—convino el otro.—Y otras muchas rarezas. Pero era lo bastante listo para no chocar con la gente.

—Magnífico retrato — aprobó Vance. — ¿Y qué opinión le merece *mister* Wrede?... Le aseguro que lo que usted diga quedará entre nosotros.

Grassi no se sentía tranquilo. Antes de contestar estuvo mirando a la pared de enfrente y cuando habló parecía medir las palabras.

—No tengo una impresión especial de *mister* Wrede. Superficialmente es encantador. Posee modales agradables y es un excelente

Biblioteca Nacional de España

interlocutor. Sabe muchas cosas, pero me inclino a creer que de un modo superficial. Pero es esencialmente listo... en grado superlativo.

—La listeza es nuestra maldición nacional —advirtió Vance.

—He podido apreciarlo desde que llegué a este país. Los ingleses, en cambio, ni son listos ni profundos.

—Lo que les da una gran ventaja... Pero perdone si le interrumpo. Estaba usted hablando de *mister* Wrede.

Grassi ordenó sus pensamientos.

—*Mister* Wrede, como he dicho, me impresionó por su extraordinaria listeza. Pero he descubierto en él otra cualidad. Diría que es capaz de cosas inesperadas. Me parece que no se detendría ante nada para lograr sus fines. Bajo su amabilidad superficial esconde una cierta dureza, una crueldad como de azteca...

—¡Gracias!—atajó Vance con mal disimulada aspereza. Y aadió, mirando a Grassi con desprecio:—Me hago cargo de sus sentimientos. Y ahora nos gustaría saber qué hizo usted ayer entre las cuatro de la tarde y la una de la madrugada.

El italiano se esforzó en resistir la mirada severa de Vance y no dejarse afectar por el tono amenazador, y contestó:

—Ya he dicho cuanto tenía que decirles.

—En tal caso—replicó Vance fríamente,—me veré obligado a ordenar su detención como sospechoso de haber dado muerte a Archer y a Brisbane Coe.

Una expresión de pánico alteró el pálido semblante de Grassi, que empezó a balbucir:

—No... no puede usted hacer eso... no fuí yo... le aseguro que no fuí yo. Le diré todo lo que quiera saber... todo...

—Eso ya está mejor. Díganos dónde estuvo ayer.

Grassi alargó el cuello, agarrándose con fuerza a los brazos de la butaca.

—Fuí a tomar el té con el doctor Montrose —empezó diciendo con voz chillona y nerviosa.—Hablamos de cerámica y me quedé a cenar. A las ocho me despedí y fuí a la estación a tomar el tren de Mount Vernon... para el Crestview Country Club.

—¿A qué hora estaba citado con *miss* Lake?

—A las nueve—dijo el otro, mirando asustado a Vance.—Había un baile... pero me equivoqué de tren... no estaba bien enterado...

—Claro, claro—dijo Vance, alentador.—¿Y a qué hora llegó usted al Club?

—Ya eran más de las once—dijo Grassi, hundiéndose en la butaca como agotado.—Tuve que hacer varios transbordos... Una calamidad...

—Realmente—se condolió Vance, frío como el hielo.—¿Perdonó la dama su tardanza?

—Sí, *miss* Lake aceptó mis explicaciones—contestó el otro con una sombra de odio.—El caso es que ella llegó algunos minutos más tarde que yo. Había ido en coche con unos amigos a cenar a la Fonda Arrowhead, y al volver al club tuvo una parada.

—¡Qué contratiempo!—murmuró Vance.—¿Iban con ella los amigos, cuando el accidente?

Grassi titubeó y se agitó inquieto.

—No creo que fuesen. *Miss* Lake me dijo que había vuelto sola en coche.

En aquel momento entró el agente Burke y dijo:

—Ese chino de abajo desea hablar con *mister* Vance. Está muy sofocado y nervioso.

—Mándenoslo, Burke—ordenó el sargento.

—Suba, Wun Lung—llamó el agente, agitando el aire de un manotazo.

Liang apareció en la parte donde esperó que Vance se le acercase y le dijo en voz baja algo que no entendimos, dejándole en la mano un envoltorio de papel.

—Gracias, *mister* Liang—dijo Vance, y el chino hizo una reverencia y desapareció.

Vance dejó el paquete en la mesa y procedió a abrirlo.

—El cocinero—dijo, dirigiéndose al italiano—acaba de encontrar este paquete en el cubo de la basura, en el portal de atrás. Tal vez le interese, *mister* Grassi.

Desplegó el papel y entre el envoltorio aparecieron varios fragmentos de preciosa y delicada porcelana, de un lustre blanco inmaculado.

—Estos son—prosiguió, dirigiéndose aun al italiano—los restos del jarrón *Ting yao* de *mister* Coe. Y si quiere usted fijarse, varios de estos pedazos de frácil porcelana de Sung están manchados de sangre.

Grassi se incorporó y fijó en los fragmentos una mirada atónita.

CAPÍTULO X

«POR EL HILO SE SACA EL OVILLO»

(Jueves, 11 de octubre; a la 1 y 15 de la tarde)

Se produjo un largo silencio. Por fin, Grassi levantó la cabeza.

—¡Qué atrocidad!—exclamó.—No acabo de comprenderlo... ¡Y la sangre! ¿Piensa usted que la sangre tiene algo que ver con la muerte de *mister* Coe?

—Indudablemente—contestó Vance, mirando al italiano, intrigado.—Pero tenga la bondad de sentarse, *mister* Grassi. Aún me gustaría hacerle una o dos preguntas.

El otro volvió a sentarse, contrariado.

—Si estuvo usted con *miss* Lake ayer no-

Y ante nuestros ojos aparecieron varios fragmentos de preciosa y delicada porcelana

Biblioteca Nacional de España

che en el Country Club, ¿cómo no volvieron a casa a la misma hora? Es de suponer que la acompañaría de regreso a la ciudad.

Grassi estaba visiblemente embarazado

—Fué *miss* Lake quien propuso que no entrásemos al mismo tiempo y me esperé en el Central Park durante un cuarto de hora.

—Me lo figuraba. La proximidad en el regreso de los dos fué lo que me hizo pensar que habían estado juntos anoche. Por otra parte, una conversación de negocios con conservadores del Museo Metropolitano no puede alargarse hasta las tantas de la noche... Pero ¿qué razón alegó *miss* Lake para esa precaución?

—Ninguna razón particular. Sólo dijo que le parecía mejor que *mister* Brisbane Coe no nos oyera entrar juntos.

—¿Mencionó precisamente a *mister* Brisbane Coe?

—Sí.

—¿Y no mencionó a *mister* Archer Coe?

—No, que yo recuerde.

—Es comprensible—observó Vance.—Su tío Brisbane era un aliado en sus relaciones con *mister* Wrede, y debía de temer que le disgustase saber que llegaba tan tarde con otro hombre... La vieja generación tiene muchos prejuicios sobre estas cosas. Las muchachas modernas ya son diferentes.

El italiano estaba visiblemente agradecido de la actitud de Vance e hizo un signo de aprobación. Vance se encaminó a la ventana.

—A propósito, *mister* Grassi: ocupa usted una serie de habitaciones en la parte anterior de la casa, de este mismo piso, ¿no es eso?

—Eso es—contestó el otro, enarcando las cejas.—Están precisamente encima del salón y de la sala interior.

—Cuando entró usted anoche, o mejor dicho esta mañana, ¿dónde colgó el sombrero y el abrigo?

De nuevo los ojos del italiano revelaron cautela.

—No llevaba sobretodo. Pero el sombrero y el bastón los subí a mis habitaciones?

—¿Por qué? Hay un cuarto para la ropa en el vestíbulo inferior.

Grassi se agitó y juraría que aumentó la palidez de su rostro.

—No quise hacer ruido abriendo y cerrando la puerta del cuarto oscuro—explicó.

Vance no hizo comentarios. Se apartó de la ventana y se acercó a la mesa en silencio.

—Nada más por ahora—dijo, complacido,—y gracias por su ayuda... ¿Tendría inconveniente en esperar en su habitación? Probablemente tendremos que preguntarle algo esta tarde. Yo avisaré a Gamble para que le sirva la comida.

El italiano se levantó e iba a decir algo, pero sin duda se arrepintió y limitóse a saludar con una inclinación de cabeza antes de retirarse a sus habitaciones.

Markham se levantó inmediatamente para preguntar, indicando los fragmentos de porcelana que estaban sobre la mesa:

—¿Qué significa este jarrón roto? ¿Lo rompieron contra la cabeza de Archer Coe?

—No. Esta porcelana tan delicada de *Ting yao* se quiebra a la menor presión. Si le diesen a uno un golpe con un jarrón así, apenas lo sentiría. El jarrón se haría pedazos simplement.e

—Pero ¿y la sangre...?

—En la cabeza de Archer no había sangre.—Vance eligió uno de los fragmentos y lo levantó.—Además, fíjate que la sangre no está en la parte exterior de la porcelana, sino en la parte interior. Lo mismo que en el pedacito que encontré en la mesa de abajo.

—¿Y cómo lo relacionas con la muerte de Archer?

—¿No estaba en la mesa detrás del asiento que ocupaba Archer ayer tarde, cuando Gamble salió de casa para disfrutar del arte cinematográfico?

—¿Y qué?

Vance sacó la pitillera y suspiró.

—¿Y qué?... Dame algún tiempo y verás. Tengo una idea bien definida sobre este jarrón roto con sangre dentro; pero es demasiado fantástica, demasiado increíble. Quiero comprobar mis sospechas...—acabó, bajando la voz. Y encendió un cigarrillo pensativamente.

—Todo me parece a mí fantástico e increíble—dijo Markham al cabo de un rato.

Vance lanzó una nube de humo y propuso:

—¿Y si habláse mos con Wrede? Tal vez sepamos más cuando nos haya abierto su pecho. Tiene ideas, de lo contrario no hubiera hecho que Gamble telefonease directamente.

Markham dió una orden a Heath, pero en aquel momento Burke anunció la llegada del furgón de Higiene Pública. El sargento se encaminó al vestíbulo y estaría a media escalera cuando Vance, que estaba contemplando un dibujo chino, echó a correr en su seguimiento gritando:

—¡Un momento, sargento!

Atraídos por la actitud impetuosa de Vance, Markham y yo lo seguimos al vestíbulo.

—Quisiera registrar los bolsillos del traje de Brisbane antes que se lo lleven... ¿Tiene inconveniente?

—Ninguno, *mister* Vance—contestó Heath, que no sé por qué estaba contento.—Venga.

Todos entramos en la biblioteca. El sargento cerró la puerta, y dijo:

—Eso es lo que pensaba hacer yo, sospechando que ese tuno de mayordomo puede habernos engañado respecto al billete para Chicago.

En poco tiempo quedó sobre la mesa de la biblioteca todo el contenido de los bolsillos de Brisbane Coe. No había nada que ofreciese un particular interés: la cartera, pañuelos, llavines, una estilográfica, un reloj, etc.; pero tampoco faltaban el billete, la reserva de litera para Chicago y el resguardo de la maleta.

Heath quedó humillado y se expresó en términos violentos:

—Aquí está el billete. Supongo que, después de todo, pensaba marchar.

También Vance estaba decepcionado.

—Sí, sargento; pensaba marchar. Pero no era el billete lo que me preocupaba. Esperaba encontrar otra cosa.

—¿Qué?—preguntó Markham.

—Realmente no lo sé. No tengo la menor idea—contestó Vance, sin querer hablar más.

Heath llamó a los dos hombres que esperaban en el vestíbulo con la canasta y el cadáver de Brisbane Coe fué a reunirse con el de su hermano en el depósito.

Cuando salían los del furgón entró Snitkin con la maleta del muerto.

—Me ha costado trabajo hacerme con ella—se lamentó a modo de excusa.—Esos liendres de la estación no querían entregármela y tuve que ir a la Jefatura a por una orden del Inspector.

—No corría prisa—dijo Heath para calmar al agente.

Por indicación de Vance abrió el sargento la maleta y examinó el contenido, consistente en los objetos ordinarios, de utilidad para un viaje corto.

—¡Eh, usted!—gritó Heath a Gamble.—Mire si es esto lo que usted le puso.

Gamble obedeció, amedrentado, y al cabo de un rato movió la cabeza con visible alivio.

—Sí, señor. No hay nada que yo no le haya puesto.

Vance hizo una señal a Heath, y éste ordenó a Gamble que se llevase la maleta.

—Y usted, Sintkin—añadió,—espere arriba.

Los dos desaparecieron y el sargento fué a la puerta del salón y la abrió, gritando:

—*Mister* Wrede, ahí le llaman.

Wrede entró en la biblioteca con una ansiosa expectación en sus ojos.

—¿Ha encontrado usted algo, *mister* Markham?—preguntó con voz opaca mientras pasaba la vista por la sala.—¿Y *mister* Grassi?

—*Mister* Grassi está arriba—dijo Markham, indicándole un asiento.—Y lamento tener que decirle que hemos descubierto muy poca cosa... Esperamos que usted nos ayude a salir de este atolladero.

—¡Válgame Dios! ¡Ojalá pudiera!—Wrede parecía a punto de desmayarse.—¡Es horrible!

Vance le estaba observando con los ojos entornados.

—Es más horrible de lo que usted se figura—dijo.—Brisbane Coe también ha muerto asesinado.

Wrede pasó una mirada de espanto en torno y se dejó caer en la silla más cercana.

—¿Brisbane?—preguntó con voz desfallecida—pero, ¿por qué... por qué...?

—Eso pregunto yo: ¿por qué?—dijo Vance con aspereza, como si hubiera olvidado la suavidad de modales que usó en el interrogatorio de Grassi.—El caso es que lo han matado. También a él lo apuñalaron por la espalda con un arma extraordinariamente incisiva.

Wrede alargó el cuello, movió los labios, pero no articuló una sílaba.

—Cuéntenos lo que sepa de este doble asesinato, *mister* Wrede—prosiguió Vance recalcando las palabras.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Wrede.

—No sé nada—contestó tras penosa pausa.—Gamble me dijo esta mañana que Brisbane estaba en Chicago.

—Salió para la estación ayer tarde, pero volvió por la noche para encontrar la muerte.

—¿Por qué... había de volver?—tartamudeó Wrede.

—¿Tiene usted alguna idea sobre ello?

—¿Yo?—Y el hombre abrió unos ojos de pasmo.—La menor idea.

—¿Qué sabe usted de los sucesos que ocurrieron ayer en esta casa? Quisiera una descripción tan minuciosa como pueda darla, y también necesito una exposición detallada de todo lo que usted hizo ayer.

—¿Para qué quiere saber lo que yo hice?—Wrede estaba abatido y muerto de miedo.

—Si se niega usted a hablar...—dijo Vance en tono significativo.

—No tengo por qué callarme nada—se apresuró a contestar el otro.—Estuve aquí hablando con Archer Coe desde las diez hasta las doce de la mañana...

—¿Sobre cerámica... o sobre *miss* Lake?

Wrede contuvo el aliento.

—De entrambas cosas—contestó débilmente.—La verdad es que Archer y yo tuvimos una agarrada a propósito de mi próximo matrimonio con *miss* Lake. Pero no fué nada insólito. Se manifestaba como usted sabrá, violentamente opuesto al matrimonio. Brisbane intervino en la discusión y llegó a injuriar a su hermano, de palabra...

—¿Y después de las doce?

—Comí en mi piso. Luego fuí a una subasta en las Galerías de Arte Americano, pero no había nada que me interesase, y además, tenía un enorme dolor de cabeza, por lo que volví a las tres y me acosté. Y ya no salí hasta que esta mañana me telefoneó Gamble.

—Vive usted en la casa de al lado, ¿no?

—La primera casa a mano derecha, a la otra parte del solar. Es un palacio antiguo convertido en casa de vecindad. Yo ocupo el segundo piso.

—¿A quién pertenece el espacio libre?

—Es parte de la finca de Coe. Archer dejó crecer la hierba y lo separó de la calle con la verja. Decía que necesitaba la luz y el espacio y se negaba a venderlo.

Vance movía la cabeza con indiferencia.

—Ya comprendo... ¿Y usted no se movió de su piso desde las tres de la tarde hasta esta mañana?

—Eso mismo. Me dolía enormemente la cabeza...

—¿Vió ayer a *miss* Lake?

—Sí, por la mañana, cuando estuve aquí. El caso es que quedamos en vernos por la noche en el Country Club. Pero cuando volví a casa por la tarde, le telefoneé excusándome. No estaba en condiciones para bailar.

—*Mister* Grassi le sustituyó—dijo Vance.

Los ojos de Wrede se ensombrecieron y se oprimieron sus mandíbulas.

—Eso me dijo esta mañana. (No puedo de-

Biblioteca Nacional de España

terminar si decía la verdad o una mera galantería).

—Cuando esta mañana le telefoneó Gamble —preguntó Vance,—¿cuál fué su reacción mental?

Wrede se quedó un momento ceñudo y sin decir nada.

—No es fácil de explicar... Confieso que Archer no me inspiraba gran simpatía y personalmente no me afectó gran cosa la noticia de su muerte, pero me dejó muy intrigado. Nunca hubiera creído que Archer atentase contra su propia existencia y, francamente, me asaltaron vehementes dudas. Por eso me apresuré a acudir, deseando cerciorarme. Aunque miré por el ojo de la cerradura, apenas di crédito a la visión que se me ofreció, porque conocía muy bien a Archer. Por eso aconsejé a Gamble que avisase inmediatamente a *mister* Markham.

Vance, manteniendo su mirada fija en Wrede, observó con cierta ironía:

—Obró usted con prudencia. Pero si no creía en el suicidio de Archer, debió de asaltarle otro pensamiento: el de asesinato. ¿Quién cree usted, *mister* Wrede, que pudiera tener suficiente motivo para cometer el crimen?

Wrede se pasó repentinamente los dedos por los cabellos antes de contestar.

—Eso es lo que estaba preguntándome toda la mañana—contestó sin mirar a Vance.—Claro que uno puede hacer suposiciones, pero no sería justo manifestarlas sin una prueba u otra...

—¿*Mister* Grassi?

La cara de Wrede se ensombreció.

—Yo... realmente, *mister* Vance... no estoy en muy buenas relaciones con ese hombre. Ambicionaba la colección de cerámica china, pero apenas constituiría ello un motivo para perpetrar un crimen.

—Desde luego—convino Vance con una sonrisa glacial.—¿Y *miss* Lake?

Wrede estuvo a punto de caer de la silla.

—¡Esa insinuación es una afrenta!—gritó lanzando a Vance una mirada penetrante.—¿Cómo se atreve...?

—No se ponga dramático—le interrumpió Vance con una sonrisa despectiva.—No me impresiono tan fácilmente... Estamos hablando de conjeturas y nos entenderemos mejor sin desplegar nuestras aptitudes histriónicas, por notables que sean.

Wrede volvió a sentarse refunfuñando algo que no llegamos a entender.

—¿Qué piensa usted de Liang, el cocinero?—preguntó Vance.

—¿De Liang? Eso ya es otra cosa. Ese chino encierra algún misterio. Nunca he llegado a comprender por qué está aquí. Desde luego no es cocinero profesional, y desde la ventana de mi piso le he visto sentado en el portal de atrás escribiendo durante horas. En mi opinión debe de ser un espía. Tiene conocimientos de arte chino. Con frecuencia lo he sorprendido aquí mismo examinando los jarrones de porcelana, observando las firmas y pasando sus dedos por la loza con aire de entendido... Y nunca me han gustado sus modales. Es astuto y manifiesta una excesiva cortesía. Desconfié de él desde el principio. Si conociera usted mejor que yo a qué se debe su presencia en esta casa, podría saber más sobre la muerte de Archer Coe... Al menos—se apresuró a decir,—tal es mi impresión.

Vance ocultó un ligero bostezo.

—El carácter oriental se nutre de virtudes místicas—comentó,—y mi impresión personal es que Liang sabe algo de lo que ocurrió aquí anoche; pero como usted dice, falta el motivo para atribuírselo.—Se apoyó en la repisa de la chimenea, y dejó vagar la vista por el espacio. antes de añadir:—Por otra parte, usted mismo tenía motivos de sobra para despachar al otro mundo a Archer Coe.

Con gran sorpresa por mi parte, Wrede no se dió por ofendido.

—Archer se oponía a su matrimonio con *miss* Lake—prosiguió Vance,—y tenía suficiente influencia para impedirlo, y mientras él viviese, su sobrina se vería reducida a una pensión, no pudiendo entrar en posesión del patrimonio de su padre hasta la muerte de su tío De modo que, si usted lograba eliminar a Archer, se encontraría con una novia rica... y sin obstáculos. ¿No es eso, *mister* Wrede?

El otro lanzó una carcajada.

—Realmente, tal como presenta usted las cosas, no me faltaban motivos para matar a Archer. Mas, por otra parte, no me hubiera asistido la menor razón para matar a Brisbane.

—Claro, claro... Brisbane... Su muerte complica el asunto.

—¿Puede saberse dónde fué hallado Brisbane?

—En el cuarto oscuro, al fondo del pasadizo del vestíbulo... ¿No abrió usted por casualidad ese cuarto esta mañana?

—No—contestó Wrede con un ligero estremecimiento,—aunque estuve a punto de hacerlo. Pero dejé el sombrero en una silla del salón.

—¡Caramba!—exclamó Vance con ironía.—¡Con qué empeño han evitado todos ese cuarto, desde que lo ocupaba Brisbane!

—Acaso—insinuó Wrede significativamente—no ignoraba Liang su contenido.

—¿Quién sabe?—suspiró Vance.—Y Liang, por supuesto, no nos lo quiso decir. ¡Lástima... lástima!...

Wrede trató de escapar por la tangente.

—Lo que no entiendo es esa puerta cerrada con cerrojo por dentro.

—Tampoco nosotros—dijo Vance en tono indiferente.—Es algo muy confuso. Pero no se caliente los cascos con eso, *mister* Wrede. Estoy completamente convencido de que no la cerró usted.

El otro levantó la cabeza con satisfacción.

—¡Oh, gracias!—dijo tratando sin éxito de ser complaciente.—¿Han encontrado el arma?—preguntó, vacilante.—Podía darles la clave.

—Seguramente—convino Vance.

Heath, que estaba junto a una ventana, se acercó, disgustado del método aplicado por Vance en el interrogatorio de Wrede y dijo:

—Ahora que recuerdo, yo y los chicos vamos a efectuar una inspección general por esta casa... ¿Da usted su permiso, *mister* Markham?

—Vaya, sargento; cuanto antes mejor.

Heath salió de la sala y Vance prosiguió su interrogatorio.

—A propósito, *mister* Wrede: ¿le interesan a usted los objetos de cerámica china?

—No mucho—contestó el otro visiblemente intrigado por la pregunta.—Poseo algunos ejemplares, pero no soy un experto. No obstante, algo he podido aprender durante mis largas relaciones con Archer.

Vance se acercó a la mesa circular y dijo señalando al jarrón Tao Kuang:

—¿Qué le parece etse *Ting yao?*

Wrede se levantó y dió unos pasos.

—¿*Ting yao?*—dijo con mirada perpleja.—¿Eso es un *Ting yao?*

—No creo que lo sea—dijo Vance fingiendo examinar el jarrón.—Pero diría que Archer Coe tenía un jarrón *Ting yao* del mismo tamaño en esta mesa.

Wrede estuvo un momento examinando el jarrón, con las manos en la espalda, y por fin dijo:

—¡Caramba! ¡Lo tenía, *mister* Vance! Pero no es éste.

—¿Cuándo vió usted por última vez el original?

—No podría decirlo. Estuve ayer por la mañana... pero no me fijé. Me preocupaban otras cosas. ¿Tiene algo que ver este jarrón con... con...?

—No es fácil decirlo—contestó Vance.—Pero me sorprende que Archer tuviera este jarrón en su colección.

—Es singular—dijo Wrede volviéndose a mirar a la mesa.—Este jarrón debe de sustituir aquí al otro.

—Ni más ni menos—dijo Vance.

—¡Ah, ya!—exclamó Wrede complacido, no sé por qué. Tal vez pensaba en Grassi.

Vance, que parecía no haber oído su exclamación, consultó el reloj.

—Nada más por ahora, *mister* Wrede. Puede usted ir a comer. Tal vez mañana lo necesitaremos. ¿Estará usted en casa?

—Sí, todo el día—dijo Wrede, y vaciló antes de añadir:—¿Puedo ver a *miss* Lake antes de marcharme?

—¡No faltaba más! Y puede usted notificarle la muerte de Brisbane.

Wrede salió. Le oímos subir la escalera. Markham se levantó, nervioso.

—¿Qué te parece ese tipo?—preguntó.

Vance fumó un momento en silencio.

—Un carácter muy especial... muy poco atractivo. Yo no lo tendría por buen compañero.

—No lo has tratado con mano enguantada.

—Es demasiado listo para que se le concedan ventajas. Mi única esperanza de sonsacarle algo, estribaba en hacerle perder la serenidad.

—Se me ha ocurrido—dijo Markham—que podía haber abierto el cuarto oscuro esta mañana y que al ver lo que vió, dijo a Gamble que me telefonease.

—Es posible. Eso mismo pensaba yo. Pero en tal caso, ¿por qué no nos lo diría en cuanto llegamos?

—De todos modos, ya sabemos que no hace buenas migas con Grassi. Me parece que está celoso del italiano.

—Sí que lo está. E ignoraba que Grassi y *miss* Lake estuvieron anoche juntos. ¡Bonita situación! Pero dirige sus tiros contra el chino. Tiene a Liang bien estudiado... Y parece mentira que Archer, con lo buen sinólogo que era, no sospechase la verdadera condición de Liang.

—Tal vez lo sabía—apuntó Markham sin interés.

Vance levantó bruscamente la cabeza y se quitó el cigarrillo de los labios.

—¡Mi madre! ¡Tal vez lo sabía!...

Llegó del vestíbulo ruido de pasos e inmediatamente apareció Heath con aire de triunfo y, acercándose a la mesa, dejó un objeto para que lo examinásemos. Era una de las más hermosas e interesantes dagas chinas que había visto en mi vida. El acero de forma cuadrangular, con lados cóncavos, tenía una punta afiladísima y unas seis pulgadas de largo. Se iba adelgazando hasta media pulgada de la guarnición, como un estilete, y estaba en parte manchada de sangre. La guarnición era de oro pulimentado, de forma ovalada y llevaba grabado el nombre del dueño. El puño estaba forrado de seda encarnada y terminaba con una figurilla de Kuan Ti, el dios chino de la guerra, esculpida en jade oscuro. A primera vista se adivinaba que era el arma que usó el asesino.

—Buen hallazgo, Sargento—dijo Vance.—¿Dónde estaba?

—Bajo el cojín de la butaca donde encontramos al muerto esta mañana.

—¡Es posible!—exclamó Vance, atónito.—¿En el dormitorio de Archer Coe? Es asombroso...

Corrió a la puerta del comedor y llamó a Liang. Cuando apareció el chino le indicó la daga que estaba sobre la mesa.

—¿Conoce ésto, *mister* Liang?

El chino contempló el objeto sin inmutarse y contestó con voz floja:

—Sí, lo he visto muchas veces. Estaba siempre en esa vitrina de la ventana con otras armas de mi país.

Vance lo despidió y empezó a dar vueltas por la sala. Heath lo siguió un momento con la mirada y luego se volvió a contemplar la daga para lamentarse:

—Imposible recoger las huellas del que la empuñó. ¡Un puño de seda!

—No, no hay que pensar en las huellas—murmuró Vance sin levantar la vista del suelo;—pero no es esa la principal dificultad, Sargento. Brisbane Coe recibió la puñalada horas después de Archer Coe y no obstante, la daga se encuentra en la butaca que arriba ocupaba el cadáver de Archer Coe. Ateme esos cabos...

Biblioteca Nacional de España

Y siguió paseando a grandes zancadas De pronto se volvió.

—¡Sargento! Tráigame el abrigo de Brisbane Coe, el de lana blanca y negra, del cuarto oscuro—dijo con voz que denunciaba su agitación.

Heath salió y no tardó en volver con la prenda. Vance empezó a vaciar los bolsillos. Un pañuelo de seda verde y un par de guantes cayeron sobre la mesa. Luego, del bolsillo de la izquierda, Vance sacó dos trozos de hilo fino encerado, de unos cuatro pies de longitud. Estaba a punto de tirarlo a un lado, cuando algo le llamó la atención. Al extremo de cada uno de los hilos estaba sujeto un alfiler en forma de gemelo.

Heath, que también contemplaba aquello como fascinado, preguntó:

—¿Y qué puede ser eso, *mister* Vance?

Éste no contestó. Volvió a meter la mano en el bolsillo y cuando la sacó vimos en sus dedos un diminuto objeto de acero.

—¡Ah!—exclamó con satisfacción

Todos lo miramos sorprendidos. Nunca hubiéramos esperado ver semejante cosa. El objeto que Vance acababa de sacar del bolsillo de Brisbane Coe era ¡una aguja de coser!

CAPÍTULO XI

MÁS MANCHAS DE SANGRE

(Jueves, 11 de octubre, a la 1,45 de la tarde)

Markham apartó la vista de la aguja de coser para fijarla en Vance.

—¿Qué significa eso, si es que significa algo?—preguntó.

Vance cogió lentamente la aguja y las piezas de hilo y se las guardó en el bolsillo.

—Significa algo diabólico, Markham. Y significa que hemos dado con uno de los más sutiles cabos de esta intrincada madeja. Todo se ha llevado a cabo en este crimen con la más minuciosa técnica, y de pronto todo le ha salido mal al criminal, que se ha visto obligado a complicar sus planes para salvarse y ha estropeado toda la trama...

—Pero, ¿y esos hilos y esa aguja de coser?—preguntó Markham.

—Esto es lo que le enredó la madeja.

—¿Pero quién usó esos hilos y aguja? ¿Y para qué?

Vance se le quedó mirando muy serio

—Si supiera quién los usó, tendría una clave importantísima. El hecho de que estuviesen en el bolsillo de Brisbane significa muy poco. Es lógico que los pusiera allí quien los usó. Nada más seguro que cargar el muerto a un muerto.

—¿Crees que es posible que Brisbane matase a Archer?

—¡No, caramba! Dudo que Brisbane llegase a casa antes de ocurrir la muerte de Archer.

—¿Crees, pues, que la misma persona mató a los dos hermanos?

—Es indudable. La técnica de los dos asesinatos es la misma y a los dos se les dió muerte con la misma arma.

—Pero la daga se encontró en el dormitorio cerrado de Archer.

—Es otra complicación inverosímil—replicó Vance.—Ya sé que la daga debía estar aquí. Debía haberse encontrado aquí, en la biblioteca.

—¿Aquí?—preguntó Markham con asombro.—¿Por qué en la biblioteca? Ninguno de los dos fué asesinado aquí.

—Lo dudo—dijo Vance apoyándose en la mesa, hundido en reflexiones.—Este hubiera sido el lugar indicado del crimen... y no obstante, ninguno de los dos cadáveres se encontró aquí.

—¿Por qué ha de ser esta sala el lugar indicado?—preguntó Markham con aspereza.

—Porque nos lo indica este jarrón sustituto Tao Kuan y el fragmento de porcelana de *Ting yao* manchado de sangre...—Se detuvo súbitamente con la vista en el espacio.—¡Ese *Ting yao* con manchas de sangre...! ¡Ah! ¿Qué sucedió para que se quebrase el jarrón de Sung? ¿Qué debió hacer el asesino? ¿Debió salir llevándose la sangre...? ¡No! No se hubiera atrevido... de eso no se hubiera acordado con su siniestro propósito. Hubiera tenido miedo. Estaba ocultando algo, Markham...—Vance estaba mirando por la sala.—Eso es; *¡quería ocultar algo!* Dos veces lo intentó... y entonces sobrevino algo inesperado... algo sorprendente y desconcertante. El cadáver debió estar aquí, en la biblioteca, y la daga, por consiguiente, también.

—¿Querrás hablar claro de una vez?—le espetó Markham.—Si tienes alguna idea admisible exprésala en términos comprensivos

—Tengo una idea, Markham—contestó Vance con calma,—una idea que explica varias fases contradictorias de este caso, pero no me atrevo a exponerla por ahora. Es demasiado extraña y, además, no afecta más que a dos terceras partes de los hechos... Pero concédeme unos minutos. Déjame ver si puedo comprobar una cosa. Si encuentro lo que busco, habremos adelantado mucho.

Se detuvo junto a la chimenea, contemplando un jarrón alto de un color azul marino.

—Un hermoso ejemplar de *Tsui se*—dijo mientras pasaba los dedos por la superficie.—Nosotros diríamos de azul turquesa, pero los chinos dan a este color el nombre de plumas de guardarrío. Su manufactura empezó durante la dinastía Ming y continuó hasta la era Chia Ch'ing...—Puso los dedos en el cuello del jarrón: —Demasiado estrecho—comentó, y se plantó ante otro, al extremo de la repisa.—He aquí uno de los más perfectos ejemplares de *Lang yao* que he visto... sangre de buey, que decimos nosotros. Es tan fino como el de la colección de Schiller.—Lo cogió y la estuvo examinando por fuera y por dentro y lo volvió a su puesto. Luego se quedó extático ante un jarrón de negro lustre que había en una hornacina arrimada a la pared de poniente.—Un espejo negro, Markham—dijo mientras le pasaba los dedos delicadamente,—con reflejos dorados; pero prefiero los primitivos ejemplares, los *Chien yao*, por ejemplo, con reflejos verdes. Los *Chien yao* no se fabricaron hasta la dinastía Yuan. La dinastía Ming no los conoció. El que yo tengo en casa es K'ang Hsi, con reflejos pardos y es bastante más grande que el de la colección de Allen.

Markham y Heath seguían de cerca a Vance, sabiendo que no hablaba por pasar el tiempo, sino que en aquella inspección de las porcelanas chinas había un propósito definido. Vance siguió recorriendo la sala, deteniéndose un momento ante cada jarrón para examinarlo a la ligera. Por fin terminó su inspección y se volvió con visible expresión de disgusto.

—Temo que mi idea sea mera fantasía—suspiró.

—No me fiaba mucho—replicó Markham, amoscado por la conducta reticente del amigo.

—Yo tampoco, pero si hubiera podido comprobarlo, nos hubiera suministrado un punto de partida.

Al llegar al ertremo de las estanterías, se detuvo ante un bajo pedestal de teca en que descansaba un jarrón de forma de cornucopia, casi oculto por un montón de libros apilados.

—Es un ejemplar interesantísimo—murmuró.—Es un neo-*Ting yao*, correspondiente a la Yung Cheng. Durante la dinastía Ming, Markham, los ceramistas chinos fabricaron muchos facsímiles del *Ting yao Sung*, tan preciosos en todos sus aspectos como los primitivos.

Cogió el jarrón y se acercó con él a la ventana, mirando su interior al trasluz. Se puso el monóculo y volvió a mirar.

—Me parece que aquí hay algo—dijo. Se humedeció la punta de un dedo, lo hundió hasta el fondo y lo sacó con una peliculilla encarnada.—Sí, realmente—dijo, mirándose el dedo.

—¿Qué has encontrado?—preguntó Markham.

Vance le mostró el dedo, diciendo:

—¡Sangre!

Volvió el jarrón a su puesto y se frotó el dedo con el pañuelo de bolsillo. Luego fijó su mirada en Markham, que estaba esperando una explicación del nuevo descubrimiento, y le dijo:

—Y este jarrón estaba también junto al diván, a pocos pasos del *Ting yao* Sung. Los dos jarrones fueron utilizados para el diabólico plan... Muy bien concebido, pero fracasó...

—Oye, Vance—dijo Markham parsimonioso, procurando disimular su impaciencia:—¿cómo fueron utilizados esos jarrones? ¿Y cómo es que tienen sangre?

—A mi modo de ver, Markham, esos dos jarrones fueron utilizados para desviar las sospechas del verdadero asesino y dirigirlas contra otra persona, y se emplearon como símbolos para inspirar un falso móvil. Es decir, el delicado *Ting yao*, que antes estaba en la mesa redonda y fué suplantado por el execrable Tao Kuang, había de ser como la rúbrica del crimen, que nos inculcase una idea falsa. Pero se rompió y fué preciso elegir otro jarrón.

—¿Quieres decir que se nos quería hacer ver en el crimen una relación con la colección de cerámica china de Archer?

Vance movió la cabeza afirmando.

—Estoy seguro, pero aun no veo de qué manera. Si no hubiera mediado un grosero error por parte del asesino, probablemente aparecería esto perfectamente claro

—¿Estaba previsto que encontrásemos sangre en los jarrones?

—No sangre, precisamente. En esto fracasó el plan.

—¡Un momento, Vance! ¿De dónde salió esa sangre?

—¡De las venas de Archer Coe!

La contestación de Vance me produjo un escalofrío.

—Pero si no hubo derrame externo—advirtió Markham.

—Cierto—asintió Vance apoyándose en el respaldo del diván y encendiendo un cigarrillo.—Pero había sangre en la daga cuando la arrancaron de la espalda de Archer.

—¡Ah! ¿La daga?

—Exacto... En mi opinión Markham, la daga ensangrentada que mató a Archer fué dejada en el frágil jarrón *Ting yao* que estaba sobre esta mesa, para indicar, en un sutil y avieso simbolismo, el motivo del crimen. Pero el acero con la pesada guarnición de oro rompió el jarrón, que era tan fino como una cáscara de huevo, y entonces fué dejada en otro *Ting yao*. Al recoger los fragmentos del primer jarrón, el asesino olvidó un pedazo.

—¿Y el jarrón sustituto?

—Para no llamar la atención con la ausencia del original. La falta de un *Ting yao* tan valioso podía indicar otro motivo del crimen y desviar nuestra atención de la persona que el criminal quería presentar como sospechosa. La sustitución del Tao Kuang fué mera precaución.

—Sin duda está eso muy bien explicado—replicó Markham con aire de duda;—pero no hemos hallado la daga en el otro jarrón...

—La sacaron para matar a Brisbane.

—¿Quién? ¿El asesino de Archer?

Biblioteca Nacional de España

—Indiscutiblemente. Nadie más que él sabía dónde estaba la daga.

—Pero, Vance, esa conjetura está en desacuerdo con los hechos. El sargento encontró la daga en el dormitorio de Archer, que estaba cerrado por dentro, y Archer murió horas antes que apuñalasen a Brisbane. Si los mató la misma persona, ¿por qué no volvió a dejar la daga en este jarrón? Archer ya estaba muerto, o Brisbane fué asesinado al pie de la escalera. ¿Cómo se encontró la daga en el dormitorio de Archer?

Vance fumó un rato antes de contestar:

—Eso es lo que no me explico.

—¡Ya lo tengo!—exclamó Heath.—El pájaro de cuenta asesinó a Archer aquí y escondió la daga en el jarrón. Entonces volvió Brisbana de la estación y el otro, al verse sorprendido, volvió a coger la daga y se la hundió en la espalda para salvarse. Después de esto, arrastró el cadáver de Archer hasta arriba, llevando encima la daga, y como estaba muy nervioso, la dejó en la butaca donde colocó a Archer.

—Hay muchos cabos sueltos en esa explicación, sargento—dijo Vance sonriendo con amargura.—Brisbane no recibió la puñalada hasta varias horas después que Archer. El asesino podía estar en Filadelfia cuando Brisbane volvió de la estación. No es probable que se quedase rondando por la casa después de haber despachado a Archer...

—Pero, *mister* Vance, usted mismo ha dicho que la misma persona mató a los dos.

—Y aun lo digo—replicó Vance.—La única explicación que tengo es que el asesino, después de matar a Archer y esconder el arma en el jarrón, volvió a entrar en la casa y mató a Brisbane.

—Entonces, dígame usted, ¿cómo estaba el arma en el dormitorio cerrado—preguntó el sargento con aire petulante,—y quién metió la bala en la cabeza de Archer, y por qué?

—Si pudiera contestar esas preguntas, sargento, tendría resuelto el problema.

En aquel momento bajaba Wrede y pasó por delante de la biblioteca en dirección a la puerta de la calle.

—¡Hola, *mister* Wrede!—le llamó Vance.—¿Podemos hablar un momento antes que se marche?

Wrede dió media vuelta y entró en la biblioteca. Estaba encarnado, presentaba un semblante sombrío y sus ojos miraban torvos, con fulgores siniestros. Se detuvo junto a la puerta, con las manos crispadas, y fijando en Vance una mirada de retadora cólera.

—Aquí estoy—anunció con voz tajante.

—Ya lo veo—murmuró Vance.—Y me parece usted muy alterado.

Wrede no modificó su actitud tensa ni contestó.

—¿Ha visto a *miss* Lake?—preguntó Vance afablemente.

El otro hizo un signo de adusta afirmación.

—Y después de hablar con ella, ¿no puede usted darnos alguna indicación sobre un posible autor del crimen?

Un fulgor de ferocidad alumbró los ojos de Wrede, quien después de vacilar unos segundos, dijo:

—No, por ahora. Pero no estaría mal que concentrasen por algún tiempo sus investigaciones en *mister* Grassi. Acabo de saber que Archer Coe se decidió a venderle un importante lote de su colección.

—¿De veras?—preguntó Vance levantando las cejas.—¿Se lo ha dicho *miss* Lake?

De nuevo vaciló Wrede antes de contestar:

—*Miss* Lake y yo hemos estado hablando de otras cosas. Tal vez le interese saber, *mister* Vance, que mis relaciones con *miss* Lake han quedado rotas.

—Una verdadera lástima—murmuró Vance poniendo su atención en el cigarrillo.—¿Pero qué relación puede tener la decisión tomada por Archer de desprenderse de parte de su colección con su muerte?

—No sé, no sé; pero me parece muy raro que Archer consintiese en vender.

—También a mí se me hace extraño—convino Vance.—Pero a lo mejor *mister* Grassi supo conquistarse la simpatía de Archer.

Wrede entornó los ojos, pero no replicó, y Vance añadió:

—De todos modos, aunque Archer pensara desprenderse de ciertos ejemplares, con la esperanza de adquirir otros, como es de suponer, no veo que *mister* Grassi saliera ganando con su muerte.

—Archer pudo arrepentirse después de comprometerse...

—Ya veo su punto de vista, *mister* Wrede—interrumpió Vance con frialdad.—¿Pero y Brisbane?

—¿No puede haber sido un accidente la muerte de Brisbane?

—Sí... ya lo creo—dijo Vance sonriendo pensativamente.—Estoy seguro de que fué un accidente... un accidente muy desgraciado. La noche de ayer estuvo llena de accidentes a cual más asombroso... Pero no quiero privarle por más tiempo de su comida. Sólo deseaba preguntarle qué impresión tenía usted de todo esto, después de hablar con *miss* Lake y, me ha contestado usted con toda franqueza.

Wrede se inclinó rígidamente.

—Estaré en mi piso todo el día de mañana, por si me necesitan.

Apenas se hubo ido, Vance salió a llamar a Gamble al vestíbulo.

—Suba en una escapada y, sin decir palabra, vea dónde está *mister* Grassi.

El mayordomo obedeció y volvió al cabo de un rato.

—*Mister* Grassi, señor, está hablando con *miss* Lake, en sus habitaciones del tercer piso.

El semblante de Vance se iluminó con una sonrisa de satisfacción.

—Y ahora, Gamble, ¿quiere decir a *mister* Grassi que baje?

Gamble volvió a salir y Vance se dirigió a Markham:

—Sospecho por la cara que pone Wrede que ha encontrado su rival latino. Se habrá desarrollado una escena penosa y el pobre Wrede ha recibido la despedida. Es una pena. No quiere a Grassi, lo detesta; pero dudo si realmente lo considera sospechoso de la muerte de Archer... aunque estoy seguro que no dirige sus tiros contra él...

—Entonces ¿a qué vendrían sus insinuaciones?

—Wrede no tiene nada de tonto, Markham; es endemoniadamente listo, y piensa que si ponemos la atención en Grassi, apartaremos al hombre de paja, por así decirlo, y encontraremos detrás otra persona.

—¿Qué otra persona, diga?

—A *miss* Lake, por supuesto—dijo Vance. Y añadió sin dar tiempo a que Markham replicase:—Wrede es vengativo y está amargado. Al preguntarle yo por *miss* Lake como posible sospechosa le he dado una idea; sabe que ha existido siempre un agudo antagonismo entre ella y Archer y también sabe que es una joven capaz de cualquier cosa y testaruda. Por lo tanto, al verse humillado ante Grassi, nos la brinda con Grassi como pantalla.

Momentos después entraba Grassi.

—¿Es cierto—empezó Vance—que *mister* Archer Coe consintió en venderle algunos objetos de su colección?

El italiano rechazó el asiento que Vance le ofrecía y contestó:

—Es cierto. Hace un momento se lo dije a *mister* Wrede porque quiso arrojarme de esta casa, supongo que en calidad de novio de *miss* Lake, y tuve que advertirle que me retendrían aún aquí mis asuntos personales, puesto que una parte considerable de la colección de *mister* Coe me pertenecía virtualmente y tenía que quedarme para dirigir el embalaje y el transporte.

—¿Y qué dijo *miss* Lake?

El italiano parecía resistirse a contestar, pero al fin dijo:

—*Miss* Lake dió por roto su compromiso con *mister* Wrede y luego le ordenó salir de casa y mantenerse apartado.

—¡Demasiado impulsiva!—suspiró Vance.—¿Y se lo dijo con malos modos?

—No estuvo muy cortés—admitió Grassi con cierto aire de satisfacción.

—Diga, *mister* Grassi—preguntó de pronto Vance.—¿Cree usted que *miss* Lake mató a su tío?

El italiano respiró ruidosamente y fijó su vista en Vance.

—Yo... yo... señor, yo...

—Gracias por el esfuerzo—observó Vance.—Me hago cargo de sus sentimientos. No hablemos de eso. Pero me gustaría saber por qué no nos dijo usted antes que *mister* Archer Coe convino en venderle algo de su colección.

Grassi se había recobrado de su evidente conmoción ante la pregunta de Vance concerniente a la posible culpabilidad de Hilda Lake.

—No se me ocurrió que el asunto pudiera tener la menor importancia para la desgraciada situación creada con posterioridad.

—¿El convenio fué escrito o verbal?—preguntó Vance.

—Escrito.—Y *mister* Grassi sacó del bolsillo un papel plegado que entregó a Vance, explicando:—A requerimiento mío, *mister* Coe escribió ayer esta carta, porque deseaba cablegrafiar la noticia a Milán.

Vance abrió la carta y la leyó, como hicimos Markham, Heath y yo mirando por encima de su hombro. Decía así:

Signor Eduardo Grassi.

Muy señor mío:

En confirmación de lo convenido en nuestra reciente entrevista, por la presente me comprometo a venderle, como representante del Museo de Antigüedades de Milán, los siguientes objetos de mi colección particular:

Y en seguida una lista detallada de cuarenta y cinco o cincuenta objetos entre los que se incluían muchos de los más raros y valiosos ejemplares de arte chinesco. Los precios de algunos de estos objetos, relacionados en una columna, cortaron a Heath la respiración, y he de confesar que también me quedé asombrado ante tan elevadas cifras. Al pie de la carta estaba la firma y rúbrica de Archer Coe y el documento llevaba la fecha de 10 de octubre.

Vance volvió a plegar la carta y se la guardó en el bolsillo, diciendo a Grassi:

—Por ahora déjenosla. Estará bien guardada y pronto se la devolveremos. Puede tener alguna relación con el caso y las autoridades tal vez deseen referirse a ella.

Esperaba que Grassi protestaría, pero lejos de hacerlo se inclinó en cortés aprobación.

—Y ahora—dijo Vance,—otra vez he de suplicarle que aguarde en sus habitaciones hasta nuevo aviso.

Grassi saludó y se retiró visiblemente aliviado.

—Sargento — dijo Vance, — ¿puede usted traerme una hoja de papel, del que está sobre la mesa de Archer Coe? Y baje también la pluma.

Vance comparó el papel con la carta de Grassi y trazó varios signos en el papel con la pluma de Archer Coe.

—No hay duda que el papel es de Coe y que la carta se escribió con la pluma de Archer... Muy significativo.

Volvió a guardar la carta en el bolsillo y ordenó a Gamble que subiese la comida a *miss* Lake y a Grassi.

—Y ahora que hemos hablado con todos los habitantes de la casa, ¿qué te parece, Markham, si hacemos la competencia al voraz Doremus? Conozco un restaurante francés por aquí cerca...

—Yo no me muevo de aquí—interrumpió Heath con una mueca.—Tengo trabajo, y no tardarán en acudir como un enjambre de moscardas los chicos de la prensa. Ya comeré más tarde.

Markham se había levantado.

—O volveré o le telefonearé — dijo al sargento.

Vance emprendió la marcha hacia la puerta de la calle.

Biblioteca Nacional de España

—¡Ánimo, amigo!—alentó a Markham.—No está esto tan negro como parece. Las nubes empiezan a dispersarse. Tenemos todos los datos; sólo falta ordenarlos e interpretarlos correctamente.

—Me gustaría sentirme tan optimista—murmuró Markham, siguiendo a Vance por el vestíbulo.

Vance se detuvo y se volvió a Heath, que permanecía indeciso.

—A propósito, sargento—le dijo.—¿Podría usted hacerme un favor? Comprobar esta misma tarde, a ser posible, las coartadas, llamémoslo así, de *miss* Lake y *mister* Grassi. Grassi dice que cenó ayer con el doctor Montrose, del Museo Metropolitano, se equivocó de tren y llegó al Crestview Country Club a las once. *Miss*, según su relato, que concuerda con el de Grassi, cenó en la Fonda Arrowhead con unos amigos, fué en coche sola al Country Club, tuvo una parada y llegó poco después que el extraviado *signor*.

—Eso es fácil. Dos hombres listos pueden poner eso en claro en pocas horas.

—Y—añadió Vance—podría usted hacer otro registro por la casa. Me interesaría mucho encontrar un instrumento duro, que pudiera haber servido para herir a Archer y al perro «escocés».

Heath se torció la cara astutamente.

—¿No tiene idea de lo que es, más o menos?

—¡Oh, sí! He notado que en el hogar de la chimenea de la sala todo está en su puesto, menos el hurgón.

—Ya lo entiendo, señor. Si hay un hurgón en esta casa, yo daré con él.

—¡Es usted un as!—dijo Vance, siguiendo su camino hacia la puerta.

—Y hablando de perros, señor — añadió Heath,—ese tipo de Wrede me dijo que era muy aficionado a los animales. Tenía uno antes de mudarse.

—¡Ah! ¿Dijo de qué casta era?

—Lo dijo. Pero nunca he oído nombrar semejante perro.

—Era un *Doberman Pinscher* — apuntó Markham.

—¡Caramba! Eso es de un interés enorme —murmuró Vance.

—¿Nada más, *mister* Vance? — preguntó Heath.

—Bueno, sí—masculló Vance, volviéndose, ya en la puerta.—Sargento, tenga la bondad de encargar que arreglen la cerradura de la puerta del dormitorio mientras comemos. A ver si cuando volvemos la hallamos de modo que abra y cierre perfectamente.

El sargento hizo una mueca que le ensanchó la cara.

—¿No más que eso...? Bueno, la arreglaremos.

CAPÍTULO XII

EL ARCÓN CHINO

(Jueves, 11 de octubre; a las 2,15 de la tarde)

Fuimos a pie, respirando el tonificante aire de octubre, hasta un modesto restaurante francés de la calle 72 del Oeste, y Vance, que conocía al dueño del establecimiento, encargó la comida con vinos de excelentes marcas. Mientras tomábamos el café, Vance habló de perros en general y de «terriers escoceses» en particular. Se remontó a los oscuros orígenes de éstos en la Alta Escocia y acabó discutiendo el estado de degeneración a que estaba llegando la casta en Inglaterra y en los Estados Unidos. Describió el tipo de perro que él prefería y criticó las tendencias que tenían ciertos criadores de «terriers escoceses» a producir «monstruos».

—En todo hay que buscar las proporciones —decía.—Hay que mirar a un «escocés» como se mira una obra de arte. Los principales fundamentos son los mismos. Un perro, como una escultura o un cuadro, ha de ofrecer una desenvoltura de movimientos en tres dimensiones, simetría, organización, ritmo... un perfecto conjunto plástico. Si la cabeza es demasiado grande y el cuerpo demasiado pequeño, pierde la simetría y las proporciones. Algunos de nuestros criadores, sin sentido de conjunto coordinado, están estropeando la conformación y la eficiencia del «escocés» con caprichosas desviaciones, y no logran sino hacer un payaso de un perro que es fundamentalmente serio y digno. El «escocés» es todo un *gentleman:* enérgico, reservado, honrado, paciente, tolerante y bravo. Nunca llora ni se queja, acepta la vida como la encuentra, con una instintiva filosofía de estoica intrepidez y clara comprensión. Es independiente e incapaz de una traición. Es leal y tiene memoria, es espartano y sabe sufrir con paciencia; perro capaz de atacar a un león o a un tigre que le disputaran sus derechos y moriría en la lucha sin volver la espalda. Con un «escocés» siempre se siente uno seguro, es cariñoso, amable y protector de los amigos... Y este es el perro, Markham, que algunos quieren convertir en un grotesco bufón, en un hazmerreír, modificando sus bellas proporciones, alargándole el

—Yo no me muevo de aquí

Biblioteca Nacional de España

hocico, acortando su cuerpo y su cola y haciendo de él una monstruosidad ridícula.

Vance hizo una pausa, tomó un sorbo de Chambertin, y siguió hablando:

—Viene luego la cuestión del tamaño. Hay entre los aficionados una tendencia demasiado generalizada a preferir los perros grandes, corpulentos. Pero no hay razón para que los «escoceses» sean grandes. Por algo son «terriers», perro de la tierra (el nombre viene del latín fulgar *terrarius*), porque es supone que rastrean en busca de zorras, nutrias y otras alimañas. Indudablemente el tamaño es una desventaja a no ser que deseemos obtener con los cruces monstruosidades convenientes para una barraca de feria. McCandish, uno de los mejores criadores de «terriers escoceses», señala como peso correcto de dieciséis a dieciocho libras para las perras y de dieciocho a veinte para los perros. Las normas adoptadas por el «Scottish Terrier Club» de Inglaterra dicen que todo peso superior a veinte libras ha de ser evitado... Pero los partidarios de gigantes no hacen caso y los mismos jueces siguen premiando a los que sobrepasan del peso reglamentario, y despreciando a los que tienen el justo límite. Esta manía de criar perros para exhibirlos es un atentado contra la herencia del verdadero «terrier», porque el privarlos de sus cualidades físicas: libertad de movimientos, agilidad y listeza, menoscaba su posibilidad de defensa contra sus enemigos y les hace perder la confianza en sí mismos. De aquí que se vean hoy día tantos «terriers» que parecen tontos. El verdadero «terrier escocés» es resuelto e impetuoso, desea siempre estar en movimiento, jugando, yendo y viniendo constantemente, o luchando; tiene un profundo sentido de investigación, un instinto de alerta a cualquier cosa que pase en torno suyo; no se le escapa nada y está siempre con los músculos en tensión. Es el verdadero carácter de los «terriers» y no hay «terrier» más listo y avisado que el «escocés»; diríase que tiene un fuego interior inextinguible que luce a través de sus ojos y da vida a su expresión, vigoriza su cuerpo y su constante actividad...

Vance sonrió de una manera vaga mirando a Markham.

—Veo que te estoy aburriendo, pero has tenido que poner tu cerebro en tan continua tensión esta mañana, que necesitas un poco de distracción. ¿Y qué cosa puede haber más distraída que hablar de perros? Y ya que de ellos estamos hablando, te diré que el «escocés» que Gamble encontró herido detrás del cortinaje, es de la más pura raza que pueda darse. Tiene sus defectillos como todos los perros; pero es el tipo que me gustaría poseer en mis perreras. Es pequeño, compacto, de bella simetría y no pasa de las diecinueve libras... ¡Pobrecillo! Ya no podrán exhibirlo ahora, aunque se cure, a causa de la cicatriz que le quedará sobre el ojo. No se merecía tan mal trato y espero que se vengará ayudándonos a encontrar el asesino.

Se levantó.

—Voy a telefonear, a ver cómo sigue.

Salió para volver al poco rato con cara de pascuas.

—Dice el doctor que no está tan mal herido como pensó al principio. Han bastado tres puntos de sutura. Ya come. No tiene fiebre. Le ha dado una inyección intravenosa de calcio-gluconate y, aparte del vendaje, mañana estará completamente bien.

Tomó unos sorbos de vino.

—Lo que quiere decir que mañana me espera mucho quehacer. Tendré que visitar el «American Kennel Club» y tal vez deba entrevistarme con algunos jueces.

—No veo qué relación...—empezó Markham.

—Pero la hay. No es una mera casualidad que un perro herido esté en una casa hostil a la misma hora de un asesinato. Y no es descabellado suponer que el asesino le dió acceso a ella, o accidentalmente, o con algún propósito. En los dos casos nos da una clave concreta. El dueño del perro, y especialmente las señas del propietario, nos dará una pista. Las andanzas del perro ayer noche arrojarán mucha luz sobre los movimientos de la persona que entró en casa de Coe... Y aun hay que tener en consideración otra cosa. Ni Brisbane ni Archer vieron el perro, porque de haberlo visto, lo hubiesen arrojado de casa inmediatamente, ya que detestaban a los perros.

—¿Y dónde nos lleva esa deducción?

—No muy lejos, de acuerdo; pero nos ayuda mucho. De la presencia del perro en la casa podemos sacar interesantísimas y luminosas conclusiones. Primero: que el perro no llegó antes que el asesino, porque Archer lo hubiese ahuyentado...

—Pero Archer pudo ser quien le dió el golpe.

—No diré que no, pero si hubiera sido él, no lo hubiese dejado detrás de la cortina, sino que lo hubiera tirado a la calle...

—¿Y Brisbane?

—A eso iba. Si hubiera sido Brisbane, es que el perro estaba ya dentro o lo siguió. Si estaba ya adentro y fué Brisbane quien lo hirió, éste fué muerto casi al mismo tiempo; porque de haber podido, hubiera arrojado al perro de la casa lo mismo que Archer. Además, en caso de que el perro estuviera allí y Brisbane lo hiriera, resulta que el asesino, o no vió el perro, o lo dejó allí con un determinado propósito. En cuanto a que el perro hubiera seguido a Brisbane, me parece muy poco probable. Éste le hubiera visto al abrir y no lo habría dejado entrar. Además, los perros no se deslizan por las puertas de la calle entre las piernas de un desconocido.

—Pero no hay duda de que siguió a alguien —objetó Markham,—a no ser que lo introdujesen deliberadamente.

—Eso es cierto y es un punto que me tiene perplejo. Pudo seguir a alguien, incluso a un desconocido, si éste le dejó la puerta abierta; pero no es probable que el asesino dejase abierta la de la calle; antes me imagino que tuvo la precaución de cerrarla bien. Tampoco creo que Brisbane la dejase abierta. Los dos, si cerraron la puerta inmediatamente, hubiesen visto al perro y lo hubieran ahuyentado. Por otra parte, el golpe que le dieron indica que su presencia no era deseada, antes al contrario, que causó sorpresa y acaso miedo a quien lo halló. Temiendo ser visto si lo arrojaba a la calle, obró impulsivamente y trató de matarlo antes que ladrase y llamara la atención. Desde luego, podemos deducir que el asesino se volvió contra el perro en defensa propia, y también podemos deducir que la presencia del perro no se descubrió hasta después del asesinato.

—Tu raciocinio es claro—dijo Markham,—pero no veo de qué nos sirve.

—De mucho—replicó Vance con alegría.—Elimina muchas posibilidades, limita ciertos movimientos del asesino y nos lleva a una interpretación hipotética de los dos crímenes: el asesinato de Archer y el asesinato de Brisbane.

—Perdona si, como un pobre jurista poco avezado en lógica, se me hace difícil seguir el hilo de tu razonamiento.

—Fíjate bien, Markham — dijo Vance con una paciencia inagotable.—Es muy improbable, por no decir imposible, que el perro haya podido seguir a nadie hasta el vestíbulo sin ser visto, y, desde luego, el asesino no habría dejado la puerta abierta. Si el perro hubiera sido admitido deliberadamente, no es probable que lo hubiesen herido y dejado tras el cortinaje. Y como el asesino no hubiese dejado la puerta abierta, hemos de suponer hipotéticamente que entró por la puerta de atrás, lo que estaría de acuerdo con la índole del crimen. Pudo entrar por la puerta de proveedores con mucho menos peligro de ser visto que subiendo la escalinata, y con la ventaja de coger a sus víctimas más desprevenidas. Además, no es improbable que dejase la puerta de la verja y la de atrás abiertas para poder huir sin hacer ruido. En este caso, el perro pudo haberlo seguido fácilmente sin ser visto ni oído. El mismo lugar donde el perro fué hallado, junto a la puerta de la biblioteca, es de una gran lógica, porque debió de llegar a la habitación de la biblioteca atravesando la cocina y el comedor.

Markham movió la cabeza lentamente

—Sí, todo eso está muy bien; pero hasta ahora sólo tenemos la aceptable suposición de que el asesino entró por detrás. Eso no nos acerca a la víctima.

—¡Pero cuidado que eres desalentador!—suspiró Vance.—¿Pero no ves que este insignificante descubrimiento, o llamémosle conjetura, nos lleva a la identificación del culpable?

—¡Tantos podrían haber pasado por la parte de atrás!

—Mientras conociesen el terreno, la costumbre de la servidumbre y se hubieran proporcionado una llave, y mientras supiesen que aquella noche todos los criados estaban fuera. Sí, Markham, ese perrito ha simplificado nuestras investigaciones; nos ha permitido atar muchos cabos; nos ha ayudado enormemente, y creo que aún nos dirá más cosas.

Eran las tres y media cuando volvimos a casa de Coe. El sargento iba de un lado a otro dando órdenes y, en aquel momento, bajaba Gamble del segundo piso con una caja de herramientas, acompañado de Burke.

—¿Está ya listo?—preguntó Heath, plantándose ante Burke

—Perfectamente, sargento—contestó éste.—La puerta y la cerradura han quedado como estaban antes.

Heath se volvió a Vance.

—Tengo algo para usted—le dijo, indicando con un guiño la biblioteca y conduciéndonos hasta la mesa central.—Aquí está el atizador y tiene sangre.

Vance se inclinó para examinarlo, le arrancó algo con el pulgar y el índice y se acercó a la ventana.

—Sí, hay sangre y un pelito. Con este hurgón, Markham, hirieron al perro e, indudablemente, lo descargaron también en la cabeza del señor Archer Coe. La forma de este chisme coincide con la herida contusa de Archer.

Frunció el ceño y se quedó mirando el jarrón manchado de sangre.

—Y, Markham, este atizador es de esta sala y estaba colocado junto a la chimenea frente por frente al sitio que ocupaba Archer en este diván cuando Gamble salió anoche. Prueba de que algo horrible precedió al crimen de arriba *Algo que tuvo lugar en esta sala.*

—Pudieron llevar arriba el hurgón, señor—sugirió Heath.

—Oh, sí, sargento—convino Vance.—Pero y el jarrón *Ting yao* Sung de esa mesa, con sangre, y el otro *Ting yao* Yung Cheng, con manchas de sangre dentro, y el perro ante la puerta, ¿qué significan...? Todo esto no se ha encontrado arriba. No, todo converge en la biblioteca.

—Y no obstante—advirtió Markham, malhumorado—el cadáver de Archer Coe se encontró arriba, con la ropa cambiada, las luces encendidas y la puerta cerrada por dentro.

—Sí—apoyó Heath,—y con un arma en la mano y una bala en la cabeza.

—Ya sé todo eso, sargento—replicó Vance —Ese es el rompecabezas de este crimen, que todos los rastros indican la biblioteca como el lugar del suceso y el muerto está en otra parte.—Levantó los hombros como si tratara de desprenderse de una idea desagradable, y preguntó:—A propósito, sargento, ¿dónde encontró el hurgón?

—Lo raro del caso, señor, es que usted lo miró esta mañana y no lo vió.

—¿Qué es eso?—exclamó Markham.

—La verdad, mi jefe. *Mister* Vance abrió esta mañana el arcón chino y miró dentro.

Vance se revolvió nervioso.

—¿Qué quiere decir, sargento?

—Nada, que encontré el atizador en el arca...

—¿El arcón de madera de teca que está entre las ventanas de la parte oriental?

—¿No es el único que hay en el dormitorio, *mister* Vance?

—¿Y allí encontró usted el hurgón?

—Eso es lo que le estoy diciendo.

Biblioteca Nacional de España

Vance se sentó y estuvo fumando un rato.

—¿Quién ha entrado en el dormitorio, sargento, mientras estábamos comiendo? — preguntó por fin.

—Nadie, señor—contestó Heath, enfático.—Burke no se ha movido de allí en todo el tiempo, y el mayordomo le ayudó a arreglar la cerradura, pero no entró más allá de tres pasos. Y fuí yo y nadie más quien registró la habitación.

Markham se acercó a Vance para decirle:

—¿Qué piensas, Vance? ¿Por qué te sorprende tanto que el sargento encontrase arriba el hurgón?

—Porque, amigo, el arcón estaba vacío cuando lo miré esta mañana.

CAPÍTULO XIII

EL PERFUME DEL LÁPIZ DE CARMÍN

(Jueves, 11 de octubre; a las 3 y media de la tarde)

La declaración de Vance nos dejó a todos confusos. Un nuevo elemento misterioso venía a añadirse al caso y confieso que en mi vida hubiera llegado a descifrar el nuevo enigma. Markham fué el primero en hablar:

—¿Estás seguro, Vance? Quizá no te fijases bien...

—No, no—dijo Vance en tono que no admitía discusión.—No estaba allí. Alguien lo puso después que yo examiné el arcón.

—¿Pero quién, en nombre de Dios?

—¡Vamos, vamos, Markham!—contestó el otro con amarga sonrisa.—¿Quién va a saberlo? Es algo desconcertante. Pero diría que fué la misma persona que dejó la daga bajo el cojín del asiento donde murió Archer.

—¿La daga?

—Sí, sí, la daga. El hurgón nos explica el misterio de la daga. La daga no pertenecía al dormitorio de Archer. Al contrario, su presencia allí me llenaba de confusión. Tanto la daga como el hurgón pertenecían a la biblioteca, y no estaban aquí, sino donde no debían estar, donde era imposible que estuviesen... ¿Por qué estaban allí? Por un error, por un aturdimiento, por una ligereza de alguien. ¿A causa del pánico? No puede obedecer a otra causa el cambiar los objetos de sitio. Una idea estúpida. La gente cree que cambiando los objetos de puesto engendran una confusión, cuando no hacen sino poner en claro las cosas.

—Me alegro que veas alguna claridad en todo esto. Yo cada vez estoy más a oscuras.

—Pero aun no veo tanta luz que me ciegue la claridad. Pienso...

El sargento intervino irascible en la discusión.

—Si alguien escondió arriba la daga y el atizador, me gustaría saber quién tuvo la oportunidad para hacerlo.

—Cualquiera puede haberlo hecho, sargento —replicó Vance, blandamente.—Tanto Wrede como Grassi han pasado por delante del dormitorio mientras nosotros estábamos aquí.

Heath reflexionó un momento.

—Es verdad. ¿Recuerda usted que, cuando *miss* Lake entró en el dormitorio la primera vez, corrió a la butaca y puso el brazo por detrás de la espalda del cadáver? Ella pudo ocultar la daga bajo el asiento a la vista de todos nosotros.

—Cierto, y pudo bajar del tercer piso, mientras estábamos en la biblioteca, y esconder la daga cuando no podíamos verla.

—Sí, ya veo que cualquiera pudo hacerlo... Y ese tuno de mayordomo pudo también hacerlo.

—Y no se olvide del chino. Gamble lo mandó a buscar la bandeja del desayuno de *miss* Lake mientras todos estábamos aquí abajo.

Heath dió un brinco.

—¡Ya lo tenemos! ¡Ese es el pájaro!—exclamó.

—Un momento, sargento — dijo Markham, conteniéndole con un ademán para dirigirse a Vance.—Si como tú crees han sacado de aquí la daga y el hurgón para esconderlos arriba, se desprende que el asesino es una de las personas que han estado aquí esta mañana.

—No precisamente eso — negó Vance, moviendo la cabeza con calma.—De que se hayan cambiado de lugar esos objetos no se desprende que quien lo hizo sea el asesino. Pudo hacerlo cualquiera para encubrir a otro o para alejar de sí las sospechas. Puede haber sido un acto de miedo o de caballerosidad de un inocente.

—Aun así—prosiguió Markham,—el cambio de las armas significaría que alguien de la casa sabe más de lo que nos ha dicho.

—Hay en la casa varias personas que saben más de lo que han confesado... No, no fué un acto irreflexivo de algún otro, *de alguien que no conocía todos los hechos.*—Vance se levantó, dió una vuelta por la biblioteca y se reintegró a su puesto.—Sí, Markham, el asesino es demasiado listo para ocultar las armas donde nunca debieron estar... El asesino deseaba que el arma fuese hallada en esta biblioteca. Por eso trató de esconder la daga dos veces, la primera en el jarrón *Ting yao,* fino como cáscara de huevo, y la segunda en el *Ting yao* Yung Cheng. Y deseaba que el hurgón se hallase en la chimenea, con sus manchas de san-

—Aquí está el atizador y tiene sangre

Biblioteca Nacional de España

gre. Deseaba que las armas fuesen halladas en esta habitación, donde estaba sentado Archer Coe cuando Gamble salió de casa. El lugar del crimen para él era esta sala. Pero sobrevino algo que desplazó el escenario del crimen, algo extraño y diabólico cuyo resultado fué el descubrimiento del cadáver, con una bala en la cabeza y un revólver en la mano, en el dormitorio de arriba. Y cuando el asesino volvió a entrar, ya era demasiado tarde para arreglar el escenario a su gusto...

—¿Volvió a entrar? ¿Demasiado tarde?—repitió Markham.—¿Qué quieres decir?

—Pues eso—contestó Vance, mirando al Fiscal del Distrito.—Volvió a entrar, porque tuvo que volver a entrar. Brisbane halló la muerte horas después que Archer. Y la razón de que fuese demasiado tarde para rehacer la escena del crimen es que la puetra de Archer estaba cerrada por dentro.

»La escena de su crimen había cambiado y él, el asesino, se encontró cerrado fuera. Anoche sabía él que ni la daga ni el hurgón habían de hallarse en el dormitorio. No fué, pues, él quien los puso allí esta mañana...

En aquel momento apareció Gamble por la puerta de acceso a la despensa, con cara de preocupación y de súplica.

—¿Qué noticias trae, Gamble?—dijo Vance, alentador, al verlo indeciso.—Estoy seguro que tiene algo que decirnos.

—Perdone, señor, si interrumpo—empezó el mayordomo;—pero me ocurre algo... En otras circunstancias no hubiera pensado ni poco ni mucho, pero en vista...

—¿Qué es eso?—preguntó Markham.

—Es... es esto—balbució Gamble, dejando en la mesa un pequeño lapicero de metal cilíndrico, de carmín para los labios.—Lo encontré en el cesto de los papeles de la biblioteca esta mañana, antes de descubrir el cadáver del señor arriba, y lo tiré. Pero hace poco empecé a pensar en este terrible asunto...

Vance examinó el lapicero de carmín para los labios.

—¿Qué más encontró en el cesto, Gamble?

—Nada más que eso, señor, y el periódico de la noche.

—¿Qué periódico de la noche?

—El que nos traen diariamente. Lo puse en esta mesa para *mister* Coe antes de marcharme ayer.

Vance volvió a examinar el lapicero y lo manejó.

—Casi está vacío—observó,—y como no es de oro, ¡al cesto!—Frotó un poco el dedo en el carmón y lo olió.—Carmín Duplaix. Para las rubias... muy interesante.

Miró a Gamble y le preguntó:

—¿Dónde encontró esto, debajo del periódico o encima?

—Encima — contestó el mayordomo, algo sorprendido.—El periódico estaba arrugado en el fondo. *Mister* Coe siempre lo tiraba después de leerlo. Nadie más en la casa leía el diario de la noche.

—¿Y a qué hora llega el periódico?

—Siempre a las cinco y media.

—¿Y cuándo salió usted de casa?

—Entre cinco y media y seis, señor. No lo sé con exactitud.

—¿Y está seguro de que *mister* Archer Coe no tenía una visita a esa hora?

—Completamente seguro, señor. Como les dije...

—Sí, ya sé que nos lo dijo. Pero parece que ha estado aquí una señora... ¿Sabe si *mister* Coe podía tener una cita con la posible dueña de este lapicero?

—¿Una cita con una señora?—preguntó el mayordomo, inexplicablemente sorprendido.—No, señor, estoy seguro de que *mister* Coe no tenía semejante cita. Era, no sé si me comprenderá usted, un señor muy abstemio.

Vance lo despidió bruscamente.

—Nada más, Gamble.

Cuando el mayordomo hubo salido, Vance dirigió a Markham una mirada vaga.

—Me parece, amigo, que, a pesar de lo que diga Gamble, Archer tuvo aquí una mujer entre seis y ocho, que probablemente fué la hora que lo mataron.

Markham dobló los labios en una mueca.

—¿No es una conclusión precipitada? El mismo Archer pudo tirar el lapicero, si lo dejó por aquí *miss* Lake...

—¡Hombre, hombre! ¡Eso sí que no! Estoy seguro que *miss* Lake no usa carmín y si lo usa no tiene este perfume ni este color tan subido...

De nuevo intervino el gruñón sargento arrebatadamente:

—No veo la importancia de todo eso. Si el hombre recibió la visita de una mujer, nos quedamos tan a oscuras como antes.—Se puso un cigarro en la boca y dirigió a Vance una mirada curiosa, casi agresiva.—¿Qué me dice del cerrojo de la puerta de arriba? ¿No tenía alguna idea, *mister* Vance, cuando me ordenó arreglarla?

—Tenía una idea vaga, sargento. Nadie muere asesinado con la puerta cerrada con cerrojo, sino en las novelas, y algo que dijo *miss* Lake, hizo pensar que tal vez podría hallar una solución a esta circunstancia tan falta de lógica.

—¿Qué dijo? — preguntó Markham seca mente

—Cuando hablaba de Brisbane, recordarás que dijo que le interesaban mucho los problemas de criminología y que era lo suficiente listo para no dejar huellas en caso de decidirse a cometer un asesinato. Es una observación muy significativa, Markham.

—No le veo la punta—advirtió Markham, perplejo.—Brisbane es la víctima y no el asesino.

—Yo no lo tengo en consideración como culpable. Yo pienso en los comentarios de *miss* Lake como en otras tantas tangentes.

—Me parece que siempre estás pensando en tangentes—gruñó Markham.—¿No podrías explicarte más claro?

—Vivo de esperanzas—replicó Vance.—Deja que haga unas preguntas a *miss* Lake. Me gustaría completar las noticias sobre los conocimientos de Brisbane acerca de la criminología. ¿Qué te parece si eligiésemos el dormitorio para escenario del interrogatorio.

Markham hizo un gesto ds resignación y todos nos dirigimos a la escalera. Heath mandó a Gamble en busca de *miss* Lake, y momentos después se nos reunía en el dormitorio.

—¡Aún no han cogido al villano?—preguntó ella al entrar, con cierta sorna.—¡Qué lástima!

Vance le acercó una silla, como si no hubiera oído.

—Deseábamos preguntarle, *miss* Lake—empezó él, muy serio,—qué quiso decir cuando nos habló de que su tío Brisbane estaba muy bien impuesto en materia de criminología, como creo que fueron sus propias palabras.

—¿Eso es todo?—exclamó ella en tono de alivio.—Era una de sus chifladuras. Le interesaban enormemente los problemas intrincados. De haber tenido más tiempo y más paciencia hubiera sido un excelente ajedrecista.

—¿De qué modo manifestaba su afición a la criminología?—preguntó Vance, como distraído.

—Leyendo—dijo la joven, abriendo ligeramente las manos.—Que yo sepa nunca practicó el arte criminal. En el fondo era una persona respetable aunque inclinado a veces al fanatismo.

—¿Qué leía principalmente?

—Casos de delincuencia, procesos judiciales, novelas detectivescas y cosas por el estilo. Hay muchos volúmenes en su habitación. ¿Por qué no los ven? Allí encontrarán toda la triste historia.

—Estoy tentado de seguir su consejo—dijo Vance.—¿También a usted le interesan los libros de su tío Brisbane?

—Mucho. No hay nada interesante en esta casa. No irán a creer que haya leído esos latosos volúmenes sobre cerámica, de la biblioteca.

—Así, ¿también usted está impuesta en materia de criminología?

La joven dirigió a Vance una mirada penetrante y se echó a reir.

—Si usted se empeña...

—¡Ah, entonces podría ayudarnos! — dijo Vance con aire festivo.—Ardemos en deseos de saber cómo pudo cerrarse esa puerta por dentro, ya que Archer no pudo hacerlo con una bala en la cabeza.

—O con una puñalada en la espalda—añadió ella, poniéndose seria de repente.—Pero pudo hacerlo antes de recibir el balazo en la cabeza.

—No, pues entonces ya estaba muerto—replicó Vance, que también se había puesto serio y no apartaba de ella la vista.

—¿No ha leído nada del espasmo cadavérico o del *rigor mortis*?—preguntó ella, despectiva.—Se ha dado el caso de hombres muertos que se han disparado un tiro horas después de ocurrir la muerte como resultado de una contracción muscular.

Vance movió la cabeza afirmativamente, pero no cambió de expresión ni dejó de mirarla.

—Ciertamente. Tenemos el famoso caso de Praga: un suicida que mató después de muerto al inspector de Policía, y otro caso más reciente ocurrido en Pennsylvania... Pero no creo que eso sea aplicable a nuestro caso. Archer, como usted sabe, murió de una puñalada a la espalda, y la posición de su mano con el revólver no era la indicada para que él mismo disparase.

—Tal vez tenga razón. Algún otro cerraría la puerta. Es un complicado problema, ¿no le parece?—dijo ella, hablando con cínica ligereza.

—¿Está segura de que no puede ayudarnos a resolverlo?

—Me halaga usted con exceso—contestó ella, dirigiendo a Vance una sonrisa melindrosa.—Conozco los procedimientos más corrientes. El cordel, por ejemplo, que pasa bajo la puerta, atado a un clavo cruzado con el ojo de la llave. Pero aquí no hay espacio bajo la puerta, que casi roza con el suelo, ni hay llave; hace años que no la hay. Conozco el procedimiento de la vela que se consume y deja caer el pestillo; pero aquí no se trata de esa clase de cerradura; tenemos también el procedimiento del trocito de hielo que se funde, pero tampoco puede aplicarse a nuestro caso, por tratarse de un cerrojo corredizo.

Adoptó un aire reflexivo y miró a Vance con una expresión de seria interrogación.

—He pensado en esa puerta durante horas —dijo formalmente—y no puedo explicarme cómo la cerrarían. Con tío Brisbane y *mister* Wrede solíamos hablar de esas triquiñuelas criminales, y a veces tratábamos de realizarlas; pero nunca se nos ocurrió nada para cerrar por fuera esa puerta.

Vance se quitó el cigarrillo de la boca con afectada calma.

—¿Quiere decir que usted y su tío Brisbane y *mister* Wrede hablaban sobre la posibilidad de cerrar desde fuera esa puerta precisamente?

—Ya lo creo—contestó con entera franqueza,—muchas veces. Pero convinimos en que no llegaríamos a tener éxito

Vance se quedó vacilando y no sé por qué me estremecí. Tuve la impresión de que nos acercábamos a algo que estábamos buscando, pero a algo siniestro. La voz fría de Vance me volvió a la realidad.

—¿Oyó alguien esas discusiones?

—Nadie más que tío Archer—contestó Hilda Lake, vuelta a su frialdad e indiferencia.—Siempre se burlaba de nuestras conversaciones.

—¿Y Liang?—preguntó Vance, sin darle importancia.

—¿El cocinero? ¡Oh! Supongo que oiría nuestras charlas. Creo que a veces hablábamos de esos horribles temas durante la comida.

—Y ahora se ha resuelto el problema que les tenía preocupados—dijo Vance, levantándose para acercarse pensativamente a la puerta que abrió de par en par.—Lástima... Gracias, *miss* Lake. Procuraremos no estorbarla

Biblioteca Nacional de España

más que lo indispensable. ¿No tendrá inconveniente en permanecer en su habitación hasta la hora de la cena?

—Y si lo tuviera de poco me valdría—dijo ella en tono de resentimiento, acercándose a Vance, ante quien se volvió para preguntar en tono agresivo:—¿Me permiten que vaya a buscar un libro a la habitación de tío Brisbane para entretener mis horas de arresto?

La mirada de Vance no se alteró.

—Lo siento en el alma—negó cortés,—pero más tarde le mandaré todos los libros que desee. Antes voy a echarles una ojeada.

La mujer giró sobre sus talones y se alejó sin decir palabra. Vance esperó hasta que se oyó cerrar de golpe la puerta de su habitación, y luego volvió a entrar.

—No es una señorita muy delicada, pero no puede negarse que es una mujer de buenas prendas. Es curioso que nos haya contado las discusiones con Brisbane sobre la posibilidad de cerrar la puerta desde fuera. Esto oculta algo, Markham. La joven tiene ideas. Pero ¿por qué se habrá mostrado tan bien dispuesta en nuestra ayuda? ¿Y esa indicación sobre el *rigor mortis* y el revólver?... ¡Sorprendente!

—Si quieres que te diga lo que pienso—observó Markham,—esa chica sabe o sospecha más de lo que dice, y trata de desorientarnos.

Vance se quedó un momento pensativo.

—Es posible — dijo al fin. — Y por otra parte...

Markham estaba visiblemente perplejo.

¿Tienes alguna idea?—preguntó.—¿Qué hacemos ahora?

—¡Oh! Lo más indicado—contestó Vance, lanzando un suspiro. Por penoso que pueda resultar, yo he de pasar la vista por los libros de Brisbane.

Markham suspiró a su vez hondamente y se levantó.

CAPÍTULO XIV

LAS COMPROBACIONES DE VANCE

(Jueves, 11 de octubre, a las 4 de la tarde)

Entramos en la habitación de Brisbane Coe, situada en la parte anterior de la casa, orientada a poniente. Era una sala larga parecida a la de Archer con un balcón a la calle. El mobiliario era sencillo, pero las grandes vitrinas de roble, arrimadas a la pared, le daban un aspecto macizo. Ocupaba una de las paredes una estantería que contendría tres o cuatrocientos volúmenes, cuidadosamente colocados.

Vance descorrió las cortinas de las ventanas, cogió una silla, se subió a ella y se puso a leer los títulos. Yo hacía otro tanto a su lado, mientras Markham y Heath, sentados en un diván frente a la chimenea nos miraban con aire de aburrimiento. Para tan pocos volúmenes de criminología, la colección de Brisbane Coe resultaba extraordinariamente completa. Tenía la «Enciclopedia Policíaca» de Scotland Yard, por Hargrave L. Adam, el Calendario completo de Newgate; el Manual de Magistratura del Dr. Hans Gross; «Crímenes Célebres», de Dumas; «Causes Célebres et Interessantes, avec Jugements qui les ont decidés», de Gayot de Pitaval; «Recueil de Causes Célebres», de Maurice Mejan, y varias obras alemanas, entre ellas la «Encyklopädie der Kriminalistik», de Kurt Lengenscheidt; «Aus dem Archiv des Grauen Hauses», del Dr. Ludwig Altmann, etc., etc., y varios volúmenes de miscelanea sobre los criminales y sus métodos; pero muy poco sobre la psicología del crimen y medicina legal. A juzgar por aquellas obras, se sacaba la impresión de que Brisbane hubiera tenido más práctica que teoría del crimen. Las tres estanterías más bajas estaban dedicadas a los clásicos de la novela detectivesca, desde Gaboriau y Poe a Conan Doyle y Austin Freeman.

Vance leía los títulos con cuidado, pero con rapidez. Apenas había allí libro que él no tuviera en su biblioteca. Dedicó poca atención a las novelas. No sabíamos lo que buscaba, pero estábamos seguros de que perseguía un objeto definido. Al cabo de cinco minutos de examinar los lomos de los libros, se sentó a encender un cigarrillo.

—Sé que ha de estar aquí—murmuró como hablando consigo mismo,—a no ser que se lo hayan llevado...

Se levantó, volvió a subirse a la silla y estuvo pasando el dedo por una obra en varios volúmenes, cuyos dorados títulos rezaban: «Aussenseiter der Gesselschaft», hasta que hizo un gesto de contrariedad y saltó de la silla.

—Falta un volumen — dijo. — A ver... — y, arrodillándose, pasó cuidadosamente la vista por la sección de novelas.

Al llegar a la fila inferior, alargó la mano y cogió un volumen encarnado y con letras doradas, y al mirar los libros entre los que estaba aquel volumen extraviado de la obra «Aussenseite de Gesellschaft», lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡Caramba! ¡Esto sí que es interesante! —Y cogió un libro encuadernado en tela roja.— «El secreto del Alfiler», por Edgar Wallace, —leyó en voz alta.—Pero nosotros tenemos dos

—O con una puñalada en la espalda—añadió ella

Biblioteca Nacional de España

alfileres y una aguja de coser. ¿No te parece sorprendente, Markham, que el volumen perdido se halle precisamente al lado de una obra que habla de alfileres?

Markham se quitó el cigarro de la boca, se levantó y se quedó mirando muy serio a Vance.

—Ya sé lo que quieres decir. Que Brisbane, con la ayuda de estos libros de criminología, encontró la manera de cerrar desde fuera la puerta de Archer, sirviéndose de esos hilos y agujas.

—Brisbane o algún otro. Fué una operación perfectamente técnica. «Der Merkwüdige Fall Konrad»—leyó—«por Kurt Bernstein». No sé quién puede ser ese Konrad ni las diabluras que pudo hacer... Dejemos para luego el pasado criminal de Konrad. Prefiero ver qué nos dice Wallace, si tenéis la bondad de esperarme un momento.

Markham hizo un gesto de asentimiento.

—El sargento y yo esperaremos abajo. He de telefonear.

Los tres dejamos a Vance a solas con sus libros y al cerrar la puerta vi que se acomodaba en el diván, dispuesto a leer. Una hora más tarde se asomó a la escalera y nos llamó. Nos reunimos con él en el dormitorio de Archer. Tenía consigo los dos libros y vi que les había puesto señales.

—Creo haber hallado la solución a una fase de nuestro problema—empezó muy serio cuando nos hubimos sentado.—Pero aun nos dará un poco de trabajo. Wallace nos ofrece el caso de un hombre a quien se encuentra muerto con la puerta cerrada y la llave de la cerradura sobre la mesa que está ante él. La puerta se cerró por fuera, desde luego... Ved cómo lo explica: «*Sin hablar más sacó algo del bolsillo: un carrete de hilo fuerte de algodón. Luego se sacó una aguja del chaleco y con mucho cuidado y aire solemne ató el hilo al extremo de la aguja, mientras Tab lo miraba intensamente. Mientras trabajaba, Rex Lander tarareaba una canción, como si estuviera atareado en el trabajo más inocente. De pronto clavó la punta de la aguja en el centro de la mesa y tiró del hilo que había atado, quedando satisfecho del resultado. Desenrolló una buena tira de hilo y cuando tuvo bastante, lo pasó por el ojo de la llave, enhebrándola, y fué alargándolo hasta más allá de la puerta. Luego, dejando la llave en el suelo, dobló el hilo y fué desenrollándolo en sentido contrario, pasó los dos hilos por debajo de la puerta, y, por la parte de adentro, hizo pasar el otro cabo por el agujero del ventilador. Entonces cerró la puerta con cuidado. Había dejado hilo de sobra en la parte de fuera para que la llave llegase a la cerradura, y Tab, que estaba dentro observando la puerta como alucinado, se estremeció al oír el ruido de la llave al girar en la cerradura. En seguida vió que Lander tiraba del hilo por el agujero del ventilador y de pronto vió aparecer la llave arrastrando por debajo de la puerta, levantarse en el aire, suspendida del hilo, y cuando estuvo sobre el nivel de la mesa, deslizarse por el hilo tirante e inclinado hasta llegar al centro de la mesa. Unos tirones cada ved más fuertes, y por fin se desprendió la aguja, pasó por el ojo de la llave, dejándola en el mismo centro de la mesa, cayó al suelo y un momento después desapareció por el agujero del ventilador...*» Así explica Wallace su puerta cerrada.

—Pero—objetó Markham—había un ventilador en la puerta y un espacio bajo ella, y esas condiciones no se dan aquí.

—Bueno, pero no pierda de vista que hay un hilo y una aguja, que son elementos comunes de los los problemas... Vamos a ver si podemos combinar estos elementos con otros elementos comunes del caso de Konrad — dijo abriendo el otro libro.—Konrad era un faquín berlínés hace cerca de cincuenta años. Su mujer y cinco hijos fueron hallados muertos en su piso, cuya puerta estaba cerrada por dentro con cerrojo, sin que tuviese ojo de la cerradura ni el menor intersticio. En seguida se vió en aquello un caso de suicidio y asesinato por parte de la madre, y Konrad se hubiera casado con su *enamorada*, sin la intervención de un juez instructor llamado Hollmann, quien, por razones que no hacen el caso, no creyó que se tratase de un suicidio y quiso investigar cómo pudo cerrarse la puerta desde fuera... Aquí está el relato de su descubrimiento. Lo leeré si tenéis paciencia para escuchar mi mala traducción del alemán: «*Hollmann, convencido de que la señora Konrad no había matado a sus hijos ni se había suicidado, decidió, en último recurso, someter la puerta a una miscroscópica inspección. Pero no había el menor resquicio y la puerta ajustaba tan bien en el batiente, que ni un papel podía pasar. Hollmann examinó minuciosamente toda la parte con una lente de gran potencia. Le costó horas de trabajo. Pero al fin halló la recompensa. Sobre el cerrojo y casi al borde de la puerta, encontró por la parte de adentro un agujerito apenas perceptible. Abrió la puerta y al examinar la parte que correspondía por el otro lado al agujerito, vió que éste no travesaba, pero allí mismo notó como una pincelada de pintura más reciente que la del resto de la puerta. Hizo que las vecinas le prestasen una aguja de sombrero y con un poco de presión, la aguja penetró por el agujero y asomó por el otro lado, precisamente en el centro de la pincelada de nueva pintura. Además, cuando Hollmann sacó la aguja vió que se había adherido a ella una hebra de crin y también era perceptible un poquito de cera... Resultaba claro que Konrad había cerrado la puerta desde fuera, haciendo un agujerito por donde pasó un cordel de crin que sujetaba el cerrojo; éste cedió cuando Konrad tiró de los dos extremos y al sacarlo tirando de un cabo se le quedó uno de los pelos en el agujero. Luego lo había llenado de cera y lo pintó por fuera, eliminando así todo rastro del crimen. Quedó luego convicto de haber matado a su familia, siendo sentenciado a muerte y ahorcado...*»

Cuando Vance acabó de leer, Heath se puso en pie.

—Ahora lo entiendo—dijo dirigiéndose a la puerta para examinarla.

—No hay ningún agujero sobre la cerradura, sargento—advirtióle Vance sonriendo.—No hace falta, con el ojo de la cerradura.

—Pero está debajo y por más que se tire de un hilo desde fuera no correrá.

—Tiene razón, sargento. Pero ahí está la diferencia de la trampa. La persona que ideó cerrar esa puerta tuvo en cuenta los más minuciosos detalles. No olvide que tenemos dos hilos y dos agujas.

—Bueno, pues, no lo entiendo—gruñó Heath sin dejar de examinar la puerta.—Los casos de esos dos libros son muy claros, pero no tienen aplicación aquí.

—Tal vez tengan aplicación los dos combinados. Mire la jamba a mano derecha en línea recta del cerrojo. ¿No ve nada?

Heath miró cuidadosamente, valiéndose de su lente de aumento y de su linterna eléctrica.

—No veo gran cosa... Junto a la línea que forma el marco con la pared, hay algo que podría ser el agujerito de una punta de aguja.

—Eso es, sargento—dijo Vance, que se levantó para acercarse a la puerta a donde le seguimos Markham y yo.—Voy a probar el procedimiento que tengo ideado.

Todos nos quedamos contemplándole como fascinados. Sacó del bolsillo los dos hilos con los alfileres torcidos y la aguja de coser que halló en el bolsillo del abrigo de Brisbane Coe. Con ayuda de una navajita de bolsillo enderezó el alfiler que estaba doblado por la punta, lo metió en el agujero que Heath había descubierto y con el mango de la navaja le dió unos golpes para asegurarlo. Luego enhebró la aguja de coser con el extremo del hilo y la pasó por el agujero de la cerradura, quitándola luego y dejando el hilo colgando hasta el suelo por la parte del vestíbulo. Después de esta operación puso el otro alfiler en forma de gancho en la espiga de la mano del cerrojo, pasó el hilo por el alfiler clavado en la pared y enhebró la aguja con el segundo cabo, pasándola del mismo modo por el agujero de la cerradura a la parte de fuera. Luego abrió la puerta lo suficiente para poder pasar al otro lado por debajo de los hilos que colgaban.

—A ver si resulta la estratagema—dijo reprimiendo su emoción.—Ustedes quédense dentro, mientras yo muevo los hilos desde fuera.

Pasó agachándose y cerró la puerta suavemente, mientras nosotros, desde dentro fijamos la vista en los hilos.

En seguida vimos que el hilo sujeto a la mano del cerrojo se ponía tirante al estirarlo Vance suavemente a través del ojo de la cerradura. Pasando por el alfiler clavado, que servía de punto de apoyo, el hilo describió un ángulo agudo, con el alfiler como vértice. Vance seguía estirando el hilo desde fuera y el cerrojo empezó a deslizarse bajo la presión del hilo hasta llegar al tope. ¡La puerta estaba cerrada!

En seguida vimos que otro hilo, el que estaba atado al alfiler clavado en la pared, se ponía tirante. Varios tirones fueron abatiendo el alfiler, que resistía, hasta que se desclavó y desapareció por el ojo de la cerradura. Por fin empezaron los tirones del otro hilo, y la mano del cerrojo cedió a la tirantez y cayó en su ranura, motivando que se desprendiese el alfiler corvo, que a su vez desapareció por el mismo camino que el otro.

Markham, Heath y yo quedábamos cerrados dentro tan limpiamente como si nosotros mismos hubiéramos corrido el cerrojo. Y no quedaba la menor prueba, salvo el inapreciable pinchazo de aguja en la pared, de que no habíamos cerrado por dentro.

La comprobación de Vance nos pareció interesantísima y al propio tiempo siniestra, por que nos daba una clara idea de los recursos y de la sagacidad del adversario con quien nos las teníamos que ver.

Pasado el primer momento de estupefacción, el sargento abrió la puerta.

—¿Vale?—preguntó Vance entrando.

—Vale—gruñó el sargento, encendiendo el cigarro que se le había apagado entre los labios.

CAPÍTULO XV

ATENTADO FRUSTRADO

(Jueves, 11 de octubre, a las 5,30 de la tarde)

Markham estuvo largo rato sumido en reflexiones, y por fin observó sin levantar la cabeza, que tenía apoyada entre las manos:

—No cabe duda, Vance, que el procedimiento para cerrar la puerta desde el vestíbulo nos explica una fase del problema; pero no veo que nos acerque a la solución del doble asesinato. Después de todo, Brisbane, es una víctima. ¿Qué interés podía tener en dejar encerrado a su hermano por dentro?

—Realmente, no lo entiendo—dijo Vance, que parecía tan perplejo como el otro.—A lo mejor no la cerró Brisbane. El hecho de encontrarse los hilos en su bolsillo no significa mucho... pero...

—Si quieren mi opinión—apuntó Heath,—

Biblioteca Nacional de España

les diré que fué el chino. Los chinos saben muchas tretas. No hay más que ver los rompecabezas que se inventan.

En aquel momento se oyó abrirse la puerta de la calle y la voz de Burke que llamaba al sargento desde el vestíbulo inferior. Uno de los agentes destacados aquella tarde para comprobar la coartada de *miss* Lake y de Grassi, llegaba con noticias. Era Emery, de la Brigada Criminal, que había trabajado en otros casos en que Vance intervino. Su informe fué breve y sustancioso.

—He hablado con el doctor Montrose en el Metropolitano. Ese Grassi llegó allí poco después de las cuatro, y los dos fueron a casa del doctor, en la calle 86 del Este, cenaron juntos y el italiano se despidió a las ocho, diciendo que tenía una cita a las nueve en Mount Vernon, y preguntando al doctor por la estación Grand Central.

Emery sacó un cuaderno de apuntes y lo abrió.

—Me dirigí luego al Crestview Country Club y hablé con el conserje. Después de muchos rodeos me presentó al jefe del servicio y al portero. Los dos recordaron al italiano, relacionándolo con *miss* Lake, supongo, y les parecía que había llegado tarde, a eso de las once. La pareja se marchó a las doce y media... Y eso es todo lo que traigo.

Heath miró a Markham haciendo una mueca.

—Concuerda con su declaración. Pero me gustaría saber qué hizo entre ocho y once y no hay manera de saberlo sino con una tunda de palos.

—Anduvo perdido entre nuestro complicado sistema de transportes, de acuerdo con sus declaraciones—dijo Vance sonriendo. Y añadió, volviéndose a Emery:—¿No le dijo el doctor Montrose nada más de lo que hablaron, aparte de la pregunta que le hizo sobre la dirección de la estación Grand Central?

—Sólo me dijo que durante la comida llamaron al italiano por teléfono.

Cuando el agente hubo salido, Vance fué al teléfono y llamó al doctor Montrose a su casa. Al terminar la conferencia, que duró pocos minutos, colgó el auricular y empezó a pasear de un lado a otro.

—Esa llamada telefónica es muy extraña—murmuró.—El doctor Montrose dice que Grassi dejó el aparato muy turbado, que apenas terminó de cenar por la prisa que tenía de marcharse. El teléfono está casi junto a la puerta del comedor y Montrose no pudo dejar de oír algunas palabras de la conversación de Grassi. Dice que protestó enérgicamente contra lo que le decían por teléfono, lo calificó de ultraje y amenazó con tomar medidas... Medidas... ¿Qué querrá decir eso? ¿Y quién pudo hablarle y alterarlo de ese modo? ¿Quién sabía que estaba cenando en casa de Montrose?... *Miss* Lake no sería, puesto que él no la hubiera amenazado para reunírsele luego en un baile. Y Wrede apenas tenía tratos con él... Acaso Brisbane... o Archer...

Empezaba a oscurecer y Vance dió la luz. Luego se sentó a fumar.

—Archer... sí, no podía ser otro... Sargento, ¿quiere llamar al *signor*?

Cuando Heath salió del dormitorio, Vance dijo a Markham:

—Supongo que se trata de cerámica. ¿Qué otra cosa podría hacer trastornar a Grassi hasta el punto de hacerle perder los estribos?...

Al entrar Grassi con el sargento, Vance le preguntó sin rodeos:

—¿Quién le telefoneó a casa del doctor Montrose, ayer durante la comida, *mister* Grassi?

Grassi se estremeció ligeramente y posó en Vance una mirada de reto.

—Es un asunto personal que a nadie le importa.

Vance suspiró y, con estudiada cachaza, sacó del bolsillo el convenio de Archer Coe, concerniente a la venta de su colección. Mientras Vance desplegaba la carta y la dejaba sobre sus rodillas, no apartaba la vista de Grassi. Yo también miraba al italiano y pude observar que se operaba en él un cambio extraño. Estaba rígido, sin aliento, como hipnotizado.

—¿No fué *mister* Archer Coe quien le telefoneó, *mister* Grassi?—preguntó Vance con voz inalterable.

Grassi ni se movió ni abrió la boca.

—Quizá se arrepintiese del acuerdo tomado con usted para venderle tan inestimables ejemplares de su colección—continuó Vance.—Quizá decidió romper el trato, después de reflexionarlo bien ante su tesoro... Quizá pensó en la conveniencia de notificarle en seguida su decisión para que no hablase usted de la transacción con el doctor Montrose...

Grassi continuó inmóvil, pero nos dió la impresión de que Vance estaba adivinando el objeto de la llamada telefónica a casa del conservador.

—Ya me imagino el efecto que debía producirle, *mister* Grassi—prosiguió Vance en el mismo tono imperturbable,—después de haber cerrado el trato y tenerlo confirmado por escrito de puño y letra de *mister* Coe. Pero, realmente, no estuvo bien que lo amenazase...

De repente se desbordó toda la emoción que el italiano tenía acumulada.

—Tenía mis razones para amenazarle—profirió poniéndose encarnado.—Llevábamos una semana negociando, aceptándole yo sus precios cada vez más altos, hasta que ayer, por fin, llegamos a un acuerdo. Me lo dió por escrito y yo cablegrafié a Italia anunciando mi éxito. Luego me dice que rompe el trato, que no quiere vender, que ha cambiado de idea. Me insulta por teléfono, tratándome de estafador y de cosas peores. Llega a decirme que me acusará de haberle obligado a firmar apuntándole con un revólver...—Grassi levantó las manos con un gesto de indignación.—¿Qué había de hacer yo? Lo amenacé como él me amenazaba, diciéndole que emplearía todos los medios a mi alcance para obligarle a cumplir su compromiso. ¡Me parece que estaba justificado!

—Indudablemente... en tales circunstancias

—asintió Vance.—¿Y qué dijo entonces *mister* Coe?

—¿Qué me dijo?—repitió Grassi avanzando un paso hacia Vance y hablando en voz extrañamente ahogada:—Que haría añicos todos los jarrones que poseía antes que permitir que yo me los llevase.

Vance sonrió amargamente.

—¡No me sorprende que se quedase usted algo desconcertado a la vista de los fragmentos del *Ting yao!*... Pero no fué *mister* Coe quien quebró el jarrón, *mister* Grassi. Esa atrocidad fué cometida involuntariamente por quien lo asesinó. ¡Una verdadera desgracia!

Vance se levantó, plegó la carta de Archer Coe y la entregó a Grassi.

—Si este documento puede servirle de algún consuelo, quédeselo. Creo que ya no lo necesito... Nada más por ahora.

Grassi se quedó perplejo, miró un momento a Vance con recelo y por fin cogió la carta, se inclinó y abandonó el dormitorio.

Markham, que había escuchado el diálogo con extraordinaria atención, se dirigió a Vance apenas Grassi hubo salido.

—¡Qué situación tan rara y peligrosa! Grassi se ve privado de la colección en que tenía puestos todo su entusiasmo y su honor, y amenaza a Coe. Luego desaparece por tres horas diciendo que se equivocó de tren y esta mañana encontramos a Coe muerto con todas las apariencias de suicidio.

—Exacto.

—Y es más—añadió Heath, agresivo:—Coe murió de una puñalada en la espalda, y ya sabemos lo diestros que son los italianos manejando el estilete.

—¿Pero por qué apuñaló también a Brisbane?—preguntó Vance con impaciencia.—¿Y por qué el revólver y la puerta cerrada y sobre todo la presencia del perro? Tenemos casi todas las piezas del rompecabezas, pero no encajan.

—Le das demasiada importancia al perro de esta mañana—observó Markham.

—Sí, sí... al perro—dijo Vance, quedándose un momento pensativo.—Aquí nadie quiere a los perros, nadie más que Wrede... Y es curioso que se desprendiera de él. Un Doberman Pinscher... demasiado corpulento, claro, para tenerlo en un piso reducido. Nunca hubiera tomado a Wrede por un aficionado a los perros... Demasiado antipático... Me gustaría hablar con él...

Se acercó al teléfono y momentos después estaba hablando con Wrede. La conversación fué breve, pero durante ella, Vance tomó unos apuntes en la cubierta de la lista de teléfonos. Cuando dejó el auricular, Markham se le acercó con aire de desaliento para preguntarle:

—¿A qué viene este interés por los perros que haya podido tener Wrede?

—Te aseguro que no lo sé—contestó Vance con franqueza.—Tal vez encuentre una vaga relación. El «escocés» desconocido fué hallado abajo, y el único perro que se menciona en este caso es el de Wrede. Claro que la relación está traída por los cabellos, pero Wrede y los perros no concuerdan, es una combinación tan incongruente como la presencia del «escocés» en el vestíbulo. Y detesto las incongruencias.

Markham tuvo que hacer un esfuerzo para contener su indignación.

—Bueno, ¿qué has sabido del perro de Wrede?

—Nada que no sea lo más natural. Adquirió el Doberman en una exposición de Westchester, lo tuvo unos meses y al cambiar de piso lo regaló a unos amigos. Aquí tengo las señas—añadió indicando la lista de teléfonos,—viven cerca del Central Park del Oeste. Me dejaré caer a verlos, porque te participo, Markham, que me interesan enormemente los Doberman Pinschers. Son unos perros preciosos. Fueron los primeros «perros policía» de Alemania, pero no puede aplicarse ese nombre a la casta. Casi todos los perros pueden ser policías. En este país tenemos la idea errónea de que el mastín alemán es el único perro policía, como si los dos nombres fuesen sinónimos. En Inglaterra se les llama alsacianos. El Doberman Pinscher es un cruce de mastín y pinscher, nombre que se da a los «terriers continentales». Es una casta relativamente nueva, pero se ha hecho muy popular, tanto por su bella presencia como por su fuerza muscular, su vigor e inteligencia y su viveza, y cuando se le azuza es una fiera. Es un perro excelente para el oficio de policía, pues una vez ejercitado, mantiene su papel mejor que cualquier otro perro...

Markham se levantó bostezando.

—Gracias por la lección. Pero no estoy resuelto a utilizar un Doberman en el presente caso. El sargento podría estar celoso.

Heath sonrió con alegría.

—Estoy dispuesto a todo por poner en claro este enredo, mi jefe. Pero creo que *mister* Vance tiene algo en la cabeza.

—Sargento, me halaga usted en extremo—dijo Vance dirigiéndose a la puerta.

Se acordó suspender por aquel día las investigaciones, y a propuesta de Vance se decidió no reanudarlas mientras él no tuviese alguna noticia respecto al propietario del perro herido.

—Esto está seguro—dijo Vance cuando llegaron al vestíbulo,—podemos permitir a los habitantes de la casa que se entreguen a sus habituales ocupaciones, mientras mañana acudan a nuestro requerimiento. Puedes estar tranquilo, Markham, que no se escaparán.

Así quedó establecido en el salón. Gamble recibió la orden de reanudar sus ocupaciones de costumbre y a *miss* Lake y *mister* Grassi se les notificó que quedaban libres para ir donde quisieran, mientras se presentasen al primer aviso.

—Ponga un guardia en el dormitorio de Coe—aconsejó Vance al sargento,—y bueno será que se quede uno en la calle para ver quien entra y sale.

Ya estábamos en la puerta, cuando llegó Guilfoyle, el agente de la Brigada Criminal, a quien había mandado el sargento a comprobar

Biblioteca Nacional de España

la coartada de Hilda Lake; pero las noticias que trajo concordaban exactamente con la declaración de la sobrina y la de *mister* Grassi.

Vance, Markham y yo salimos al aire fresco de la tarde, que tonificó nuestros nervios, casi alterados por un día de horrores. Al subir al coche del Fiscal del Distrito, preguntó Markham:

—¿En serio, Vance, quieres hacer una visita a los actuales dueños del perro de Wrede?

—¡Ah! Sí... No nos llevará más que unos minutos.

Los actuales dueños eran los Enright, que vivían en un piso con azotea de las nuevas viviendas del Central Park del Oeste, casi frente al estanque. El mayordomo nos dijo que la señora Enright estaba fuera de la ciudad y que *mister* Enright había salido un momento a pasear el perro por el parque, añadiendo que podíamos encontrarlo por el paseo que circundaba el estanque.

Nos dirigimos hacia el parque, poco animado a tales horas, y eran contadísimas las personas que se veían alrededor del estanque. Nos sentamos en un banco del paseo de entrada y esperamos. Pronto apareció por la Quinta Avenida un hombre corpulento que llevaba a un perro de una correa.

—Ese debe de ser Enright—dijo Vance.—Podríamos salir a su encuentro.

Enright era un hombre campechano y locuaz de gran volumen. (Luego me enteré que era importador de coloniales de Oceanía). Vance se presentó a sí mismo y luego nos presentó a Markham y a mí. Enright era cordial y franco y cuando Vance mencionó a Wrede se mostró voluble respecto a su antigua amistad con aquel hombre. Mientras él hablaba me fijé en el perro. Aunque no estaba al corriente de las castas caninas, pude apreciar sus raras cualidades. Era enjuto de carnes y de recia musculatura, de bellas líneas y de piel de un negro lustroso con unas manchas de un rojo de orín. La primera impresión que producía era de una fuerza compacta muscular, combinada con una gran viveza e inteligencia: un perro magnífico, como amigo leal y protector y temible como enemigo.

—Sí—dijo Enright contestando a una pregunta de Vance,—Wrede me regaló a Ruprecht la primavera pasada, diciendo que no podía tenerlo en un piso pequeño. En casa tenemos un gran espacio donde el animal puede correr, pero siempre lo saco de noche a dar una vuelta. Le va muy bien. Los perros pierden la gana viviendo sobre baldosas y ladrillos, necesitan sentir el césped bajo las patas y meter de vez en cuando las narices en buena tierra. Como las personas. Yo cada año hago un viaje al campo... al desierto... es una vuelta a la naturaleza.

—Exacto—convino Vance, complaciente.—¿Pero no se echan de menos las comodidades?

En seguida se inclinó sobre el perro produciendo un chasquido con la lengua y llamándolo por su nombre, y poniendo la mano sobre el hocico se lo pasó en una caricia por la cabeza y sobre el cuello ligeramente arqueado. Pero el perro no correspondió. Retrocedió un poco, lanzó un leve gemido, y se sentó temblando sobre las patas traseras.

—Esto no significa que le sea usted desagradable, *mister* Vance—explicó Enright, acariciando la cabeza del perro.—Es tímido como un pobre diablo y está receloso de los forasteros. ¡Oh! ¡Si lo hubiera usted visto cuando me lo dieron! Se enroscó debajo de un banco y durante dos días no quería salir de allí ni para comer. ¡Qué ideas más raras tienen los perros! Ni yo ni mi mujer asustamos a nadie y queremos a los perros. No podríamos pasarnos sin uno. Pero Ruprecht se porta mucho mejor que antes. Va adquiriendo confianza. Cuando está solo conmigo parece otro.

—Probablemente irá mejorando—dijo Vance, dándole ánimos.—Es el buen trato, no le quepa duda... Es un magnífico ejemplar, cabeza despejada, poco labio, pecho ancho, buena musculatura y lomo inclinado; y está muy bien de tamaño; no pasa mucho de las setenta libras...

Acompañamos al locuaz Enright hasta su casa, a cuya puerta nos despedimos. Cuando estuvimos sentados en el coche del Fiscal del Distrito, cruzando las calles, Vance habló con voz emocionada.

—A ese perro le pasa algo muy raro, Markham. ¿Por qué ha de ser tan tímido? ¿Por qué ha de desconfiar y temer a los forasteros? Un Doberman no hace eso. Los perros de su casta son por naturaleza vigilantes, sagaces, arrojados. Ese perro está escarmentado por algo...

—Sí, sí, es una lástima—dijo Markham que estaba tamborileando en el cristal de la ventanilla.—¿Pero qué tendrá que ver un perro tímido del Central Park del Oeste con el asesinato de Archer Coe?

—No tengo la menor idea—replicó Vance vivamente.—Pero sólo entran dos perros en nuestro caso, y el uno tiembla como ante una estaca y el otro ha recibido un formidable estacazo.

—Muy bien traído—gruñó Markham.

—¡Válgame Dios!—suspiró Vance.—Pero son circunstancias que concurren en los mismos asesinatos.—Encendió un cigarrillo y consultó el reloj.—Se aproxima la hora de la cena. Currie me ha prometido filete de lenguado *Marguery* y patatas *Chatuoillard*, y fresas de invernadero *Parisienne*. ¿Te apetece?... Y abriré una botella de aquel Chateau Yquem 95, que tanto te gusta.

—Me alientas, amigo. Pero antes tomaré dos copitas de tu coñac *Napoleón*. Estoy de malhumor.

—No te preocupes. Ya nada nos molestará hasta mañana.

Pero Vance se equivocaba. Aquella misma noche, el caso Coe entraba en una nueva y más siniestra fase. Markham cenó con nosotros y se quedó conversando de varios asuntos hasta cerca de las once. Al despedirse prometió volver a recogernos a las diez del día siguiente.

Eran exactamente las dos y media cuando sonó el teléfono particular de Vance. Me despertó de un profundo sueño y debieron pasar algunos minutos antes que pudiera contestar. Oí la voz de Markham preguntando por Vance. Le llevó el teléfono portátil a su dormitorio y se lo entregué en la cama. Estuvo escuchando durante unos minutos, dejó el aparato en el suelo, bostezó, se desperezó y retiró el cobertor.

—¡Es el colmo, Van!—lamentó, mientras tocaba el timbre llamando a Currie.—¡Acaban de dar a Grassi una puñalada!

CAPÍTULO XVI

LA VENTANA ABIERTA

(Viernes, 12 de octubre; a las 3 de la mañana)

Cuando llegué con Vance a casa de Coe, ya estaban allí Markham y el sargento. En la escalinata estaba apostado un agente de la Brigada Criminal, que nos miró ceñudo y volvió la cabeza, como si no le preocupásemos. Hasta más tarde no comprendí su actitud.

Gamble, pálido y temblando de espanto, en zapatillas y abrigado con una bata de franela, nos abrió la puerta y nos condujo al segundo piso, dió la vuelta hacia la fachada y nos introdujo en las habitaciones de Grassi. Las cortinas estaban corridas y ardían todas las luces.

Heath y Markham estaban al pie de la cama de Grassi, que yacía postrado. Sentado en una silla al lado opuesto de la cama había un señor de aspecto respetable, de unos cuarenta años, bajito y algo calvo que me recordó al doctor Alexis Carrel.

—El doctor Lobsenz—informó Markham a Vance.—Tiene el despacho cerca y Gamble lo ha llamado.

El doctor Lobsenz levantó la cabeza, saludó con un movimiento y siguió trabajando. Grassi estaba de espalda y vestía un pijama blanco, de seda. Presentaba una palidez mortal y el brazo correspondiente a nuestro lado se movía inquieto sobre la sábana, como el de una persona bajo la acción de la hioscina. Al lado del doctor, la sábana presentaba una gran mancha de sangre como de doce pulgadas de diámetro y la chaqueta del pijama estaba también manchada de sangre.

Los ojos de Grassi estaban cerrados y sus labios se movían maquinalmente. Tenía subida hasta el hombro la manga del brazo izquierdo y cuidadosamente vendado el codo, por donde aún manaba la sangre atravesando las gasas.

—Creo que es cuanto puedo hacerle por ahora, *mister* Markham—dijo el doctor, levantándose.—Inmediatamente haré que venga la ambulancia.

—Gracias, doctor—dijo Markham, que se volvió a Vance para explicarle:—Grassi ha sido herido en el brazo izquierdo. El doctor Lobsenz dice que la herida no es grave.

Vance, que tenía la vista fija en Grassi, preguntó sin levantar la cabeza:

—¿De qué naturaleza es la herida, doctor?

—Penetró el arma por el borde exterior del tendón del bíceps, por donde cruza con el hoyuelo de la cavidad coronoidea, y la punta cortó la basilica media, produciendo la abundante hemorragia, y gracias que no tocó la arteria basilica.

—¿Qué clase de arma diría usted que se utilizó?—preguntó Vance.

El doctor titubeó un momento.

—La herida es un poco áspera y presenta una conformación extraña; no es de cuchillo, sino de un instrumento parecido a una lezna muy gruesa.

—¿No podría ser un puñal de hoja romboidal?

—Sí, muy fácil. La herida era dentada y sangraba mucho para determinar con exactitud los contornos; pero luego se lo diré, cuando la haya limpiado y desinfectado.

—No se moleste—dijo Vance.—¿Lo lleva al hospital?

—Sí, inmediatamente. No le he puesto más que un vendaje, una compresa sujeta con unas gasas. He de llevarlo al hospital para ahondar y desinfectar la herida y atar las venas cortadas para que no sangren. Mañana estará perfectamente.

—¿Le ha dado algún medicamento?

—Estaba muy nervioso y excitado y le he suministrado tres granos de amital sódico por la boca. Eso lo calmará esta noche y mañana estará en condiciones de volver aquí. Llevará unos días el brazo en cabestrillo, pero, si no hay infección, no hay peligro.

Vance no había apartado los ojos de Grassi.

—¿Estará en condiciones de contestar a unas preguntas antes que se lo lleve al hospital?

El doctor se inclinó sobre Grassi, le tomó el pulso y le examinó las pupilas.

—Sí, sí—dijo, encaminándose a la puerta.—La ambulancia aún tardará media hora.

Biblioteca Nacional de España

Salió al vestíbulo y le oímos preguntar al mayordomo:

—¿Dónde está el teléfono?

Apenas el doctor hubo salido del cuarto, Grassi abrió los ojos y trató de incorporarse un poco. Vance arregló las almohadas bajo su espalda y subió el cobertor. Grassi nos fué mirando de uno a uno, como sorprendido de vernos a su lado.

—¡Gracias a Dios que han venido!—dijo, fijando los ojos en Vance.—Después de todo lo ocurrido, aún tenía que pasar esto. ¡Es horrible! No pienso volver más a esta casa.—Se estremeció y cerró los ojos.—¡Es una ignominia! ¡Una ignominia que no tiene nombre! Me habían contado muchas cosas extrañas de los desórdenes americanos, pero esto sobrepasa todo lo que se pueda imaginar.

—Pero al menos no lo han matado—murmuró Vance, que ya estaba dando vueltas por la habitación, como olvidando que Grassi estuviese herido.

Examinó con cuidado la puerta y probó el picaporte, observó la disposición del calzado de Grassi junto al pie de la cama; abrió el cuarto de aseo y miró dentro, se acercó a la ventana de éste, levantó la cortina y volvió a bajarla; levantó la tapa de una canastilla de ropa y después de mirar el contenido la dejó caer; examinó la disposición de los muebles, por fin apagó y encendió las luces.

Grassi tenía los ojos entornados, pero noté que observaba todos los movimientos de Vance. Cuando éste apagó la luz un instante, Grassi se incorporó en las almohadas.

—¿Qué busca usted?—preguntó.—¿Con qué derecho entra a aprovecharse de mi estado? Si me dice qué busca, le diré dónde puede encontrarlo... ¿Es así como procede la policía en este país bárbaro?

A pesar de la violencia que había en su tono sarcástico, produjo una corriente de emoción. Vance se sentó en una silla junto a la cama y encendió un cigarrillo con estudiada calma.

—¿No es costumbre de su país—preguntó—inspeccionar una habitación donde se ha cometido un crimen o un atentado, *mister* Grassi?

—Bueno, sí, y ¿qué ha encontrado usted?

—Nada de particular—contestó Vance.—Si nos contase usted lo que ha pasado...

—Eso está dicho en pocas palabras—dijo Grassi, volviéndose a Markham.—Pero quiero que se haga justicia. Que se me vengue.

—No le quepa duda de que se le hará justicia—contestó Markham,—pero es preciso que usted nos ayude. ¿Se siente con ánimos para empezar?

—Perfectamente. Me acosté temprano. Me sentía rendido después de un día tan agitado. Supongo que se harán ustedes cargo. Aun no eran las once, y me dormí en seguida. Estaba rendido...

—¿Apagó las luces?—preguntó Vance.

—¡Claro! Y eché las cortinas, para que no me molestase la luz de la calle... Me despertó un ligero ruido... no puedo decir exactamente lo que era. Retuve un momento la respiración para escuchar y como no oí nada más, me dejaba ya vencer por el sueño cuando, de pronto, sentí, sin que pueda explicar cómo, la presencia de alguien en mi habitación. No había ni ruido ni movimiento... Diríase que poseía un sexto sentido...

—Tal vez fué un fenómeno psíquico—observó Vance, refrenando un bostezo.

—Es posible. El caso es que permanecí del todo inmóvil dejando vagar los ojos por la habitación. Estaba muy oscura, sólo una claridad mortecina penetraba entre las cortinas; pero al mirar hacia la ventana vi pasar delante de mí una vaga sombra, e instintivamente moví el brazo como para guardarme el pecho de un peligro que me amenazase, pero que no podía comprender. Casi al instante sentí un golpe doloroso en el brazo izquierdo por encima del codo y un rumor extraño. Fuera por el dolor o por el susto que llevé, perdí un momento el sentido. Probablemente me desmayé... Al recobrar los sentidos noté una humedad caliente y viscosa en mi lado izquierdo, y el brazo me latía entre horribles dolores.

Grassi miró a Markham con expresión lastimera. Luego apartó los ojos para fijarlos en Heath y por fin en Vance. Tanto Markham como el sargento estaban de pie junto a la cama, escuchando con gran atención, mientras que Vance fumaba sentado tranquilamente, como si el relato tuviera para él escasa importancia. Pero yo conocía demasiado a Vance para no saber que en aquel momento estaba aguzando el oído para no perder palabra.

—¿Y qué hizo entonces?—preguntó.

—Llamé varias veces y esperé. Pero como nadie contestaba, me levanté y fuí a dar la luz a la puerta...

—¿Por qué lado de la cama se levantó?—interrumpió Vance.

—Por donde está usted sentado. Y cuando tuve luz abrí la puerta.

—¡Ah! ¿Estaba cerrada?

—No del todo, estaba ajustada... Llamé otra vez desde el vestíbulo y desde arriba me contestó el mayordomo. Lo esperé sentado al borde de la cama...

—¿Nadie más contestó a sus gritos?

—Nadie, el mayordomo bajó inmediatamente a telefonear y pude oír que pedía la asistencia médica.

—También me llamó a mí—apuntó Markham.—Y por eso estamos aquí.

—De lo que estoy muy agradecido.

Vance se levantó, fué a una mesilla que estaba entre las dos ventanas y pasó los dedos por la superficie, mientras hablaba sin volverse:

—¿Qué nos dice, *mister* Grassi, de la toalla ensangrentada que está en la canasta de la ropa usada?

Grassi adoptó una actitud más recelosa que la manifestada hasta entonces.

—Había una toalla a los pies de la cama. Yo no tengo cuarto de baño y el mayordomo cada noche me deja una toalla aquí. Cuando me levanté me envolví con ella el brazo.

—¡Ah, vamos! Eso explica que no haya manchas de sangre en el suelo. ¿Y cómo no cerró la puerta después de rezar sus oraciones anoche, *mister* Grassi?—preguntó Vance, que estaba examinando la cerradura.

—Esa puerta no cierra.

Gamble apareció en aquel momento en el umbral.

—Es verdad, señor, y me habrá de perdonar, mister Grassi. Hace mucho tiempo que he de mandarla arreglar y nunca me acuerdo.

—Perfectamente, Gamble. Tiene usted una explicación para todo.

Se oyó una sirena en la calle y Vance fué a asomarse a la ventana de la fachada.

—Ya está aquí la ambulancia—anunció.—Esperamos, *mister* Grassi, que pase usted buena noche y que mañana lo veamos perfectamente curado.

El doctor Lobsenz apareció en la puerta con Gamble.

—¿Ya han hablado ustedes con mi paciente?—preguntó.—En tal caso voy a echarle un poco de ropa encima y me lo llevó.

—Gracias, doctor, y buena suerte—contestó Vance.—Y ahora, Markham, ¿qué te parece si vamos a la biblioteca a meditar un poco, aunque es una hora muy poco propicia para la meditación?

Cuando Grassi hubo salido acompañado del doctor, Vance cerró la puerta de la biblioteca y se acercó a la mesa central.

—Aquí la tienes, amigo—dijo, señalando a Markham la daga china que tenían delante. Estaba poco más o menos como la habían dejado, pero había en ella sangre fresca, circuntsancia que indicaba claramente que se había hundido en el brazo de Grassi.

—¿Pero por qué—preguntó Markham con ceño de perplejidad—habrán vuelto a dejar aquí el arma después de herir a Grassi?

—Por la misma razón que la dejaron en un jarrón de esta misma sala después de clavarla en la espalda de Archer y de Brisbane Coe.

—No lo entiendo.

—Tampoco yo acabo de entenderlo. Pero al menos veo una coherencia en la conducta del criminal.

—Piensas que el mismo que mató a los hermanos, atentó contra la vida de Grassi.

—¿Por qué apresurarnos en sacar conclusiones?—suspiró Vance.—Hemos de poner en claro muchas cosas antes de llegar a una conclusión.

—¿Por ejemplo...?

Vance se arrellanó cómodamente en un butacón, lanzó unas bocanadas de su exquisito «Reggie» y dijo:

—Quisiera oír contar a varias personas de dentro y fuera de la casa todo lo que saben de lo sucedido aquí esta noche... Y habríamos de saber por qué no acudió *miss* Lake a los gritos de Grassi que despertaron a Gamble, que duerme en el cuarto piso, y qué tiene que decirnos ese cancerbero apostado a la puerta de la calle sobre los que han entrado y salido esta noche, y qué hacía el beatífico *mister* Liang durante la tremolina, y qué ha sido del guardia que ordené que vigilase en el dormitorio de Archer Coe.

Heath, que durante todo el tiempo se había mantenido en silencio y en un estado de agresiva indecisión, se levantó y, cuadrándose, dijo:

—Pronto tendremos la contestación a todo eso, *mister* Vance.

Se dirigió resueltamente a la puerta de la calle, pero antes de abrirla volvió a la biblioteca.

—Conste que podría yo mismo contestar a esas preguntas. He preguntado al guardia quién ha entrado aquí esta noche y me ha dicho que nadie. Pero volveremos a preguntárselo.

Abrió la puerta de la calle y gritó:

—Entra, Sullivan.

Y apenas el guardia llegó a la puerta de la biblioteca, Heath vociferó:

—Un sujeto ha recibido en esta casa una puñalada. Usted me dijo que nadie entró ni salió, pero la cosa es seria, y deseo que se estruje los sesos, si los tiene, y nos diga lo que sepa.

El agente Sullivan se sintió herido en su dignidad.

—Ya le dije, sargento, que estuve sentado en la escalinata desde las siete y media, y absolutamente nadie, ni una cucaracha, ha entrado ni salido.

—Tal vez estaba durmiendo y lo ha soñado—observó el sargento con sarcasmo.

Sullivan se indignó.

—¿Yo durmiendo? Vamos, sargento, en esta calle de doble tránsito hay ruido suficiente para despertar a un muerto.

—Basta, sargento — dijo Vance. — Veo que Sullivan dice la verdad. Yo tampoco creo que nadie haya entrado en la casa por la puerta de la calle.

Heath salió con Sullivan diciendo que iba en busca de Burke. Le oímos subir los escalones de dos en dos y un momento después volvía a entrar con el agente Burke.

—Diga a los señores qué ha estado haciendo usted toda la noche.

—Estaba durmiendo — admitió el guardia con franqueza.—Arrimé una silla a la puerta, por detrás, y no me preocupé ya de nada. ¿Hay alguna inconveniencia en esto, sargento?

Heath vaciló un momento.

—Tiene razón. Trabajó ayer todo el día y no le dije que estuviera despierto. Pero han estado a punto de matar a uno en el mismo piso, pidió socorro y usted no se ha enterado. Bueno, vuelva a su puesto y vea de estar despierto un rato.

Burke salió.

—La culpa es mía—explicó el sargento.—Después de todo, no puede usted cargársela a él, *mister* Vance.

—No creo que nos hubiera servido de mu-

Biblioteca Nacional de España

cho su ayuda—dijo Vance, consolador.—¿Y si hablásemos con Gamble?

El pobre mayordomo daba lástima cuando se presentó temblando de miedo.

—¿Cómo se explica—le preguntó Vance—que oyese usted a *mister* Grassi y no lo oyese *miss* Lake, que está en el piso intermedio entre el de *mister* Grassi y el de usted?

Gamble tragó saliva dos veces y se apoyó en la puerta.

—Es muy sencillo, señor. El dormitorio de *miss* Lake está en la parte de atrás, y separado de la puerta del vestíbulo por una habitación grande mientras que yo dejo la puerta de mi cuarto abierta para oír el timbre de la calle o si alguien me llama.

Cuando el mayordomo se hubo retirado, Vance lanzó un suspiro y aplastó la colilla.

—Ya está explicado. Realmente, Markham, no podemos decir que adelantemos a pasos de gigante.

Encendió otro cigarrillo y se levantó.

—Voy a echar una mirada a la parte de atrás. ¿Quiere venir?

El sargento asintió con un gesto significativo.

—Piensa usted que el que hirió al italiano entró por la puerta trasera, ¿no es eso, *mister* Vance?

—Estoy persuadido, sargento—replicó Vance, encaminándose a la puerta del comedor,—de que pensar a estas horas de la mañana es derrochar las energías.

Encendió la luz del comedor y al abrir la puerta de la despensa me sorprendió ver un rectángulo de claridad correspondiente a la puerta de la cocina. Vance se detuvo un momento.

—¡Caramba!—exclamó como para sí mismo, y luego murmuró:—No, no; Gamble no se hubiera atrevido a salir ahora por la puerta de atrás... está muerto de espanto.

Cruzó la despensa y empujó la puerta oscilatoria de la cocina.

Bajo la luz del centro, sentado a una mesa grande de pino, estaba Liang completamente vestido y con una visera verde, echada sobre la nariz. Ante él, sobre la mesa, había algunos libros y varias cuartillas. Al entrar nosotros se levantó quitándose la visera. No se manifestó sorprendido de vernos a tales horas, sonrió complacido y se inclinó en un saludo.

—Buenas noches, *mister* Liang — saludó Vance, amablemente.—Trabaja usted hasta muy tarde.

—Tenía mucho que hacer esta noche. Trabajo acumulado. Mi informe mensual para el Ta Tao Huei es agobiador... Espero que no habré estorbado a nadie.

—¿Ha estado trabajando toda la noche, aquí, en la cocina?—preguntó Vance, yendo a la puerta del pórtico y tratando de abrirla. (Estaba cerrada.)

—Desde las ocho—contestó el chino.—¿Puedo hacerles algún favor?

—¡Oh, inmenso!—dijo Vance, volviendo y tomando asiento en un alto taburete.—¿Ha notado algo insólito en la casa esta noche, *mister* Liang?

El criado pareció algo sorprendido.

—Al contrario. Me ha parecido tranquila después de un día tan agitado.

—¿Tranquila, eh? ¡Es asombroso! Y mientras estaba abstraído en sus labores literarias, el *signor* Grassi recibía una puñalada.

—¡Qué desgracia!—dijo el chino, sin cambiar de expresión.

—Sí, una gran desgracia — convino Vance en tono de impaciencia.—¿Pero no ha oído usted por casualidad o ha visto penetrar a alguien en la casa por aquí, esta noche?

Liang sacudió la cabeza en un signo de negativa indiferente.

—Nadie, que yo sepa, ha entrado por la puerta de atrás... Tal vez por la principal...

—Gracias por la indicación — interrumpió Vance con un brusco movimiento,—pero estaba bien vigilada.

—¡Ah!—exclamó el chino, levantando los ojos hasta fijarlos en Vance.—Realmente es curioso... Tal vez por la ventana de la sala inferior...

—¡Una excelente idea!—exclamó Vance, levantándose.—La ventana de la sala contigua al salón, ¿verdad, *mister* Liang?

—Es, sin duda, la más indicada—contestó el criado.—No es visible ni desde la calle ni desde la casa, y hay debajo una acera de cemento, de modo que no pueden quedar huellas.

—Muy agradecidos, *mister* Liang—murmuró Vance.—Veré esa ventana. Siga usted trabajando.

Y nos precedió por el comedor a la biblioteca.

—¿Qué le parece?—gruñó Heath.—¡Ya ha sacado usted gran cosa de ese chino!

—Con todo, sargento—replicó Vance,—nos ha indicado la ventana de la sala interior. ¿Por qué no echarle un vistazo?

Heath vaciló, hizo una mueca y se dirigió por el vestíbulo al salón. Oímos la puerta de la sala interior al abrirse y momentos después Heath entró en la biblioteca, manifestándonos:

—Hay algo extraño en todo esto. Tal vez el chino tenga razón, después de todo. La ventana de la sala estaba abierta y el sofá que había debajo estaba apartado a un lado formando ángulo.—Se quedó mirando a Markham muy confuso y añadió:—Tal vez alguien se haya encaramado y penetrado por esa ventana, jefe... De todos modos, ¿a dónde vamos desde aquí?

—A la camita, niños—dijo Vance.—No son horas para que esté levantada la gente respetable. Ya no hay nada que hacer aquí.

CAPÍTULO XVII

LOS SEIS ÁRBITROS

(Vuernes, 12 de octubre a las 9 de la mañana)

Vance se despertó temprano. Cuando me levanté a las nueve, me sorprendió verle vestido y a punto de salir.

—Vuelvo dentro de media hora, Van—dijo al marcharse, sin más explicaciones.

Un cuarto de hora más tarde llegó Markham, que apenas tuvo que esperar a Vance diez minutos. Volvía con el «terrier escocés» en brazos. El perrito llevaba en la cabeza una compresa sujeta con esparadrapo, y fuera de esto ofrecía un aspecto normal.

—Buenos días, Markham—saludó.—No te esperaba tan pronto. He ido en una escapada a casa del doctor Blamey, para ver qué hacía el animalito, y aquí lo tienes tan campante.

Dejó el perro en el suelo y llamó a Currie, a quien encargó una tostada y un plato de leche caliente.

—Un ligero desayuno para el animalito—explicó,—porque me parece que hoy va a tener que pasear bastante.

—¿Aun piensas que este perro va a darte la pista que buscamos?—preguntó Markham, escéptico.

—Es nuestra única esperanza—contestó Vance muy serio.—El caso presenta todavía grandes complicaciones, hay en él demasiados puntos contradictorios, y mientras no haya dado con el dueño y con las andanzas de este escocés, no estaré satisfecho.

—¿Y cómo piensas descubrir al dueño?

Vance examinó atentamente el animal que estaba comiendo con apetito, y con una de las patas anteriores en la mano, fué hablando:

—Como te decía, Markham, este perro está en condiciones de ser exhibido. Está acicalado por un experto y es casi seguro que ha formado parte de un concurso. Esta raya es obra de unas manos expertas, no cosa de niños, y su dueño no lo hubiera llevado a componer a un profesional, sin intención de exhibirlo. A juzgar por sus condiciones caninas, se ha debido exhibir el mes pasado, y es lo más fácil saber qué exposiciones caninas se han celebrado en un radio razonable de Nueva York durante este tiempo.

—¿Cómo sabes que no hace más tiempo que se ha exhibido?

—Porque aun no tenía el pelaje. Un mes antes aun no le había crecido del todo el pelo... Pero prescindamos de tecnicismos.

Entró en la biblioteca y volvió con la revista «Popular Dogs», que puso sobre sus rodillas y empezó a hojear.

—Aquí está—dijo.—Durante el mes pasado se han celebrado las exposiciones de Siracusa... ¿quieres tomar nota, Van? Luego, la de Cornwall y la de Tuxedo. Una semana más tarde tenemos la de Camden, seguida de la de Westbury y la de Englewood... Esto no se aparta de la fecha y nos ofrece muchas probabilidades. Además, si estuvo en una exposición, sería en calidad de cachorro o de novicio. Cuanto más lo miro, Markham, más convencido estoy de que se pueden contar con los dedos de una mano las personas capaces de preparar a un perro tan perfectamente como lo está éste para una exposición. Se necesitan muchos años de experiencia y un gran conocimiento de los «terriers» para alisar el pelaje a dos bandas con tanta perfección. Sólo puede haberlo hecho William Prentice o George Wimberly, Jimmy McNab, Ellery Burke y Steve Parton.

Mientras hablaba daba vueltas en torno del perro, examinándolo detenidamente. Por fin se arrodilló, pasó la mano por el contorno del cuello del animal y le levantó el pelo a lo largo del espinazo.

—¡William Prentice! Ya está. Este perfil del cuello es obra de mano maestra y en este país no hay maestro que pueda igualarse a Prentice. Además, es el que está más cerca de Nueva York... Empezaré por él. Si él preparó el perro, nos podrá dar algunos informes del dueño.

Apenas se despidió Markham, nos pusimos en marcha a toda velocidad de nuestro coche hacia las famosas perreras de *mister* Prentice, en Haworth, Nueva Jersey. *Mister* Prentice, escocés de edad madura con una expresión de franqueza en sus azules ojos, salía de la perrera principal, cuando bajamos del coche y en seguida fijó sus ojos en el perro que llevaba Vance bajo el brazo.

—¿Cómo está usted, *mister* Vance? (Eran conocidos de muchos años). Bonito perro lleva.

—¿Lo conoce?—preguntó Vance con alegría.

—Sí.

—¿Lo ha preparado usted?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo hace?

—No puedo decirlo con exactitud, pero después del primero de septiembre.

—¿De quién es?

—Eso sí que no lo sé. Una señora y un caballero me lo trajeron una tarde, preguntándome si lo podía arreglar. Les dije que sí y lo arreglé.

Biblioteca Nacional de España

—¿No dijeron nada más?—preguntó Vance, decepcionado.

—El caballero dijo que deseaba tener el perro en condiciones de ser expuesto.

—¡Ah! ¿Y lo vió luego en alguna exposición?

—¡He visto tantas exposiciones caninas esta temporada!

—¿Podría describirme el tipo del señor que se lo trajo?

—Sí, un hombre grueso, de unos cincuenta años.

—¿Y la señora?

—Una joven de muy buen ver.

—¿Rubia?

—Sí.

—¿Su hija, tal vez?

El escocés guiñó un ojo.

—Tengo mis dudas.

Vance se entretuvo en las perreras media hora hablando de canes y durante el regreso se mostró muy animado.

—Al menos ahora podemos seguir adelante con ciertas probabilidades de éxito, Van. Si Prentice hubiera tomado el nombre y las señas del dueño, ¡cómo se hubiera simplificado todo!

Desde casa telefoneó al American Kennel Clu preguntando los nombres de los árbitros para «terriers escoceses» que habían actuado en las seis exposiciones que eligió como probables de tener inscrito el perro, y los árbitros resultaron ser Marguerite Kirmse, Karl B. Smith, Edwin Megargee, William McBain, Morgan Stinemetz y Robert D. Hartshorne.

—Vamos a ver—dijo Vance con la lista en la mano.—Tal vez encuentre en la ciudad a la mayor parte de esos jueces: *mister* Harsthorne y *mister* Smith, probablemente estarán en su despacho, aunque es el día Colón. En esta época del año, Marguerite Kirmse suele estar en Nueva York. Puedo encontrar a *mister* Megargee en su estudio. *Mister* McBain vive en Wall Street, y *mister* Stinemetz sin duda debe de estar en Nueva York. A ver qué sale de todo esto.

Fué al teléfono donde estuvo ocupado durante media hora. Luego se levantó y cogió el perro en sus brazos.

—Vamos, Van, ya estamos en marcha.

Momentos después corríamos hacia el distrito comercial.

Tuvimos que esperar un rato a *mister* Hartshorne que había salido. Mostró mucho interés por el perrito, pero no recordaba haberlo visto en la exposición donde había actuado, asegurándonos que de haberlo visto no hubiera podido olvidarlo, dadas sus relevantes cualidades.

Mister McBain no estaba en su despacho porque hacía fiesta, pero encontramos a *mister* Karl Smith en el New Cosmopolite Club, quien, al ver al perro nos dijo que estaba seguro de que no se lo habían presentado.

Mister Megargee tampoco pudo identificar el perro.

—Me acuerdo—dijo—perfectamente de todos los que examiné y puedo decirles que no estaba éste entre ellos, porque, de haber estado, le hubiera otorgado diploma de cachorro o de novicio.

Empezaba a ser aquello algo desanimador y aun más lo fué cuando obtuvimos el mismo resultado en nuestra visita a Marguerite Kirmse y a las perreras de William McBain, a pesar de todos los elogios que nos hicieron del perro. Nos habían dicho que *mister* Stinemetz estaba en su finca de Orangeburg y allí nos dirigimos a toda velocidad.

—Sólo nos queda una probabilidad—dijo Vance,—a no ser que el perro se haya exhibido en Nueva Inglaterra o en el Sur. Pero en tal caso, ¿por qué estaría en Nueva York?

Hallamos a *mister* Stinemetz en su perrera, dando de comer a los perros. Vance le enseñó el perrito, preguntándole si lo había examinado. *Mister* Stinemetz miró al animal un momento, lo tomó en brazos y lo dejó sobre la mesa de la perrera.

—Sí—dijo lentamente al cabo de un rato de observarlo,—no sólo lo juzgué sino que lo califiqué hace tres semanas en Englewood. Obtuvo el segundo premio de cachorros. Se hubiera llevado el primer premio de haberse conducido con propiedad, pero recuerdo que una joven con poca o ninguna experiencia, se empeñó en presentarlo en el redondel, y claro, no respondió. Traté de animarlo, pero era imposible. Tuve que dar el diploma a un perrito que no lo igualaba en anatomía... No obstante tiene un pequeño defecto en la boca.

Mister Stinemetz levantó el labio del perro exhibiendo los dientes.

—¿Ve usted este colmillo superior? Está algo desviado. Pero no es nada serio. Hay muchos campeones con peor boca.

Vance le dió las gracias y añadió:

—¿Sabe usted acaso de quién es este perro o quién lo conoce?

—No, no le había visto con anterioridad ni miré el catálogo de la exposición.

Vance se despidió, muy contento.

—Mañana—dijo, mientras corríamos por la carretera—tendremos el nombre del dueño.

Apenas llegamos a Nueva York, Vance telefoneó a Markham y se enteró de que todo seguía como antes. Grassi había vuelto a casa de Coe a las once de la mañana. Quiso trasladarse a un hotel, pero Markham lo persuadió a seguir en la residencia de Coe hasta que se pusiera en claro aquel asunto. Wrede no se había movido de casa en todo el día y telefoneó dos veces a Markham ofreciéndose para lo que pudiera ser útil. Hilda Lake había salido a las diez de la mañana diciendo a Heath que iba a dar un paseo en coche por el campo.

El sargento había estado en su puesto casi todo el día, pero no hizo otra cosa que contestar al teléfono y quitarse de encima a los periodistas, dándoles noticias fantásticas. La inspección de la ventana de la sala interior en busca de huellas no había dado resultado.

Invitados por Markham fuímos a cenar con él al Stuyvesant Club y, durante la cena, se lamentó el fiscal con amargura:

—Este caso va a volverme loco. El atentado contra Grassi no hace más que complicarlo. Tres o cuatro personas parecen sospechosas y tienen motivos que explicarían una docena de asesinatos.

—¡Es una pena!—suspiró Vance.—Créeme que lo siento por ti. Pero todo tiene su explicación. Estamos ante un caso extraño y un crucigrama de palabras aparentemente sin sentido, porque nos falta una letra central. En cuanto encontremos esa letra, tendremos resuelto el problema, y la letra principal nos la va a dar el perrito escocés. Estoy esperanzado. Harías bien en exponerme las circunstancias en que se halla la casa esta noche.

—Heath ha dado las instrucciones necesarias y se ha marchado a su casa. Ha dejado dos hombres de vigilancia, uno a la puerta de la calle y otro en la puerta de atrás. El italiano se ha acostado con la puerta cerrada. La arregló el cerrajero, de modo que es de suponer que le dejarán dormir en paz. *Miss* Lake volvió poco antes de marcharse el sargento... Por cierto que la joven se tomó la noticia de la herida de Grassi muy a pecho...

Vance levantó la cabeza vivamente.

—¡Hombre! ¡Es muy interesante!

—El chino continúa en la casa. Dijo a Heath que prefería permanecer en su puesto hasta que el culpable fuese entregado a la justicia.

—No habrá de esperar mucho—dijo Vance.—Y eso quiere decir que Liang está con nosotros. Me parece que podremos obtener de él más ayuda que hasta ahora...

—¿Y tú qué piensas decirme de nuevo?—preguntó Markham.

—La verdad es que hoy no tengo nada que sugerir—contestó Vance, dejándose caer en el respaldo.—Pero mañana...

—Siempre tienes una palabra animadora—atajó Markham.—*Morgen, morgen nur nicht heute; sagen immer träge Leute.*

—¡Markham, mi querido Markham!—protestó Vance.—No me digas que soy perezoso. Acuérdate de Cicerán: *Aliquod crastinus dies ad cogitendum dabit.*

CAPITULO XVIII

EL RASTRO DEL PERRO

(Sábado, 13 de octubre; a las 9 de la mañana)

A las nueve del siguiente día, Vance se presentó en las oficinas del American Kennel Club y expuso al secretario, *mister* Perry B. Rice, la índole de la información que deseaba. El secretario se ofreció muy amable a facilitarnos toda clase de informes.

—En el catálogo oficial de la exposición de Englewood encontrará usted todos los datos que desea.

Nos condujo a una sala grande y nos presentó a la señora Del Campo, jefe del departamento de exposiciones, donde estaba rigurosamente ordenado el archivo de las exposiciones caninas de casi todo un siglo, y en unos armarios se guardaba el historial o genealogía canina de todas las castas cuidadosamente clasificadas y alfabetizadas. Numerosas señoritas trabajaban silenciosas llenando fichas.

Cuando *mister* Rice explicó a la señora Del Campo el objeto de nuestra visita, fué en seguida a buscar el catálogo de la exposición de Englewood, con el que estaba trabajando una muchacha. Buscó en la sección de los «terriers escoceses» y al momento encontró lo que interesaba a Vance. El dueño se llamaba Julius Higginbotton y el perro Mac Tavish. Luego miró el voluminoso registro del A. K. C. donde estaba la fecha del nacimiento: 20 de noviembre del pasado año; el padre era un Campeón Ornsay Autocrat y la madre una Laurieston Lovelace. El criador era Henry D. Bixby.

Vance apuntó estos datos y mientras estaba escribiendo dijo la señora Del Campo:

—Este catálogo aun no se ha confrontado con el libro de los árbitros... Un momento y lo comprobaré.

Fué en busca del libro de árbitros que estaba sobre una mesa, lo abrió por el folio correspondiente a los cachorros, buscó un número y encontró el nombre del perro: Mac Tavish.

—¿Ya está todo?—preguntó Vance.

—No—dijo la señora Del Campo,—ahora hay que ver si estos datos concuerdan con la ficha genealógica oficial.

Tomó el número que aparecía a lápiz junto al nombre del perro y nos invitó a seguirla a otra sala contigua, donde estuvo buscando en un fichero. En un cartón grande estaba registrado el nombre del perro, el de los progenitores, el del criador y las señas de Julius Higginbotton, que vivía en Mount Vernon, Nueva York.

—Ahora puede estar seguro, *mister* Vance, de que no hay error. Hacemos esto con todos los perros que entran en concurso. No sabe la gente el trabajo que supone.

Después de pasar por la redacción de *The American Kennel Gazette*, que estaba junto al vestíbulo, para saludar al director *mister* Louis de Casanova, Vance se despidió y dió al chófer la orden de que nos condujese inmediatamente a la Audiencia.

Cuando entramos en el despacho del Fiscal del Distrito, instalado en el cuarto piso del edificio donde estaban las salas de lo criminal, Markham se hallaba reunido con el sargento

Biblioteca Nacional de España

Heath. El secretario Swacker nos introdujo sin tardanza.

—Esto marcha — dijo Vance, sentándose y sacando la pitillera.—Ahora vengo del American Kennel Club donde me han suministrado interesantísimos informes. El perrito herido, Markham, pertenece nada menos que a Julius Higginbotton.

—¿Quién es ese hombre, Vance? ¿Y por qué te interesa tanto?

Vance encendió su cigarrillo.

—Porque lo conozco. Es miembro del Crestview Country Club y posee una magnífica finca en Mount Vernon, donde lleva lo que él se imagina ser una vida de hidalgo.

Heath se removió en su asiento.

—Al Crestview Country Club de Mount Vernon — interrumpió — fueron *miss* Lake y Grassi a bailar la noche del miércoles.

—Y no sólo eso, sargento—dijo Vance, fumando con deleite.—Higginbotton conocía mucho a Archer Coe. Hace años, Higginbotton heredó de una tía una hermosa colección de antiguas pinturas chinas, parte de las cuales vendió a Archer a un precio irrisorio. Después de venderlas se enteró por un comerciante de antigüedades de que valían una fortuna; se habló mucho en los círculos del asunto, en el sentido de presentar a Coe como poco escrupuloso y falto de ética. Higginbotton quiso remediar el engaño, pero sin resultado alguno, a pesar de las peloteras que hubo entre los dos. Higginbotton fué coronel en la Gran Guerra y es un poco tarambana.

—¿Y a dónde nos lleva eso? — preguntó Markham,repiqueteando con los dedos en la mesa.—¿Quieres dar a entender que Higginbotton vino a Mount Vernon con su perro a matar a Coe?

—¡Dios me libre! No quiero dar a entender nada. Doy cuenta de mis descubrimientos, pero he de confesar que la relación entre el perrito escocés y el coronel Higginbotton y Archer Coe me parece muy satisfactoria.

—Pues a mí me parece que aun enreda más la madeja.

—¡Eres desalentador!—suspiró Vance.—Al menos da en qué pensar esa combinación.

—Ya se me han vuelto los sesos agua de tanto pensar—replicó Markham, enojado, levantándose para asomarse a la ventana.—¿Qué te propones hacer?

—Dar un paseo por el campo. Me llegaré a Mount Vernon donde espero tener una conversación cortés y seria con el coronel, a propósito de Mac Tavish... ¿Te gustaría saber el resultado de mis esfuerzos diplomáticos?

Markham volvió a sentarse pesadamente en su sillón, diciendo:

—Aquí estaré toda la tarde.

Fué un paseo delicioso nuestro viaje a Mount Vernon. Dimos sin dificultades con la finca de Higginbotton y tuvimos la suerte de encontrar al coronel sentado en el ancho pórtico de estilo colonial.

Era un hombre recio de mediana estatura y de aspecto saludable. En sus ojos grises había un no sé qué de mundología que los quehaceres campesinos no lograban disipar y toda su persona respiraba un aire de agradable jovialidad.

Saludó a Vance efusivamente y nos invitó a un vaso de buen vino.

—¿A qué debo el honor de esta visita?—preguntó en tono de amistosa hospitalidad.—No sabe cuánto me alegro. Ha de venir usted con más frecuencia.

—Encantado—dijo Vance, sentándose ante una mesilla.—Pero hoy me ha traído un asunto de carácter algo comercial... La verdad es que me interesa mucho saber de un perro «escocés» que era suyo: Mac Tavish, que se exhibió en Englewood...

Al oír el nombre del perro, Higginbotton tosió estrepitosamente y apartó su silla con ruido, mientras miraba a las ventanas próximas del edificio. Parecía muy turbado y el tono de su voz y sus maneras, al contestar, me intrigaron extraordinariamente.

—Sí, sí, desde luego—profirió, apartándose hacia la escalinata.—Apenas voy a las exposiciones, y a propósito, *mister* Vance, quisiera mostrarle mis rosales...—Y bajando las gradas del portal, se apartó a un jardinillo de la derecha.

Vance enarcó las cejas con extrañeza y siguió a su huésped. Cuando estuvimos a tal distancia que no podían oirnos desde la casa, el coronel pasó un brazo por la espalda de Vance y le habló en tono de confidencia:

—Dios quiera que mi mujer no le haya oído. Generalmente se sienta en el salón por las mañanas y las ventanas estaban abiertas.—Parecía turbado.—Sí, señor, sería un gran contratiempo que se hubiera enterado de la pregunta. No lo tome a descortesía, por Dios; pero me ha dado usted un susto... ¡Vaya una situación molesta y delicada!—Acercó la cabeza a Vance y preguntó:—¿Quién le ha hablado de mi perro? ¿Estuvo usted en la exposición de Englewood? ¿A qué se debe su interés?—Volvió a mirar al pórtico.—¡Diablos! Si su pregunta ha llegado a oídos de mi mujer...

Vance le miró con sonrisa burlona.

—¡Vamos, vamos, coronel! — dijo alegremente.—¡No será tanto! No estuve en Englewood ni vi a Mac Tavish hasta anteayer. Se trata, coronel, de que su perrito está en mi casa de Nueva York.

—¡Qué me dice! ¿En su casa?—preguntó Higginbotton, sinceramente asombrado.—¿Cómo ha ido allí? No lo entiendo. ¡Qué cosa más rara, *mister* Vance! Explíqueme.

—¿Pero no es su perro, coronel?—preguntó Vance, tranquilamente.

—Bueno... bueno... el caso es... es decir... —masculló Higginbotton, como desconcertado —Sí, sí, supongo que quiere usted decir que yo soy su dueño nominal; pero hace ya seis meses que me desprendí de él... Verá usted, *mister* Vance, resulta que se lo regalé a un amigo... a un amigo muy querido, que vive en Nueva York.

—¡Ah!—exclamó Vance,mirando al cielo.—¿Puede saberse, coronel, quién es ese amigo?

—¡Por Dios, *mister* Vance! No sé... realmente no sé qué puede importarle eso a nadie más que a mí... y, claro, esa persona... No fué sino una transacción privada, mejor dicho, un asunto personal.—Aclaró la garganta pomposamente y añadió:—Aunque sea usted ahora el amo del perro, no sé, es decir, no llego a comprender...

—Coronel — interrumpió Vance bruscamente.—Yo no me meto en sus intimidades, pero ha sucedido algo muy serio y le tendrá más ventaja ser sincero conmigo que recibir una citación del fiscal del distrito para que se presente en su despacho.

Higginbotton abrió cuanto pudo sus ojillos y estrujó la ceniza de la pipa.

—Bueno, bueno, claro, si la cosa es tan seria, supongo que puedo confiar en usted... Pero, por todos los santos, amigo, que esto no pase de aquí.

Y de nuevo volvió la cabeza para cerciorarse de que nadie escuchaba.

—Lo cierto es, *mister* Vance, que tengo una amiga muy querida en Nueva York, una joven encantadora, créame...

—¿Rubia?—preguntó Vance en tono indiferente.

—Sí, sí, la joven es rubia. ¿La conoce usted?

—No, no tengo el gusto. Pero continúe, coronel.

—Bueno, verá usted lo que pasa, *mister* Vance. Voy con frecuencia a la ciudad por negocios y paso una noche de club y de teatro, y no me gusta ir solo, y resulta que a mi mujer no le interesan los espectáculos...

—Le ruego que no me dé excusas, coronel, y me diga cómo se llama esa joven.

—*Miss* Doris Delafield y es una joven muy hermosa, de una familia distinguida...

—¿Y a *miss* Delafield le regaló usted el perro hace seis meses?

—Eso es, pero me interesa mucho guardar el secreto. Sentiría, *mister* Vance, que mi mujer se enterase, porque no lo interpretaría en buen sentido.

—A buen seguro—murmuró Vance,—y estoy completamente da cuerdo con usted... ¿Y dónde vive *miss* Delafield, coronel?

—En un piso de la Belle Maisson, número 90 de la calle 71 del Oeste.

Los ojos de Vance parpadearon vivamente mientras encendía un cigarrillo con prosopopeya.

—¿No es la casa separada de la de Archer Coe, por el solar?

—Exactamente. ¡Coe! ¡El viejo estafador! Se tiene merecido lo que le pasó la otra noche. Juraría que lo mató alguien a quien habrá timado... Pero después de todo—añadió en tono de perdón—yo apenas le guardaba rencor y, desde luego, no tengo que decir más que bien del muerto. Es la actitud que ha de adoptar un caballero, ¿no le parece?

—Tal es mi opinión. ¿Ha leído usted los periódicos, coronel?

—Claro que sí—contestó Higginbotton, algo sorprendido de la pregunta de Vance.—El hecho es que la misma noche que lo mataron estaba yo con *miss* Delafield.

—¡Caramba, coronel! Eso es interesantísimo—dijo Vance, apartándose para coger una hoja seca de un arbusto.—A propósito, coronel—añadió, cambiando de tono:—el perrito Mac Tavish fué hallado en casa de Coe con una herida en la cabeza.

El coronel dejó caer la pipa de la boca y no se bajó a cogerla. Miró a Vance como transfigurado y perdió el color de la cara.

—Pero... pero... ¿está usted seguro?—balbució.

—En absoluto. Como le he dicho, en casa tengo a Mac Tavish. Lo encontré en la casa, en el vestíbulo inferior. Lo llevé al doctor Blamey. Está ya bien. Pero ¿cómo se explica usted, coronel, que su perro estuviese en la casa del asesinato al momento de cometerse el crimen?

—¡Explicar! ¿Cómo voy a explicármelo? ¡Por Dios! ¡Si parece increíble! Me ha dejado trastornado con...

—Pero ¿cómo es, coronel, que no se ha enterado usted de la ausencia del perro del piso de *miss* Delafield?

—¡Oh! Me olvidé de decirle...—dijo el coronel, titubeando.

—¿Qué se olvidó de decirme?

—No le dije que *miss* Delafield embarcó para Europa la noche del miércoles.

—La noche que mataron a *mister* Archer Coe—dijo lentamente Vance.

—Exacto. Precisamente estuve yo aquella noche en su piso porque habíamos de despedirnos con una cena y había de acompañarla al barco.

—¿Y cómo es, coronel, que su perro no volvió a sus perreras de aquí, cuando *miss* Delafield embarcó para Europa?

—Porque Doris, es decir, *miss* Delafield, por consejo mío, lo dejó al cuidado de la doncella, que ha de cuidar del piso durante su ausencia.

—¿Por qué le dió tal consejo?

—Porque me pareció lo mejor, porque trayéndome el perro me creaba una situación difícil al tener que dar explicaciones a mi mujer el día que Doris... *miss* Delafiel... volviese de Europa y me reclamase el perro... Y claro...

—Sí, claro; ya comprendo.

—Esperaba que mi mujer haría un viaje a Europa durante este otoño, pero decidió quedarse y uno o dos asuntillos de índole confidencial que surgieron, me aconsejaron enviar a *miss* Delafield a Europa por un tiempo, hasta que se disipasen ciertas habladurías... Estoy seguro, *mister* Vance, que sabrá usted hacerse cargo.

—Perfectamente. ¿A qué hora embarcó *miss* Delafield el a noche del miércoles?

—En el *Olympic*, a medianoche.

—¿Y a qué hora estaba usted en el piso?

—Llegué a las seis y salimos inmediatamente. Cenamos... espere... en un restaurante... llamémosle reservado, y allí estuvimos hasta la hora de ir al barco.

—¿Qué restaurante era ese?

Higginbotton arrugó la frente.

Biblioteca Nacional de España

—Si he de decirle la verdad, *mister* Vance, no me acuerdo. Ni siquiera estoy seguro de que tuviera nombre. Era un pequeño establecimiento de la calle Cuarenta o tal vez Cincuenta y tantos del Oeste. Un local que le había recomendado a *miss* Delafield un amigo.

—Un poco vago es eso, ¿verdad?—dijo Vance, descansando sus ojos en los del coronel.—Pero, gracias de todos modos. Al volver a Nueva York voy a preguntar algo a la doncella de *miss* Delafield. Supongo que no tendrá usted inconveniente. Y, a propósito, ¿cómo se llama?

El coronel se asustó un poco.

—Anne Cochrane—dijo, y se apresuró a añadir:—Pero, si tan serio es esto, *mister* Vance, ¿tendría algún inconveniente en que le acompañase a la ciudad? Me gustaría saber por qué no me notificó Annie la ausencia del perro.

—Estaré encantado—le dijo Vance.

Volvimos a Nueva York con el coronel Higginbotton, deteniéndose en la Ribera para comer, y de allí nos dirigimos a la Bella Maison.

Annie Cochrane era una morena de poco más de treinta años e indudablemente de origen irlandés, que al abrir la puerta y ver al coronel Higginbotton se quedó muy confusa y asustada.

—Oye, Annie—empezó el coronel en tono agresivo:—¿por qué no me avisaste que el perro de *miss* Delafield había desaparecido?

Annie dijo atropelladamente que temió de la desaparición del perro, porque tenía ella la culpa de que se hubiera escapado y esperaba de un día a otro que volviera.

—¿Cuándo se fué el perro, Annie?—preguntó Vance, cariñoso, al ver a la joven tan asustada.

La mujer le dirigió una mirada de agradecimiento y contestó:

—Lo eché de menos poco después que el coronel Higginbotton y *miss* Doris salieron el miércoles por la noche a eso de las nueve.

Vance se volvió a Higginbotton con una leve sonrisa.

—¿No me ha dicho usted que salieron a las seis, coronel?

Sin dar tiempo a que el coronel contestase, la doncella corroboró:

—¡Oh, no! No eran las seis. Eran las nueve. Yo les preparé la cena antes de las ocho.

El coronel bajó la cabeza y se pellizcó la barbilla pensativamente.

—Sí, sí, es verdad. Pensaba que eran las seis, pero ahora recuerdo. Y que era exquisita la cena que nos preparaste, Annie.—Y se volvió a Vance con una sonrisa de campechana franqueza. — Siento haberle informado mal, *mister* Vance. A veces me falla la memoria... Tenía la intención de llevarme a cenar a *miss* Delafield. Pero cuando llegué, Annie nos lo había preparado todo y cambiamos de idea.

Vance aceptó la explicación sin comentarios.

—¿Y a qué hora llegó usted aquí, coronel?

Higginbotton parecía meditar la contestación, pero sin darle tiempo, Annie contestó por él con respetuosa ingenuidad:

—Llegó usted a las seis. Y *miss* Doris a las siete y media.

—¡Ah, sí! Eso es, Annie—dijo el coronel, afectando agradecimiento por haberle refrescado la memoria. — *Miss* Delafield — añadió para Vance—dijo que la habían entretenido las compras.

—Bueno, bueno—murmuró Vance.—No sabía que las tiendas se cerrasen tan tarde... ¡Es raro!

—¡Oh! Algunas de las pequeñas tiendas de Madison Avenue estoy seguro de que las cierran tarde.

Vance fingió no hacer caso de la explicación y se volvió a la doncella.

A propósito, Annie: ¿estaba aquí el perro durante la cena?

—Sí, señor—afirmó la mujer.—Siempre me lo tropieza cuando sirvo.

—¿Y cómo se explica la desaparición inmediatamente después de haberse marchado el coronel Higginbotton y *miss* Delafield?

—Eso sí, no lo sé, francamente no lo sé. Lo busqué por todas partes, por el patio, por todo el espacio libre de la casa, y no lo encontré en parte alguna.

—¿Por qué no lo buscó en la calle?

—Porque no podía haber salido por la puerta de la calle, señor. Andaba por la cocina y por el comedor, y sólo la puerta de la sala da al vestíbulo. Pero estaba cerrada con llave desde que los señores salieron.

—Entonces, por lo visto, sólo pudo salir el perro por el patio de atrás.

—Sí, señor, por ninguna parte más. Y eso es lo extraño del caso, señor, porque si hubiera salido por el patio de atrás, lo hubiese visto.

—¿No miró usted por el espacio libre entre esta casa y la residencia de *mister* Coe?

—También miré, aunque sabía que era inútil; no podía haber pasado por la puerta de la verja porque siempre está cerrada.

—Pero al perro se le dejaba correr por el patio de atrás, ¿no?

—¡Ah, sí, señor! Como ocupamos el primer piso, tenemos acceso al patio y yo siempre dejaba abierta la puerta de la cocina para que pudiera entrar y salir a su antojo.

Vance guardó un momento de silencio y luego preguntó con inusitada seriedad:

—¿A qué hora empezó usted a buscar el perro, Annie? Fíjese bien, es muy importante.

—Puedo decírselo casi con exactitud—contestó la mujer, resueltamente. — Fué cuando acabé el trabajo. *Miss* Doris y *mister* Higginbotton se marcharon a las nueve, y cuando yo acabé de arreglarlo todo eran las diez y media.

—¿Cómo se explica usted la desaparición del perro, Annie?

—No me lo explico, señor. Al principio, cuando después de buscarlo no lo encontré, pensé que se lo habría llevado algún chino o algún trajinante. Es tan tontín y tan cariñoso, y tiene un carácter tan amable, que cualquiera puede hacer que le siga. Pero nadie estuvo aquí desde las siete, aquella noche.

»No sabe usted lo apenada que estoy—dijo, volviéndose al coronel como pidiendo perdón. —Quería al pequeño Mac Tavish...

—No se apure, Annie—dijo Vance en tono afable.—Mac Tavish está bien, afortunadamente. Y a propósito—añadió, dirigiéndose a Higginbotton,—¿dónde adquirió usted el perro, coronel?

—Se lo compré a *mister* Henry Bixby, cuando tenía cinco meses. Doris se entusiasmó con él y se empeñó en llevarlo a la exposición. Traté de disuadirla...

—Era digno de ser exhibido—interrumpió Vance. — Y lo llevó usted a *mister* Prentice para que lo arreglase, ¿no?... Pero ¿por qué lo inscribió usted con su propio nombre en Englewood?

—Créame que no lo sé—dijo el coronel, evidentemente disgustado consigo mismo.—Una de esas tonterías que cometemos los hombres. *Mister* Bixby arregló los papeles en mi nombre, y ya no me preocupé más. Nunca se me ocurrió pensar que Doris quisiera exponerlo. Llené la hoja de inscripción y, ahí tiene usted. Disgustos, disgustos y disgustos... ¿Hay algo más, *mister* Vance?

—No, creo que no... Sólo hacer otra pregunta a la doncella. Annie, ¿qué clase de carmín para los labios usa *miss* Delafield?

La doncella quedó muy sorprendida de la pregunta y miró a Vance con asombro. Luego dirigió una rápida mirada a Higginbotton.

—Bueno, ¿lo sabes o no lo sabes, Annie?—le preguntó el coronel con severidad.

—Sí, señor, que lo sé. El miércoles mismo por la mañana me mandó la señorita a la perfumería a comprarle un lápiz para los labios.

—Pues dile a *mister* Vance de qué clase era.

—Era uno Doble Carmín o cosa por el estilo; *miss* Doris me lo escribió en un papel.

—Muchas gracias, Annie. Nada más.

Al salir a la calle, el coronel no pudo ocultar su curiosidad:

—¿Qué es eso del lápiz para los labios?

—¡Oh! Nada de importancia — contestó Van con indiferencia.—Sólo quería aclarar un punto. Un lapicero casi vacío de *Duplaix's Carmine* se encontró el jueves por la mañana en la cesta de los papeles de la biblioteca de *mister* Coe.

—¡Por Dios! ¿Qué me dice?—exclamó el coronel, aunque no parecía muy impresionado.—Doris debió de entrar a despedirse de Archer Coe.

—¡Ah! ¿Se conocían?

El coronel frunció el ceño.

—Se lo presenté hará un año. Lo visitaba de vez en cuando, aunque debo añadir que no me gustaban sus visitas. Llegué a decirle con toda franqueza que prefería que renunciase a ellas.

—¿Sabía *miss* Delafield cómo le trató a usted *mister* Coe respecto a aquellas pinturas chinas?

—Se lo conté, pero no por eso modificó su conducta. Ya sabe usted como son las mujeres. No tienen el sentido ético de los negocios.

—Bueno, coronel—dijo Vance, alargando la mano,—quiero darle las gracias por su ayuda. Ya le tendré al corriente de la salud del perro. Entretanto, puede estar seguro de que no le faltarán cuidados.

—¿Qué le parece que haga ahora?—preguntó el coronel.

—Yo de usted me iría a casa y me echaría a dormir.

—Eso sí que no—declaró el coronel.—Iré al club y me tumbaré en mi cuarto... Nunca he sentido tanta necesidad de una buena botella como en este momento.

Cuando se hubo despedido, Vance subió a su coche, que esperaba ante la Belle Maison, y dió órdenes de guiar a la Audiencia. Apenas nos introdujeron en el despacho particular de Markham, Vance se dejó caer en un sillón y cerró los ojos.

—Traigo noticias, amigo Markham — pronunció.

—Enhorabuena — dijo Markham, alargando el brazo para sacar un cigarro de la tabaquera.

—¿Qué hay de nuevo?

Vance se hundió aún más en el sillón.

—Me parece que sé quien mató a los hermanos Coe.

CAPITULO XIX

MUERTE Y REVELACIONES

(Sábado, 13 de octubre; a las 4 y media de la tarde)

Markham se apoyó en la mesa y dirigió a Vance una mirada de maliciosa duda.

—Casi me lo haces creer—dijo.—¿Qué nombre pongo en la orden de tención?

—No te apresures, Markham. Aún queda algo que hacer, hay que atar varios cabos antes que la ley deje caer su peso sobre el culpable, como se dice vulgarmente.

—Al menos podrías decidirte a ser conmigo sincero de una vez—dijo Markham con el mismo acento de ironía.

—Espera, amigo. Déjame guardar el secreto por algún tiempo. Después de todo, la conclusión a que he llegado se funda en una evidencia moral. La prueba que puedo aducir es tan deleznable, que cualquier abogado la haría polvo. Si a mí me satisface, no sé si satisfaría a un jurado; pero creo que podré darle

Biblioteca Nacional de España

consistencia... ¿No puedes esperar un poco, Markham?

—Haré un esfuerzo para no salir del encantamiento... Pero supongo que sabrás cómo se cometieron los crímenes.

—¡Ay, no!—lamentó Vance.—Ese es el motivo que tengo para no revelar el nombre de quien los perpetró. Nadie habría de acusar a una persona de un delito sin que indique cómo lo ha cometido, y menos si el delincuente puede probar que no fué él el autor.

—Hablas de un modo vago—obesrvó Markham.

—Porque tengo ideas vagas. Puedo representarme los hechos referentes al asesinato de Archer, pero me estrello ante el asesinato de Brisbane. Faltan las causas del móvil, y no tiene sentido desde el punto de vista lógico. Pero no hay duda que el asesino deseaba ardientemente la muerte de Archer. No obstante, sería un error acusarlo si las apariencias hablasen a favor de su inocencia... ¿No estás de acuerdo conmigo?

—Estoy a punto de echarme a llorar—replicó Markham.—¿Y qué piensas hacer para salir del atolladero en que te has metido?

Vance se levantó y dijo con gran seriedad:

—Pienso ir a casa de Coe y hacer unas preguntas a sus habitantes. ¿Quieres acompañarme?

Markham miró el reloj de pared y llamó a su secretario.

—Me marcho por hoy—dijo. Y cogiendo el sombrero y el abrigo de una percha, se dirigió a la puerta, donde se detuvo, para decir:

—Ya me interesa... hasta cierto punto... Pero ¿y Heath?

—¡Hombre, el sargento, no faltaba más! —contestó Vance.—Está indicadísimo.

Markham volvió a su mesa y telefoneó a las oficinas de la Brigada Criminal. Luego de hablar, volvió al lado de Vance.

—Heath nos esperará en la puerta de la Jefatura de Policía.

Subimos al coche de Vance, recogimos al sargento, que presentaba un aspecto de grave preocupación, y por la calle 59 y Quinta Avenida entramos en el Central Park, para dar la vuelta en dirección a la calle 72.

Cuando pasamos junto al estanque aún había sol, aunque velado por una calina crepuscular. El termómetro había subido y envolvía la ciudad una atmósfera tibia que me hizo pensar en el veranillo de San Martín. Empezaban las hojas a secarse y el parque ofrecía un aspecto de hermoso colorido que me recordó un cuadro de Monet que vi una vez en la *Salle Comandeau* del Louvre.

Cuando nos aproximábamos a la entrada occidental del parque, distinguí a una persona conocida, sentada en un banco, casi arrimado a la cerca del recinto, a cierta distancia del paseo, y casi al mismo tiempo Vance dió al chófer la orden de parar.

—Wrede está haciendo examen de conciencia en aquel banco—dijo,—y es una de las personas con quien deseo hablar. Podemos acercarnos paseando y le haré unas preguntas.

Abrió la portezuela y le seguimos por un senderito que se abría en el seto.

Wrede estaba sentado de espaldas a nosotros, a unas cien pies de distancia. Cuando nos acercábamos a lo largo del seto, descubrí la recia corpulencia de Enright, que, en sentido opuesto, se acercaba al banco que ocupaba Wrede, con su Doberman Pinscher atado a la correa.

—¡Hola, hola!—observó Vance.—El locuaz *mister* Enright está invadiendo un nuevo terreno. Quizá Ruprecht se haya cansado de ver el estanque...

Entonces sucedió algo espantoso. El Doberman se detuvo en seco, retrocedió uno o dos pasos y se encogió como ante una amenaza. De pronto, lanzando un aullido extraño, dió un brinco arrancando la correa de la mano del atónito Enright y se lanzó impetuosamente contra Wrede. Éste volvió la cabeza, se revolvió y quiso levantarse; pero no tuvo tiempo. El Doberman se arrojó sobre él con certero tino y le hincó los colmillos en el cuello. Wrede cayó de espaldas bajo el perro, que ladraba amenazador y fiero. Era un cuadro horroroso.

El sargento Heath gritó con todas sus fuerzas, tratando en vano de asustar al perro, y se abrió paso por el seto que nos separaba del banco, con una agilidad sorprendente. Al acercarse al grupo confuso que formaba Wrede y el perro sacó el revólver. Vance miraba todo aquello con una sangre fría que yo no me explicaba.

—Eso es justicia bien aplicada, Markham—comentó, encendiendo un cigarrillo con mano firme.

En aquel momento, Heath apuntó la boca del revólver a la cabeza del perro y sonaron dos disparos. El Doberman se tumbó de costado, estiró las patas y se quedó quieto.

Cuando llegamos nosotros, Wrede no se movía. Estaba tendido con los ojos abiertos y las manos en alto, inmóvil como un muerto. Tenía la garganta enrojecida y bajo su cabeza se encharcaba la sangre. Era un espectáculo espantoso.

Enright se acercó con la boca abierta y blanco como el papel

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—murmuraba.

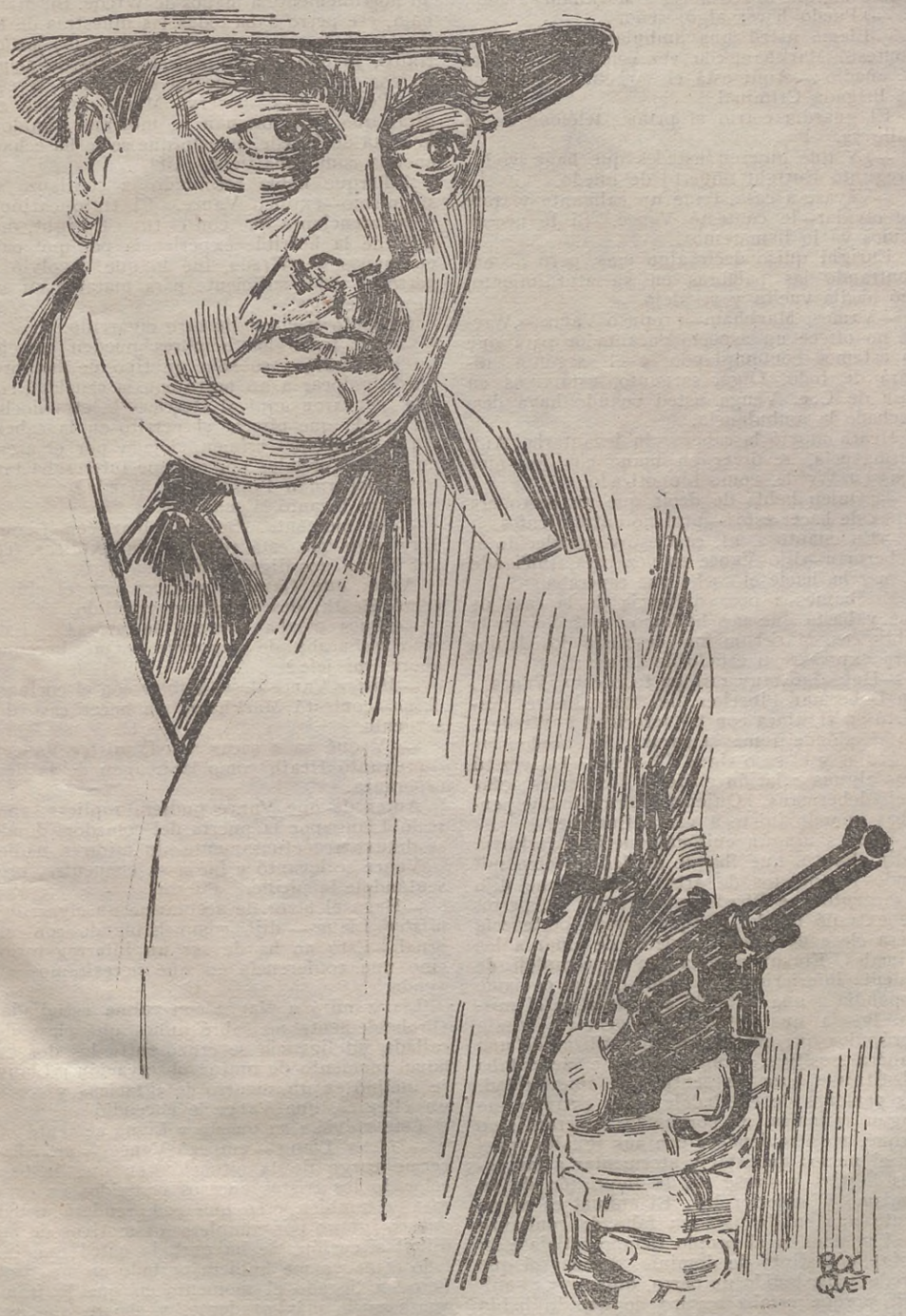
Vance se agachó a examinar a Wrede sin dejar de fumar y luego se volvió a Enright, diciéndole con voz áspera:

—Está bien, no se preocupe. Se lo tenía bien merecido. Había tratado al animal a golpes con toda crueldad, y el perro se ha vengado.

Luego se arrodilló y tomó el pulso al herido, inspeccionó el cuello de Wrede moviendo lentamente la cabeza y se incorporó para encogerse de hombros.

—Está muerto, Markham—dijo, sin la menor emoción.—Los colmillos del perro le han cortado la yugular y la carótida. Wrede murió casi en seguida por la abundante hemorragia y acaso por asfixia... No hace falta llamar a un médico.

En aquel momento se acercó un guardia de



En aquel momento, Heath apuntó

Biblioteca Nacional de España

uniforme, que al reconocer a Markham saludó:

—¿Puedo hacer algo, señor?

—Llame usted una ambulancia, guardia—contestó Markham con voz esforzada y dura. Y añadió:—Aquí está el sargento Heath, de la Brigada Criminal.

El guardia corrió al primer teléfono de la calle 72.

—¿Y qué quieren ustedes que haga yo?—preguntó Enright, muerto de miedo.

—Váyase a casa, tome un calmante y trate de olvidar—le contestó Vance.—Si lo necesitamos ya lo llamaremos.

Enright quiso decir algo más, pero no encontrando las palabras en su aturdimiento, dió media vuelta y se alejó.

—Vamos, Markham—propuso Vance.—Wrede no ofrece un aspecto encantador para que lo estemos contemplando, y el sargento cuidará de todo. Oiga, sargento, estaremos en casa de Coe. Venga usted cuando haya despachado la ambulancia.

Heath movió la cabeza sin levantarla. Aún permanecía, revólver en mano con los ojos fijos en Wrede, como hipnotizado.

—¡Quien había de decir que un perro era capaz de hacer esto!—profirió entre dientes.

—En cuanto a mí, casi estoy agradecido al Doberman—dijo Vance en voz baja, iniciando la marcha hacie el coche que esperaba.

Estábamos a poca distancia de la casa de Coe y hasta que nos hallamos sentados en la biblioteca Markham no desplegó los labios para expresar su estado de ánimo:

—Hay algo muy raro en todo esto, Vance... Un Doberman Pinscher, que tanto interés despertó en ti, ataca con tal ferocidad a Wrede... No sé adónde iremos a parar... Se suceden las tragedias y el caso sigue a oscuras. Tal vez tú veas alguna relación entre el «terrier escocés» y el «doberman». ¿Quieres decirme lo que pensabas cuando fuiste a ver a Enright?

—No es ningún enigma, querido Markham—dijo Vance, que iba de un lado a otro mirando los objetos de arte.—Cuando me dijo el sargento que Wrede había tenido un perro, me extrañó mucho, porque Wrede pertenecía a esa clase de tipos incapaces de amar a los animales. Era un egoista con un complejo de violenta inferioridad, es decir, que su egoismo respondía a una falta de confianza en sí mismo. Poseía una inteligencia perversa y sin escrúpulos que era incapaz de utilizar de una manera positiva. Constantemente necesitaba substituirse para su sentido de inferioridad. Las personas de esa índole no es extraño que tengan animales, no porque los quieran, sino porque, no atreviéndose con sus iguales, pueden al menos molestar y atormentar a las pobres bestias y darse así la impresión de su heroismo y superioridad. El animal es meramente una salida para su falta de confianza en sí mismos, y al propio tiempo satisface su profundo instinto de dominio. Apenas oí que Wrede había tenido un perro, quise ver al animal, porque estaba seguro de que lo había maltratado, y cuando vi al Doberman asustado y atemorizado, comprendí que había sufrido horriblemente a manos de Wrede. Sí, Markham, ese perro daba todas las muestras de haber recibido muchos estacazos y los peores tratos, lo que estaba perfectamente de acuerdo con el carácter que yo atribuía a Wrede.

—Pero, Vance—observó Markham,—no me dirás que el Doberman se mostrase tímido a la vista de Wrede, puesto que se le ha echado encima como una fiera. ¡Uf!

—Porque había recobrado la confianza en sí mismo—explicó Vance.—El trato cariñoso y las atenciones que con él tuvo Enright, después de la horrible experiencia por que pasó en manos de Wrede, fué lo que devolvió al perro el valor suficiente para matar a su antiguo enemigo.

Se sentó y encendió otro cigarrillo.

—Casi todos los hombres pueden cometer un asesinato, pero sólo un tipo de hombres puede golpear a un perro con la crueldad con que golpearon aquí al «terrier» la otra noche. La herida que ofrecía el perrito en la cabeza era la firma del crimen, dejada por el asesino... ¿Comprendes por qué me interesaba tanto el Doberman Pinscher de Wrede?

Vance levantó la mano.

—Un momento. Deseo hablar con Liang. Hay algo que está todavía sin explicar. Tal vez Liang nos diga... ahora...

Antes que Gamble volviera con el chino, entró Heath, desconcertado y pálido.

—¡Pues estaba muerto de veras!... Este caso no acaba de gustarme. ¿Qué hacemos ahora, mi jefe?

—*Mister* Vance desea hablar con el cocinero chino—contestó Markham, sin hacer caso del sargento.

—¿Y qué va a sacar usted, *mister* Vance?—preguntó Heath como la imagen de la desesperanza.

Antes de que Vance pudiera replicar, apareció Liang por la puerta del comedor, donde se detuvo respetuosamente sin mirar a nadie.

Vance se levantó y fué a su encuentro, presentándole la pitillera abierta.

—Haga el favor de aceptarme un cigarrillo, *mister* Liang—dijo como hablando con un igual.—Esto no ha de ser un interrogatorio, sino una conferencia en que necesitamos su ayuda.

Liang miró a Vance con calma estudiada. (Probablemente no sabré nunca qué clase de callada inteligencia se cruzó entre los dos en aquel momento de mutua observación.) Liang se inclinó en un susurro de «gracias» y cogió un «Regie», que Vance le encendió

Éste volvió a su puesto y Liang se sentó.

—*Mister* Liang—empezó Vance,—creo hacerme cargo de la situación en que le han colocado los tristes sucesos ocurridos en esta casa y también creo que comprenderá usted que no ignoro por completo los motivos de su difícil situación. Se ha portado usted casi en todo como yo me hubiera portado en su caso. Pero ha llegado el momento en que la franqueza es lo más prudente, y espero que me creerá si le digo que no ha de temer usted ningún daño. Ya no está usted en peligro. Ya

no es posible que nos equivoquemos respecto a usted, y si he de decirle la verdad, nunca sospeché de usted.

Liang volvió a inclinar la cabeza y dijo:

—Tendría sumo placer en ayudarle si estuviera seguro de que la verdad de lo sucedido en esta desgraciada casa ha de prevalecer y no se me ha de acusar de algo que alguien desea echar sobre mi conciencia.

—Puedo asegurárselo, *mister* Liang—se apresuró a replicar Vance. Y añadió significativamente:—*Mister* Wrede ha muerto.

—¡Ah!—murmuró el criado.—Eso ya cambia por completo de aspecto.

—Enteramente. A *mister* Wrede lo ha matado un perro al que había maltratado.

—Lao Tse dice que quien abusa del débil puede ser víctima de su propia debilidad.

Vance inclinó la cabeza en cortés aprobación.

—Espero—dijo—que algún día penetrará la sabia doctrina del Tao Teh King en nuestra civilización occidental... Pero, a oscuras como estamos sin las luces de la sabiduría oriental, sólo puedo rogarle que nos ayude a resolver el presente problema... ¿Quiere decirnos qué sucedió, o mejor dicho, qué vió cuando volvió a casa entre ocho y nueve de la noche del miércoles?

Liang se movió en su asiento fijando sus ojos escrutadores en Vance, y antes de hablar disimuló su vacilación fumando con avidez.

—Era exactamente a las ocho—dijo sin que la voz se le alterase.—Al entrar en la cocina oí voces aquí, en la biblioteca. *Mister* Wrede y *mister* Archer Coe estaban hablando. Parecían enojados. Traté de no escuchar, pero fueron levantando la voz hasta el punto de llegar a mi dormitorio. *Mister* Coe protestaba indignado y *mister* Wrede gritaba más encolerizado a cada momento. Oí ruidos de pelea, una exclamación ahogada, un ruido como de algo pesado que cae a tierra. Siguió un breve silencio, y me pareció percibir un chasquido como de loza que se hace añicos. Luego otro silencio. Momentos después oí a alguien que cruzaba la cocina y salía por la puerta de atrás. Esperé en mi dormitorio un cuarto de hora, preguntándome si había de intervenir en un asunto que no me concernía. Decidí ver lo que había pasado, movido de un sentimiento de lealtad a mi patrón.

»Volví, pues, aquí y hallé la biblioteca desierta; levanté el taburete que había caído frente al diván y me estuve leyendo cerca de una hora en la cocina. Pero estaba inquieto, no me gustaba el hecho de que *mister* Wrede, en vez de salir por la puerta de la calle se hubiera escurrido como un ladrón por la de la cocina. Subí al dormitorio de *mister* Coe y llamé a la puerta sin obtener contestación. Volví a llamar con el mismo resultado. Abrí, no estaba echado el cerrojo, y vi que *mister* Coe dormía sentado junto a la mesa; pero me llamó la atención su extrema palidez y me le acerqué, lo toqué; pero no se movió... y comprendí que estaba muerto... Salí del dormitorio, cerré la puerta y volví a la cocina.

»Reflexioné en lo que me convenía hacer y, como nadie me había visto volver a casa, decidí salir de nuevo y no regresar hasta muy tarde. Fuí, pues, a ver a unos amigos y volví a entrar a eso de las doce, haciendo un ruido innecesario, para que me oyera cualquiera que estuviese en casa. Al cabo de un rato volví a la biblioteca y procedí a una detenida inspección porque no podía comprender lo que había sucedido aquí. Encontré el hurgón caído en el fogón y vi que tenía sangre. También encontré la daga en el jarrón *Ting yao* de Yung Cheng que estaba en esa mesa. Se me ocurrió pensar que los dos instrumentos habían sido dejado aquí con algún propósito, que si se había cometido un asesinato se me querría achacar a mí...

—Estaba usted en lo cierto, *mister* Liang. Pienso que dejaron aquí los dos instrumentos para complicarlo.

—No acababa de hacerme cargo de la situación—continuó el chino,—pero creí que podría estar más tranquilo si escondía la daga y el hurgón. En caso de que se maquinase algo contra mí, la presencia de armas en la biblioteca me condenaba, si podía probarse que yo había estado aquí. La daga es china y podía calumniárseme de haber vengado los medios usados por *mister* Archer Coe para privar a mi país de sus antigüedades.

—Sí—convino Vance.—Esa era sin duda la intención del asesino... Y así aprovechó usted la primera oportunidad para dejar las dos armas arriba.

—Es cierto—admitió Liang.—Allí las dejé cuando el mayordomo mandóme a la habitación de *miss* Lake el día siguiente. De haber sabido la gravedad de la situación y comprendido cómo se desenvolvieron los acontecimientos, hubiese obrado de otro modo. Aun no comprendo la trama del crimen. La pelea, por decirlo así, entre *mister* Wrede y *mister* Archer Coe, se desarrolló en la biblioteca, pero el cadáver se halló en su dormitorio.

—¿No podía *mister* Wrede—preguntó Vance—haber ayudado a *mister* Coe a subir después de la refriega?

—No—negó el chino en tono enfático.—Momentos después de la pelea en la biblioteca, *mister* Wrede salió a hurtadillas por la cocina y se marchó por la puerta trasera.

—¿Cómo puede asegurar que fué Wrede, *mister* Liang, si no lo vió?

Una leve sonrisa asomó a los labios del chino al contestar:

—En mi país están los sentidos más aguzados que en Occidente. Había oído a *mister* Wrede andar por la casa demasiadas veces para no conocer sus pasos y su presencia. ¿Y puedo permitirme una pregunta?

—Las que quiera, *mister* Liang, y trataré de ser tan franco como usted.

—¿Cómo sabía usted que yo estaba enterado del crimen la noche que se cometió?

—Por varios indicios, *mister* Liang—contestó Vance;—pero usted mismo me lo dijo con un *lapsus linguae*. Cuando le tomé declaración la primera vez, habló usted de una tra-

Biblioteca Nacional de España

gedia y, al preguntarle cómo sabía que había ocurrido una tragedia, me contestó que había oído telefonear a Gamble, mientras preparaba usted el desayuno.

Liang miró a Vance un momento con expresión de asombro. De repente asomó una sonrisa a sus labios y dijo:

—Ahora caigo. Ya había preparado el desayuno cuando telefoneó el mayordomo, puesto que descubrió el crimen cuando fué a servirlo a *mister* Coe... Sí, cometí un desliz; pero se requiere una cabeza muy despierta para descubrir el error.

Vance agradeció el cumplido.

—Y ahora permítame otra pregunta, *mister* Liang. ¿Por qué fingía usted trabajar en la cocina a las tres de la mañana de ayer, después del atentado contra *mister* Grassi?

El chino levantó la cabeza poniéndose en guardia.

—¿Fingía?

—La tinta estaba completamente seca en las cuartillas que usted tenía tan cuidadosamente ordenadas sobre la mesa.

Una ligera sonrisa volvió a partir los ascéticos labios del oriental.

—Luego temí que podría usted haberse fijado en eso... El caso es, *mister* Vance, que estaba montando la guardia. A eso de las dos y cuarto de la mañana me despertó un ligero ruido. El de una llave que giraba en la cerradura de la puerta de atrás. Tengo un sueño muy ligero y me desvelo a cualquier ruido. Escuché, y alguien abrió la puerta y pasó por la cocina a la despensa, y por el comedor a la biblioteca...

—¿Reconoció usted los pasos?

—Indudablemente. La persona que se introdujo tan precavidamente era *mister* Wrede... Sabiendo lo que sabía, no me fiaba de él y esperaba poder cogerlo de un modo u otro. Me levanté, me vestí, di toda la luz de la cocina, y me senté a la mesa, como si estuviera trabajando. Quince minutos más tarde, oí que volvía *mister* Wrede a la despensa a paso de lobo y qu ese retiraba de nuevo hacia la biblioteca. Había visto la luz de la cocina y sin duda temía entrar. No oí que se abriera la puerta de la calle, que es el otro único punto de salida, a no ser por las ventanas, y decidí mantenerme firme.

»Poco después oí los gritos de *mister* Grassi y luego la voz del mayordomo en el teléfono. A pesar de todo, creí preferible permanecer en la cocina, pues pensé que *mister* Wrede podía estar aún oculto en algún rincón esperando una oportunidad para escapar por la puerta de atrás. Cuando entraron ustedes y me informaron de la agresión contra *mister* Grassi, les indiqué la ventana de la sala interior, porque no sabía por qué otro nuuto podía haber escapado *mister* Wrede.

Liang adoptó una expresión de tristeza.

—Siento que mis buenos propósitos no tuvieran más éxitos, pero al menos puse obstáculos a la huida de *mister* Wrede.

Vance se levantó con el cigarrillo en los dedos.

—Nos ha hecho usted un gran servicio—dijo.—Ha puesto en claro muchas cosas. Le quedamos agradecidísimos.

Se acercó a Liang y le tendió la mano. El chino se la tocó y se inclinó.

CAPÍTULO XX

LA REVELACIÓN

(Sábado, 13 de octubre, a las 6,30 de la tarde)

Cuando Liang se hubo retirado, Vance envió a Gamble en busca de Hilda Lake, a quien informó sin preámbulos de la muerte de Wrede.

La joven, tras mirar a Vance un momento, enarcó las cejas, se encogió ligeramente de hombros y dijo:

—No se ha perdido gran cosa

—Además—continuó Vance,—creo que *mister* Wrede asesinó a sus tíos y atentó contra la vida de *mister* Grassi.

—No me sorprendería—comentó ella fríamente.—Sospechaba que mató a tío Archer, pero no comprendía cómo pudo hacerlo. ¿Han descubierto ustedes el procedimiento?

Vance movió la cabeza.

—No, *miss* Lake. Queda por resolver ese término del problema.

—¿Pero por qué había de matar a tío Brisbane? Tío Brisbane le prestaba su apoyo.

—Es otro punto que hay que poner en claro. Fué un error, algo que no entraba en sus cálculos.

—Comprendo que atentase contra la vida de *mister* Grassi. *Mister* Wrede era enormemente celoso.

—Todos los hombres que tienen despierta la conciencia de su inferioridad son intensamente celosos—dijo Vance.—Pero esta tarde se me ha ocurrido pensar una cosa que deseo me ponga usted en claro. Dígame, *miss* Lake, ¿qué razones podía tener Brisbane para matar a Archer?

La pregunta de Vance me sorprendió y, al mirar a Markham y a Heath, descubrí en ellos la misma sorpresa; pero Hilda Lake la aceptó como la cosa más natural del mundo.

—Muchas razones—contestó sin alterarse.—Había entre los dos un profundo antagonismo. Tío Brisbane tenía muchos proyectos y una gran ambición, pero siempre se sentía atado por tío Archer, que no aflojaba el dinero. El dinero pues, era una de las razones. Además, tío Brisbane veía que tío Archer no se portaba bien conmigo y tenía mucha prisa de verme casada con *mister* Wrede. Ya sabe usted que tío Archer se oponía violentamente a nuestro matrimonio.

—¿Y usted, *miss* Lake?

—¡Oh! Yo pensaba que el matrimonio sería para mí una solución. *Mister* Wrede tenía un carácter comodón que no me hubiera molestado para nada y yo estaba ansiosa por escapar del ambiente raro de esta casa. Conocía todos sus defectos, pero mientras no se hubiese metido conmigo...

—Acaso—insinuó Vance—la llegada de *mister* Grassi le hizo cambiar de idea.

Por primera vez desde que conocía a Hilda Lake descubrí en sus ojos una ligera expresión de coquetería. Bajó la vista como si se sintiera ruborizada, y replicó en voz baja:

—Tal vez, como usted dice, al conocer a *mister* Grassi cambié de idea.

Vance se levantó.

—Espero, *miss* Lake, que serán ustedes muy felices.

Cenamos aquella noche en casa de Vance. Tanto éste como Markham estaban contrariados por no haber llegado a una conclusión satisfactoria, ya que quedaban sueltos muchos eslabones de aquella cadena de pruebas; pero no se pasó la noche sin que quedaran sujetas todas las piezas de convicción y sin haber llegado a una completa explicación de los hechos más misteriosos.

Nos llegó la revelación del misterio de la manera más inesperada, mientras estábamos hablando, después de la cena, en la biblioteca de Vance.

—No estoy satisfecho—masculló Markham.—Este caso presenta muchos puntos que no comprendo y que no se han explicado satisfactoriamente. ¿Por qué había de matar Wrede a Brisbane? ¿Qué significado tiene el revólver en la mano de Archer y la bala en su cabeza, después de muerto? ¿A qué vienen esas precauciones de cerrar la puerta mediante una manipulación diabólica?

—Eso es fácil de explicar—replicó Vance fumando tranquilamente.—Lo que no comprendo es cómo Archer subió la escalera después de ser apuñalado en la biblioteca. No cabe duda, después de haber oído el relato de Liang, que el crimen se perpetró abajo.

—No estoy muy seguro de que no te equivoques, Vance—objetó Markham.—Si tu supuesto responde a la verdad, habremos de admitir lógicamente la proposición de que un muerto subió la escalera.

Vance inclinó la cabeza.

—Ya lo comprendo—dijo pensativamente. De pronto se levantó como movido por un resorte y se plantó ante Markham, rígido y animado:—Un muerto subió la escalera—repitió con voz firme y ronca.—¡Eso es! Eso lo explica todo... Sí, Markham: *¡un muerto subió la escalera!*

Markham se le quedó mirando con indulgencia.

—Vamos, vamos, Vance—le dijo en tono de bondad paternal.—Este caso te ha trastornado. Toma algo para dormir y acuéstate...

—No, no, Markham—interrumpió Vance con la vista fija en el vacío.—Eso es lo que ocurrió la otra noche. Archer Coe... ya muerto... subió la escalera. Y lo más terrible, Markham, es que *¡él no sabía que estuviese muerto!*

Vance se volvió vivamente a una obra en varios tomos en cuarto que ocupaba un estante de la librería. Fué pasando el dedo por los lomos hasta llegar a la letra «E». Lo cogió, volvió las páginas hasta que encontró lo que buscaba y dijo:

—Escucha, Markham. Aquí tenemos la historia de un muerto que anda.—Y leyó lo que decía la enciclopedia: «*Isabel (Amelia Eugenia), 1837-1898, consorte de Francisco José, emperador de Austria, hija del Duque Maximiliano José de Baviera y de Luisa Guillermina, nació el 24 de diciembre de 1837, en Lake Starnber...*—Volvió la página—aquí está lo referente a su muerte: «*Isabel pasaba mucho tiempo viajando por Europa y en el palacio que se construyó en Corfú. El 10 de septiembre de 1898 pasaba por las calles de Ginebra con su séquito en dirección al embarcadero, cuando un anarquista llamado Luigi Lucheni se precipitó a su paso y le hirió en la espalda con una lezna de zapatero. La policía se apoderó del delincuente, y ya se lo llevaban cuando la Emperatriz lo contuvo ordenando que lo soltasen. «No me ha hecho ningún daño—dijo—y en esta ocasión deseo perdonarlo.» Continuó paseando hasta el vapor que estaba a más de media milla de distancia, y se despidió de sus súbditos desde cubierta. Luego se retiró a su camarote y se acostó. Horas más tarde la hallaron muerta. Lucheni le había hundido el arma sin que ella se percatase de la herida y murió horas después de una hemorragia interna. Este crimen fué la última desgracia que le ocurrió al emperador de Austria y provocó la indignación de toda Europa...*»

Vance cerró el libro y lo apartó a un lado.

—¿Comprendes ahora lo que quiero decir, Markham?—preguntó.—Un muerto puede hacer cosas extrañas sin saber que está muerto... Pero ten paciencia. Aquí tengo otro libro...

Se acercó a otra librería y después de buscar un momento, cogió un libro negro con letras doradas.

—Este es un libro raro, Markham. Deseo leerte un párrafo que recuerdo está en el capítulo sobre Rye.—Volvió las páginas.—En él se refiere la visita del Duque de Cumberland a Rye durante la inspección que realizó a las defensas de los alrededores... Aquí está... espero que no te aburrirás: «*Me suministró estas noticias el último superviviente de las familias Lamb y Grebell. Respecto al asesinato de Grebell, mi informador me dió algunos detalles que pasaron por alto a los cronistas lo-*

Biblioteca Nacional de España

cales y que son interesantes desde el punto de vista fisiológico. Mister Grebell cenó con su cuñado y, teniendo que solventar algunos asuntos en la ciudad, le pidió prestada la capa. Al pasar de regreso por delante de la parroquia, alguien topó fuertemente con él, o así lo creyó pues se limitó a rechazarlo, gritando: «¡Apártate, borracho!» y entró en casa de Lamb, como si tal cosa. Contó el incidente, y como la familia iba ya a acostarse, dijo que se sentía fatigado y que en vez de volverse a su casa echaría un sueño sentado en el sillón ante el fuego. Al día siguiente lo hallaron muerto de una puñalada en la espalda que había causado una hemorragia interna...» ¿Ves, Markham? ¿Recuerdas lo que dijo el doctor Doremus? «¡Una hemorragia interna!» Esta es la historia. Eso lo explica todo. Así pudo Archer ser asesinado en la biblioteca y subir luego la escalera.

Markham se levantó y empezó a andar de un lado a otro.

—¡Dios mío!—exclamó con voz apenas perceptible.—Esa es la explicación. ¿Cómo íbamos a entender lo que pasó allí aquella noche? ¡Increíble!

Vance se dejó caer en su asiento y lanzó un profundo suspiro como quien acaba de encontrar un hogar acogedor en medio de la selva hostil.

—Nunca podré olvidar esto, Markham—dijo, sacando la pitillera,—nunca. Tú has dado en la solución. Y yo lo sabía, pero no acababa de coordinar mis ideas.

Markham se paró en seco.

—¿Por qué dices que yo di en la solución?

—¿No dijiste que la única manera de explicar los hechos era suponiendo que un muerto subió la escalera...? No, Markham, nunca te lo agradeceré bastante.

Markham se sentó, lanzando un terno en voz baja, y se puso a fumar en silencio.

—La hemorragia interna explica algunas cosas—admitió al fin,—pero aún no entiendo la muerte de Brisbane ni la puerta cerrada.

—Y, no obstante, todo parece claro ahora que tenemos la clave.

Se acomodó bien estirando las piernas y, después de fumar un rato en silencio y entornar los ojos, empezó diciendo:

—Creo, Markham, que puedo reconstruir los sorprendentes y contrapuestos sucesos ocurridos en el domicilio de Coe la noche del miércoles... Dudo que Wrede maquinase la muerte de Archer Coe aquella noche. Ya debía de tener trazado el plan con tiempo, puesto que tuvo la precaución de proporcionarse una llave de la puerta trasera. Pero me parece que su propósito por aquella noche era hacer el último esfuerzo en el sentido de persuadir a Archer a ceder a sus pretensiones, antes de recurrir al crimen. No hay duda que fué a ver a Archer para tratar de convencerle del buen partido que representaba él para Hilda Lake. Archer se mantuvo en la oposición y se mostró violento. Tal fué la disputa que llegó a oídos de Liang. Me imagino que de las palabras pasarían a las obras y que habría palos. El hurgón estaba a mano y Wrede, con su tremendo sentido de inferioridad personal, buscaría un agente exterior que le diera la superioridad material. Agarró el hurgón y lo descargó en la cabeza de Archer.

»Archer cayó sobre el taburete, derribándolo y rompiéndose una costilla. Wrede se quedó vacilando, pero de nuevo le asaltó el sentido de inferioridad, Pasó la vista por la sala, vió la daga en la vitrina, la sacó y la clavó en la espalda de Archer que estaba tumbado de bruces en el suelo... Lo dió por muerto. Ya estaba vengado, ya había apartado el obstáculo que se le ponía al paso. Creía que estaba solo en la casa con Archer, pero aún quedaba la idea de un sospechoso. Su astucia instintiva le sugirió la imagen de Liang, de quien siempre sospechó que era algo más que un criado, y pensó que si encontraban la daga china en la biblioteca, las sospechas recaerían en el chino. Metió la daga en el jarrón *Ting yao*, pero la dejó caer sin precaución, se rompió la porcelana y Wrede volvió a sentirse en una situación embarazosa. Cogió el arma y la dejó en otro jarrón de la mesa. Entonces recogió los fragmentos del *Ting yao* y fué por la cocina a tirarlos al cubo de la basura. Había vuelto el hurgón a su puesto. Salió por la puerta de atrás, pasó por detrás del seto que hay al fondo del espacio libre, abrió la puerta de la verja del patio de su casa y subió a su piso.

—Hasta aquí muy bien—dijo Markham.—Pero ¿y Brisbane?

—¿Brisbane? ¡Ah, sí! Brisbane era un elemento inesperado, pero Wrede nada sabía de esto... En mi opinión, Markham, Brisbane había resuelto deshacerse de Archer aquella misma noche. Su viaje a Chicago era un ardid. Con sus conocimientos de criminología y sus malas artes había concebido la manera de deshacerse de su hermano, haciéndolo pasar por suicida. Eligió su coartada haciendo que Gamble le reservase cama para el tren de las cinco y cuarto. Su plan era volver a casa y tomar otro tren. Era una idea excelente. Volvió a casa, Markham, con la intención deliberada de matar a Archer...

—Aún no acabo de entenderlo...

—Es muy sencillo. Antes de volver Brisbane, habían pasado cosas extrañas. Su plan criminal se vió envuelto en complicaciones y Brisbane, en vez de realizar un crimen magistral, cayó en las redes de otro más diabólico que el concebido por él mismo...

Vance se movió en su asiento.

—Veamos lo que había sucedido entretanto. Al recobrarse Archer del golpe del hurgón, sin saber que había recibido también una puñalada, subió a su dormitorio. Las cortinas estaban descorridas y Wrede, desde su piso, pudo verle... Nadie sabrá los sentimientos que animaban a Coe en aquel momento, pero es de suponer que estaría enfurecido contra Wrede, y probablemente se sentó a escribirle una carta prohibiéndole que volviera a poner los pies en su casa. Empezó a sentir fatiga, acaso la sangre empezó a estancarse en sus pulmones.

Se le cayó la pluma de la mano. Hizo un esfuerzo para desnudarse. Se quitó la chaqueta y el chaleco y los colgó cuidadosamente en el ropero. Luego se puso la bata, se la abrochó y ató el ceñidor. Fué a las ventanas y corrió las cortinas. Todas estas operaciones lo dejaron sin fuerzas. Ya iba a quitarse las botas, cuando se lo impidió la sombra de la muerte que se cernía sobre él. Lo atribuyó a fatiga, tal vez a los efectos del golpe recibido en la cabeza. Se sentó en la butaca. *Pero ya no se levantó*, Markham. Ya no se quitó las botas. Las sombras de la muerte lo invadieron...

—¡Dios mío, Vance! ¡Es horroroso!—exclamó Markham.

—Todos esos pasos en tan siniestra situación son indicadísimos — continuó Vance. — ¡Pero figúrate lo que debía pensar Wrede cuando vió desde su ventana dar vueltas por el dormitorio al hombre que había matado abajo, arreglando los papeles de su mesa, cambiándose de ropa y conduciéndose como si nada hubiera pasado! ¡Vamos, Markham! ¿Puedes imaginarte los sentimientos de Wrede? Había matado a un hombre y veía al muerto moviéndose como si nada hubiera pasado. Wrede había de comenzar de nuevo. Era una situación tan enojosa como terrible. Sabía que había hundido una daga en la espalda de Archer Coe, y Archer vivía y no podía dejar de pedirle cuentas. Y ten presente que las luces no se apagaron en el dormitorio de Archer Coe, de manera que Wrede había de preguntarse mil veces qué pasaba detrás de las cortinas corridas. No sólo debió temer los resultados de aquella situación misteriosa, sino que me inclino a creer que le produjo una seria perturbación el temor de lo que no podía ver... Son indescriptibles las dos horas que pasaría Wrede entre las ocho y las diez de aquella noche. Comprendería que era preciso tomar una decisión... que había que obrar. Pero sin saber qué hacer, se dejó guiar por la imaginación...

—¡Y volvió!—dijo Markham con cara torva.

—Sí, volvió. ¡Tenía que volver! Pero mientras duraron sus indecisiones había sucedido algo imprevisto y horrible. Brisbane había vuelto a casa... entró como un ladrón abriendo la puerta con su llave. Volvía para matar a su hermano. Entró en la biblioteca, donde estaba la luz encendida, pero no vió a Archer. Cogió el revólver que éste guardaba en el cajón de la mesa y subió la escalera. Tal vez vió la luz del dormitorio de Archer que se filtraba por la puerta. Abrió...

Vance hizo una pausa.

—Me inclino a pensar, Markham, que Brisbane estaba preparado para cualquier contingencia, dispuesto a matar a Archer, a dejarlo en el dormitorio con el revólver en la mano para simular un suicidio, y a cerrar la puerta con cerrojo por fuera, y cuando vió a su hermano sentado en la butaca y en apariencia dormido, creyó que el Destino le protegía y le allanaba el camino. Me parece verlo acercándose de puntillas, aplicándole el cañón del revólver a la sien y apretando el gatillo. Luego veo a Brisbane colocando el arma en la mano de Archer y volviendo a la puerta, donde puso en práctica la ingeniosa idea concebida para cerrarla desde fuera... ¡Qué cuadro, Markham! ¡Brisbane disparando contra un muerto y disponiéndolo todo de modo que pareciera un suicidio!

—¡Dios!—suspiró Markham.

—Pero mientras se llevaba a cabo esta trágica farsa—prosiguió Vance,—Wrede había tomado una determinación. Decidió volver a casa de Archer Coe, a terminar de una vez el crimen que daba sólo por empezado. Se acordó del jarrón *Ting yao* que había roto y, temiendo que se notara su ausencia, cogió un jarrón semejante de su pequeña colección y lo llevó a casa de Coe. Calculo que serían las diez... Wrede abrió la puerta de la verja del patio y la dejó abierta, y fué entonces cuando el perrito «escocés» lo siguió en su vagar por la oscuridad. Entró por la puerta trasera de la casa de Coe, dejándola también abierta, y el perrito siguió. Todo estaba a oscuras y en silencio. Llegó por el comedor a la biblioteca y puso su jarrón de inferior calidad en la mesa de teca donde estaba antes el *Ting yao*. Cogió la daga del jarrón donde la había escondido, y salió al vestíbulo...

Vance se incorporó en su asiento.

—Y al llegar a la puerta vió a alguien que bajaba del segundo piso. Había luz en la biblioteca, pero no la suficiente para reconocer a quien bajaba. Para Wrede no podía ser otro que Archer. Recordarán que Archer y Brisbane eran de la misma estatura y corpulencia y se parecían bastante.

»Wrede se ocultó tras el cortinaje de la puerta de la biblioteca, empuñando la daga y esperando una oportunidad. Al llegar el que bajaba al pie de la escalera, se volvió en dirección al cuarto oscuro del fondo del vestíbulo. Brisbane iba sin duda a coger el abrigo y el sombrero que había dejado allí al entrar; pero Wrede, en su acaloramiento, se imaginó que Archer se disponía a salir de casa para contar a alguien la agresión de que había sido objeto o para denunciarlo a la policía. No estaba seguro, pero no dudaba que en aquello había un peligro para él, y por tanto se afirmó en su decisión de acabar con Archer...

»Brisbane, tal como ahora lo veo, acababa de poner en el bolsillo del abrigo los hilos que le sirvieron para cerrar la puerta, cuando Wrede, acercándosele en silencio por la espalda, le hundió la daga. Cayó muerto en el acto y Wrede empujó el cuerpo que creía de Archer hacia dentro del cuarto oscuro y cerró la puerta. Volvió a la biblioteca y fué entonces seguramente cuando tropezó con el perro que le había seguido. Decidió que lo más conveniente era deshacerse de él al momento. Tal vez ladró o hizo algún ruido al tropezar con él y el criminal estaba en un estado de ánimo que no toleraba contratiempos de ninguna clase. Dejó la daga en el jarrón, cogió el atizador y lo descargó en la cabeza del perro. Era la manera más expeditiva de resolver el conflicto, cuando no había tiempo para pensar. La pre-

Biblioteca Nacional de España

sencia del perro era imprevista y de incalculables resultados...

»Hay motivo para pensar que el hombre se hallaba en un estado de pánico. Ni siquiera apagó las luces de la biblioteca. Se volvió por la puerta de atrás pensando que dejaba el cadáver de Archer en el cuarto oscuro. Luego, cuando Gamble lo llamó al día siguiente, vió que Archer estaba aún en su dormitorio. ¡Con la puerta cerrada! El hombre debió creer que todo el mundo estaba vuelto al revés. Me imagino que corrió al cuarto oscuro cuando Gamble no podía verlo, y entonces vió el cadáver de Brisbane. Algo debió de comprender en aquel momento. Había matado a su amigo, a su aliado, por equivocación. ¡Qué tortura mental debió sufrir! Y además, se le presentaba el terrible problema de la muerte de Archer... No sé cómo el hombre se mantuvo tan sereno cuando llegamos. Sólo a los efectos de una fría desesperación puede atribuirse su actitud...

Markham se paseaba nervioso por la pieza.

—Ya me hago cargo—murmuraba para sí mismo. De pronto se detuvo y observó :—¿Pero y el atentado contra Grassi?

—Fué una cosa lógica y de acuerdo con su carácter—dijo Vance.—*Miss* Lake nos dió la explicaoión; intensos celos contra su feliz rival. Wrede pensó que nos había vendado los ojos y esto le dió confianza. Sabía dónde estaba la daga, conocía las costumbres de los domésticos, tenía una llave de la puerta trasera, y sin duda sabía que la cerradura del cuarto de Grassi estaba estropeada. Probablemente lamentaba la pérdida de una novia rica hasta el punto de no poder resistir la tentación de completar el para él feliz asesinato de Archer con el de Grassi. Le hacía falta la muerte de éste para alcanzar una completa victoria sobre las fuerzas que se le habían opuesto. Siempre su *yo* fracasado. Y a no ser por la perspicacia de Liang, que Wrede no supo apreciar, y por el movimiento del brazo de Grassi, hubiera salido con la suya.

—¿Y cómo llegaste a la conclusión de que Wrede era el criminal?—preguntó Markham.

—Por el perrito, Markham—contestó Vance. —Después de descubrir que pertenecía a Higginbotton, me enteré de que éste se lo había regalado a su amiga, que vivía en la Belle Maison. Tan pronto tuve el rastro del perro y supe que pertenecía a la puerta de al lado, practiqué una investigación, y supe, por una honrada doncella irlandesa, que Higginbotton y su amiga, una tal *miss* Delafield, habían tenido una cena de despedida a la hora en que Archer caía asesinado. Yo creía al principio que una señora rubia que usaba carmín *Duplaix* para los labios, había introducido el «escocés» en casa de Coe por la tarde; pero aunque *miss* Delafield se pintaba los labios con *Duplaix* y estuvo sin duda a ver a Archer Coe antes de las siete y media, no fué ella quien introdujo el perrito, ya que éste estaba en el piso de la Delafield después de las nueve de la noche y desapareció entre diez y diez y media, que fué cuando la doncella empezó a buscarlo. Por otra parte supe que el perrito sólo podía haber entrado en casa de Coe en el caso de que alguien hubiera abierto la puerta de la verja que separa el patio de la Belle Maison del espacio libre de la residencia de Coe y además, me enteré de que el perro no podía salir de casa más que por el patio de atrás. Sólo alguien que hubiera abierto la puerta de la verja de separación y la puerta trasera de la residencia de Coe, podía dejar al perro el paso franco. Y Wrede era la única persona que podía hacer eso.

* * *

Al cabo de un año, Hilda Lake y Grassi se casaron y parece que el matrimonio fué muy feliz. Vance pasó a ser el dueño de MacTavish, al que se había aficionado mientras lo tuvo en casa curándolo. La novela (llamémosla así) entre Higginbotton y Doris Delafield se acabó poco después de volver la dama de Europa, y como después de romper con el coronel, demostró ella poco interés por el perrito, Higginbotton se lo regaló a Vance en agradecimiento a cierto nebuloso favor que se figuraba deberle. Vance lo llevó a sus perreras, y como el animalito no pareciera hallarse muy a gusto, acabó Vance por tenerlo en casa. Allí está aún «en pensión vitalicia» y creo que Vance se desprendería antes de un Cézanne de su colección que de su querido MacTavish.

FIN

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA
1105460230
Biblioteca Nacional de España